



CONGRESO DE ORIENTALISTAS

I

No hay necesidad de hacer ver la importancia de los Congresos de orientalistas, cuando se desprende del hecho mismo de celebrarse periódicamente en varias naciones. Los sabios no se entretienen con asuntos baladíes, ni los Gobiernos se prestan fácilmente á permitir que bajo denominaciones más ó menos pomposas y sonantes se formen concilios de hombres de saber más ó menos extenso por el solo gusto de reunirse y darse la bienvenida.

La misma importancia de los estudios orientales sirve para dar más fuerza á la de los Congresos, en los que se formulan, discuten y deciden las arduas cuestiones que atañen á los orígenes históricos y á civilizaciones que han sido la entraña de la civilización moderna.

II

Orientalismo quiere decir, en sentido estricto, el estudio de cuanto pertenece á los pueblos que del Oriente proceden y sin salirse de una época cronológica determinada.

Tomando las cosas con rigor, puede decirse que los estudios orientales giran dentro de la órbita que recorrió la Edad

Antigua. Mas con todo, el pueblo árabe adquirió pujante poderío en la Edad Media, y el pueblo judío tuvo en varias naciones, aun en tiempos no muy lejanos, no escasa importancia. De lo que resulta que ambos pueblos caen dentro del círculo de las investigaciones de los orientalistas, y también en cuanto pueblos de no muy apartada edad.

Los historiadores que han tomado por su cuenta la historia de los pueblos orientales deslindan admirablemente el campo que en las épocas antiguas era propio del orientalismo.

Tomando con mayor extensión el vocablo orientalismo, se extiende á significar todo cuanto ha influído en los pueblos occidentales, partiendo de Asia y África, desde muy lejanas edades. Así entra de lleno en él no sólo lo propio de los orígenes helénicos é itálicos, sino también de las primeras manifestaciones históricas en las Galias y en la Iberia, que nosotros habitamos.

III

Muy cuerdamente ha procedido la Junta suprema de los Congresos de orientalistas al hacer la propuesta á fin de que el próximo Congreso se celebre en España. Ya conoce nuestra región mi ilustre y sapientísimo amigo el célebre indianólogo y asiriólogo Julio Oppert, y su pensamiento ha sido muy acertado, y el Gobierno merece alabanzas por secundarle.

¿Pero hay fundamento sólido ó razón adecuada y causa justa para que España celebre un Congreso de tanta importancia?

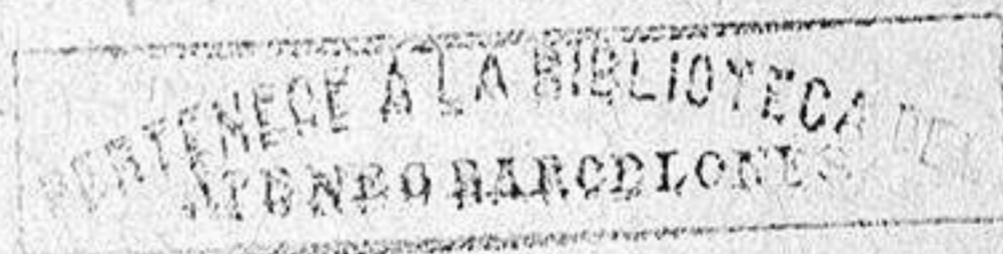
Las razones que nos favorecen y asisten son muy poderosas, tanto extrínseca como intrínsecamente.

Extrínsecamente, ya que en el año próximo venidero tendrá lugar un notable acontecimiento, el Centenario de Colón, y también porque ya ha tenido España la honra de recibir con cariño en su seno á otros congresistas que han acudido á Madrid á celebrar sesiones, y al mismo tiempo concurrirán á Huelva los americanistas con el mismo propósito y con el mismo fin.

La razón intrínseca lleva en sí misma fuerza mayor. España guarda en sus suelo y subsuelo riquezas de subido punto histórico que arrancan desde las tierras de Oriente. España es un campo de hermosos recuerdos, tradiciones, usos y costumbres de Asia, África y Grecia. España fué región de raza oriental antes que recibiera el sello romano, y oriental volvió á ser en parte cuando las liviandades de Witiza abrieron el Estrecho á los mahometanos.

Al Oriente pertenece el lenguaje de los éuskaros, al Oriente los mármoles de Sagunto, al Oriente los recuerdos de Burgos y Carcena, al Oriente los restos de las riquezas del Sudoeste de España, de Extremadura y Galicia, y oriental es nuestro alfabeto antiguo, y orientales son las preciosidades de Córdoba, Granada, Sevilla, Toledo, Zaragoza, etc., etc.

España, pues, oriental por excelencia en sus orígenes, es muy merecedora de que ella celebre el próximo Congreso de orientalistas, y sobre todo al tener lugar al mismo tiempo el de americanistas, cuya materia se halla tan íntimamente enlazada con la de los primeros.



IV

Dicho esto, paso á lo que es del fondo del futuro Congreso, y puesto que en las materias que le son propias no caben sabios improvisados y el tiempo aprieta, urge presentar un plan, no sea que el Gobierno considere el asunto cual si fuera de puro carácter burocrático y crea salir del paso firmando nombramientos en favor de los que jamás las han visto más gordas.

El Gobierno vive bajo la pesada obligación de, al mismo tiempo que atiende con delicadeza y gran decoro á los sabios extranjeros, presentar á los extraños los hombres encanecidos y gastados en el estudio de nuestras preciosidades arqueológicas y epigráficas y artísticas y numismáticas, dimanantes de las fuentes preciosas del Nilo, del Indo, del Ganges, del Tigris y del Éufrates, de los oasis del Yemen y

costas del mar Rojo y de las estribaciones del Líbano y de las islas que hermocean el Mediterráneo y de las encantadas regiones de las dos Grecias.

¿Y en dónde están esos hombres? Fuera de las antesalas de los Ministros y Directores generales. Amantes del trabajo y de la ciencia y enemigos de la holganza y de la política, ponen sus fuerzas y empeño en aumentar y aclarar el caudal de nuestros conocimientos, y yacen desconocidos é ignorados en el arrinconado taller de su trabajo.

Hay que sacarlos á la luz del día y que los orientalistas extranjeros los conozcan.

Contamos en primer lugar con arabistas de mérito. Rama semítica de tanta importancia cuenta con concienzudos y competentísimos cultivadores. Algunos han llegado hasta las Academias. Otros, al pie del yunque, forman la inteligencia de la juventud y la disponen á mayores vuelos.

Los arabistas, en apretado y valiente escuadrón, deben concurrir todos al Congreso y cada cual llevar al fondo común algo nuevo. Unos, ofreciendo los tesoros de literatura arábiga que conservamos en España. Otros, formando un cuerpo de epigrafía completísimo, lo más completo posible, y considerando las inscripciones bajo todos sus aspectos, desde el paleográfico hasta el histórico, y por último, memorias bibliográficas que formen un cuerpo histórico de lo que ha sido el estudio del árabe en España.

Los que hayan sido comisionados por el Gobierno y cobrado sus dietas correspondientes, ahora deben presentar las pruebas de lo que hubieren trabajado, en Granada, Sevilla, Zaragoza, Toledo, El Escorial, etc., etc.

Otra rama semítica es la hebrea. Los estudios hebraicos han sido mirados en España con predilección y en ellos se han hecho grandes provechos, y de los mismos se han sacado grandes ventajas. Puede asegurarse, sin que nadie nos desmienta, que en los siglos pasados ninguna nación pudo arrebatarnos la palma. Nuestras universidades, nuestros seminarios y nuestras órdenes religiosas, á manera de campos feracísimos, nos han regalado muy preciosos frutos que hoy sirven de enseñanza á los que saben apreciarlos, y sobre

todo en las demás naciones que saben mejor que nosotros qué tesoros nos legaron nuestros antepasados.

Si los estudios arábigos nos dan la clave para construir las hermosas y sólidas arcadas sobre las cuales se levantan la literatura, la historia y las ciencias, tanto astronómicas como médicas y matemáticas árabes, los estudios semíticos hebraicos de nuestros antepasados nos llevan de la mano y muy derechamente para ir con pie seguro por el firme camino que conduce al sentido propio y recto de los libros de la antigua Ley.

Las interpretaciones que por atrevidísimas se tomaron de nuestros hebraístas en el siglo XVI, y en especial las del inmortal Fray Luis de León, entre otros, son hoy confirmadas merced á los adelantos portentosos en el estudio del hebreo comparado con las demás lenguas congéneres.

Más aún: de ellos se desprende que nuestros sabios que al hebreo se dedicaron conocieron el lenguaje del pueblo de Dios de un modo completo y admirable, puesto que sus traducciones cuadran admirablemente con lo que hoy se debe confesar y admitir como cierto, aunque como sólo propio del campo de la probabilidad se diera, y se creyese que á veces se rayaba por ellos en el dominio del error religioso.

El elemento semítico hebraico envuelve en sí mismo, hoy por hoy, la cuestión más ardua que se ha ventilado y que se ventilará en adelante, y el Congreso de orientalistas debe acometer de frente la cuestión. Los hebraístas españoles, lo mismo los que se hallan al frente de las cátedras universitarias como los que educan y enseñan á los ministros del altar, juntamente con los que en las órdenes religiosas sin tregua ni descanso se consagran y dedican á la explicación de la Lengua Santa, comprenderán en toda su extensión la transcendencia suma de lo que digo y el espinosísimo y delicadísimo problema que nos asalta y se presenta.

Y es el siguiente: ¿la Vulgata, ó sea la traducción de la Biblia, en lo tocante al texto hebreo responde en absoluto al lenguaje hebraico en su texto latino? Yo creo que no; y Fray Luis de León se apartó de ella. Las traducciones que el famoso agustino hizo de algunos libros del Antiguo Testamen-

to miran inmediatamente al texto hebreo y guardan más exactitud gramatical. No se amilanen los espíritus meticolosos de lo que digo y por lo que digo, y menos si desconocen el hebreo y el latín; y si trataran, apesar de su incompetencia, de tomar parte en la materia agarrándose á las aldas del criterio externo, siquiera arranque de un famoso Concilio, para tranquilidad del timorato, que yo bien tranquilo vivo acerca del particular, copiaré un texto de un buen escrito del Cardenal Franzelin, muy sabio, escrito que trata DE DIVINA SCRIPTURA y dice: *Sicut ad authenticam editionis et versionis generatim non postulatur summus gradus conformitatis cum originali instrumento sed sufficit conformitas in iis quæ ad finem et scopum instrumenti constituunt vel cum ipso proxime nectuntur, ita omnia persuadent, vi declarationis Concilii (Tridentini) Vulgatam latinam editionem habendam esse authenticam, quatenus in ejus festibus ad finem et morum regulam per se pertinentibus verbum Dei originale sincere exhibeatur et in reliquis etiam quoad rei summam libri sistantur cum originalibus identici.*

No puede lucir con mayor claridad el texto del Cardenal Franzelin, y lo que en él se indica no puede menos de ser verdad, pues el Concilio Tridentino, si admitió la edición de la Vulgata, no por eso rechaza ni rechazó los otros textos, y mucho menos lo que con posterioridad pudieran haber aparecido, como en realidad hoy sucede con los textos egipcios y asirios que nos dan los nuevos descubrimientos y que ponen en claro hechos históricos y determinan y concretan fechas que en la Vulgata contienen, al menos, suma vaguedad, por no decir algo de inexactitud.

Machacar en hierro frío sería, por ejemplo, querer explicar sin salirse de los textos de la Vulgata la encantadora historia de José, el libro de Tobías y el de Daniel, etc.

Sin los textos é inscripciones egipcias no se da un paso para comprender muchos pasajes de los que al hijo de Jacob se refieren; y sin los textos asirios se cae en error histórico en el libro de Tobías y se camina entre tinieblas en el de Daniel.

Queda, pues, un claro que llenar en los estudios bíblicos, y es imposible de todo punto si no se trata de penetrar en el estudio de los lenguajes que se usaron en las orillas de los ríos que forman la Mesopotamia y en los de los pueblos que poblaron las riberas del Nilo.

Nuestros hebraístas, aprovechándose del riquísimo caudal de nuestros antepasados, en unión con los orientalistas de otras ramas, pueden muy bien plantear tan ardua cuestión y nos servirá para eslabonar las glorias modernas de España en el dominio de la ciencia con las que brillaron potentes y esplendorosas desde el Cardenal Cisneros hasta Pérez Bayer y Orchell.

Sé por experiencia que el estudio de las lenguas semíticas comprende una extensión considerable. Pero todas son hoy objeto de investigación y estudio, y si en la enseñanza oficial figuran nada más que el hebreo y árabe, en las órdenes religiosas se trabajó con ahinco, constancia y aprovechamiento en el caldeo, siríaco, fenicio, asirio y egipcio, y aun el etíope cuenta hoy con trabajos de consideración.

Hay, pues, que dar unidad á tantos elementos, que no por hallarse dispersos y disgregados se ha de suponer que no sean aunables, y tal unidad se necesita para que España quede en el lugar que le corresponde y pertenece, dadas sus gloriosas tradiciones, en el futuro Congreso.

No es sólo propio del Congreso de orientalistas el estudio de las lenguas semíticas. Las lenguas arias son materia muy propia para sus disquisiciones.

También estamos oficialmente en una baja lamentable, y muy pocos son los elementos aprovechables que poseemos y son de alguna utilidad, así como dentro ya del helenismo bien formado contamos con fuerzas muy dignas de consideración y respeto, y el helenismo no cae todo fuera del orientalismo. Es su hijo, y así como España, Francia, Italia, antes de la dominación romana fueron en gran parte de origen oriental, Grecia es la más inmediata región del Oriente asiático.

Sin un conocimiento regular de las lenguas antiguas, ninguno merece con extensión el dictado de orientalista, y no es

tan fácil apropiarse tal denominación como muchos se regalan á sí mismos la de arqueólogos, numismáticos y americanistas, aunque se vean privados de los caracteres esenciales que para merecer tales notas se requieren y necesitan.

No hay orientalistas decorativos. Todos, ó no lo son, ó son efectivos.

Con base tan indispensable cual es el conocimiento de las lenguas asiáticas y africanas que de la edad pasada fueron, ya se puede entrar de lleno en el estudio del arte y de los usos y costumbres de aquéllos, y sobre todo de sus religiones. Quien no desentrañe los textos no es más que un simple peón albañil que coloca ladrillos según se los dan y según el modo de aparejar que se use.

Pero si hasta ahora los Congresos de orientalistas nos llevan sin torcernos á buscar lo que fué el mundo primitivo, también sirven para que veamos si el gran cuerpo de derecho romano es ó no original del pueblo del Tíber. Y vistos los datos que arrojan los descubrimientos hechos en nuestros días, solamente puede sostenerse que le corresponde nada más que la unidad que con tanta sabiduría supieron darle, unidad que no han entendido siquiera los leguleyos que en España nos han dado, bajo pésimas y disfrazadas traducciones de códigos extraños, un *Código civil español* que no es otro que un fárrago de disposiciones legales mal ordenadas y pésimamente puestas en castellano.

V

¿El Gobierno ha de tomar parte activa é inmediata en el Congreso? Nadie lo pondrá en duda.

¿Quién es el llamado para ser presidente y llevar sobre sus hombros la dirección general?

Sabido es que el Sr. Cánovas ni es ni se precia (y merece alabanzas por lo último) de ser orientalista. Pero las circunstancias le han hecho tener en sus manos la dirección de la Academia de la Historia, y por razón del cargo, él es el llamado á presidir el Congreso. Aunque la Academia de

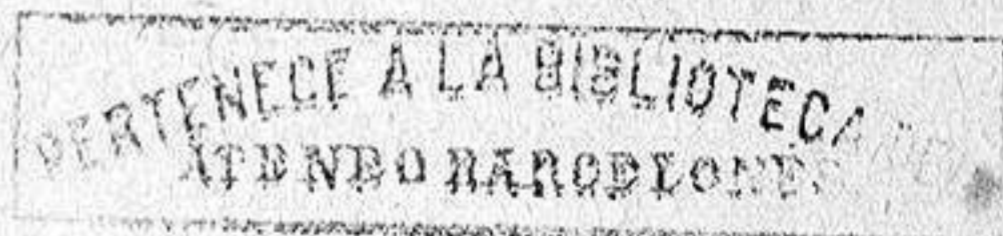
la Historia no cuente con individuos que posean, entre todos, los principales lenguajes asiáticos y africanos, á ella le corresponde forzosamente tan importante preeminencia. Tal presidencia para el Sr. Cánovas será honoraria, y la efectiva, que recaerá en el primer vicepresidente, puede ser confiada á D. Francisco Fernández y González, académico de la Historia, de la Lengua y de la de Bellas Artes de San Fernando, arabista, conocedor del hebreo, de algo del asirio y egipcio y etíope; quien maneja con gran desahogo el sanskrit, el griego y el latín, y está al corriente de las lenguas modernas, francesa, inglesa, italiana y alemana.

Este catedrático de la Universidad Central puede inspeccionar y examinar por sí mismo todos los trabajos y conocer la importancia de los que se presenten y apreciar el interés de lo que caiga en discusión, para aceptarlo ó rechazarlo.

El Gobierno debe también nombrar un secretario que pueda seguir al vicepresidente primero, no un secretario burocrático, que las materias orientalistas no son asuntos de escribientes más ó menos oficiosos y listos y favorecidos: un Secretario que sepa lo que tenga entre manos y que con sus escritos y obras haya probado que es útil.

Hecho esto, se ha de pensar en los que hayan de formar la Junta, y debe constar de profesores oficiales, de individuos del clero y de las órdenes religiosas y de los escritores públicos, habiendo dos á lo más para una misma materia.

Formemos el cuadro para mayor claridad.



LENGUAS ARIAS

Gelabert-Ayuso y los catedráticos de griego en nuestras Universidades y los dedicados á los mismos estudios entre el clero y los religiosos. Los dialectos griegos y la lengua hablada en tiempo de Pericles entran en cuanto derivaciones de las primeras.

LENGUAS SEMÍTICAS

Aquí la mies ofrece mucho fruto, y muchos han sido y son los que á su estudio se dedican. Hay que tomarlas en todas sus manifestaciones. Nuestros hebraístas pueden desempeñar un gran papel y con gloria, y sobre todo entrando de lleno en el estudio comparativo del Antiguo Testamento y de los monumentos, escritos egipcios y asirios, etc., y en especial bajo el punto de vista histórico. El copto es de doble carácter, si bien ha de ser incluido en la última sección. El P. Fita, jesuita, el P. Pérez, escolapio, y algunos que brillan entre los Agustinos y Dominicos, pueden representar á las órdenes religiosas. Por lo tocante al egipcio, el P. Lasalde, escolapio.

LENGUAS TURANIAS

Desgraciadamente, no se sabe si en España hay alguno que pueda figurar en esta sección, á no ser los que conozcan á fondo científica y prácticamente el basco. Respecto de las otras lenguas turanias no podemos señalar dos.

LENGUAS OCEÁNICAS

Queda el lugar vacante para los PP. Misioneros, que derraman sus sudores y emplean su inteligencia en evangelizar aquellas regiones. Los Agustinos, los Dominicos y los Jesuitas pueden salir airosos de la empresa. El P. Minguella ha secundado al que en la REVISTA CONTEMPORÁNEA trató el año 1883, comparándolas entre sí, de algunas lenguas americanas y del archipiélago filipino y de otras islas.

Así podía ir singularmente puntualizando las secciones que, por lo tocante á las lenguas, han de ser nombradas, incluyendo en ellas mismas lo que encierra no menos dificultad, cual es el referente á las escrituras, ó sea el modo gráfico que cada pueblo tuvo de expresar por medio de signos escritos ó

grabados todo cuanto el hombre ha de manifestar á sus semejantes, siempre que el modo de expresión equivalga á nuestra escritura. Cuestión muy ardua. Lewormant ha seguido con felicidad el camino que llevó y trajo el alfabeto fenicio. Los egiptólogos van deslindando poco á poco las diferentes variantes que sirven para conocer desde luego á qué dinastía pertenece cualquiera escritura egipcia, y los asiriólogos muy mucho han adelantado en el mismo sentido.

Bajo el punto paleográfico queda entre nosotros una gravísima cuestión: la del alfabeto antiguo. Fuera de Velázquez y Cornide y de algún otro, los que han penetrado por materia tan delicada se han imaginado y creído que con buena voluntad basta y sobra para dar solución á la cuestión, y como se encuentran sin saber siquiera ni aun el alfabeto griego, han dado cada tropiezo y cada caída que causan pavor en el ánimo. Tal sucede y sucederá siempre que se metan á tratar de puntos tan difíciles quienes ignoran las lenguas antiguas y las lenguas clásicas, poniéndose á sí mismos en ridículo y haciendo manifestación pública de un atrevimiento y de un descoco científico inexplicables.

La solución del alfabeto que celtibérico se denomina y ha denominado es algo de lo que debe buscarse con tesón, y el Gobierno debería ofrecer un premio de consideración y en público concurso entre españoles al que presentara el mejor trabajo de mérito absoluto acerca del particular, y siendo jueces los que fueran nombrados por el Congreso de orientalistas.

Otro punto hay que tocar. La cronología. Para salir airoso de tal empresa son necesarios conocimientos muy arduos y muy profundos. Hoy contamos ya con muy buenos puntos de partida, y el trabajo ha de hacerse con mucho aplomo y mucha lentitud. Los cronólogos han de tener á la vista las consecuencias que legítimamente hayan sacado los orientalistas de mérito, y sobre ellas edificar. Los historiadores Fernández, Rubió y Ors, Gales y Ferrer, Ortega y Rubio, Moraita, Merelo, los catedráticos de Sagrada Escritura y los historiadores eclesiásticos tienen una buena extensión para sus importantísimas decisiones. Ayudados de los egiptólogos

y asiriólogos con que ya cuenta la Iglesia, fundamentarán los señores indicados lo que es indispensable para una acertada y racional cronología.

RELIGIONES, ARTES, USOS Y COSTUMBRES

Claro es que cuantos se dedican en especial á esta clase de estudios han de tomar los datos de cuantos han desentrañado y publicado la traducción de los textos, si ya no lo hicieran ellos mismos, como el malogrado Lewormant y los Sres. Maspero, Le Oppert, Grevaux, Pierret, Naville, etc., etc., etc.

Pompeyo Gener, Miquel y Samper se han dado á conocer como muy hábiles en estos asuntos.

Aún nos quedan muchos asuntos, y sobre todo, uno de primera fuerza, y no es otro que el estudio de las costumbres españoles antes de la venida de los romanos.

Pero hemos de poner fin á nuestro escrito de hoy, y en pocas líneas indicaré á los Sres. Ministro de Fomento y Director general de Instrucción pública un cuadro de personas que pueden formar la Junta de organización del Congreso, y es el siguiente:

Presidente: el Excmo. Sr. Presidente de la Academia de la Historia.

Vicepresidentes: primero, Excmo. Sr. D. Pascual Gayangos (Academias); segundo, Excmo. Sr. D. Francisco Fernández y González (Universidades); Excmo. Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado (Museos); Excmo. Sr. D. Francisco Coello, geógrafo y cronólogo.

Vocales: indianólogos, Gelabert y Ayuso, hasta cuatro.

Hebraístas: uno por las universidades, otro por los seminarios, otro por las órdenes religiosas y otro por los escritores.

Egiptólogos: el P. Lasalde, etc., cuatro.

Asiriólogos: ídem, cuatro.

Arabistas: uno por la Academia de la Historia, otro por las universidades, otro por las órdenes religiosas (el P. Lerchundi) y otro por los escritores.

Las restantes secciones cuentan con sabios de reconocido valer en abundancia y el Ministerio los conoce. Tanto los que se ocultan en Madrid como los que en provincias trabajan.

Así podrá organizarse bien el Congreso, y los sabios extranjeros quedarán satisfechos y sabrán que en España hay hombres que figuran entre los que cultivan en otras naciones los conocimientos modernos.

Fuera de la cuestión rigurosamente técnica, bien puede el Gobierno nombrar á los que tengan gusto en acudir á todas partes.

BERNARDINO MARTÍN MÍNGUEZ.

Madrid 16 de Setiembre de 1891.





REPOBLACIONES Y TORRENTES

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE
ATENEO BARCELONÉS

Conclusión (I).

6. Del rápido bosquejo que acabamos de hacer puede deducirse la tendencia que en este establecimiento quiere señalarse. Unión de la teoría y de la práctica, marchando ambas reunidas, iniciando á los alumnos en los caminos de la investigación de los hechos que han servido para fundar las ciencias de observación, y al lado de esto, para predicar con el ejemplo, los laboratorios de los profesores y sabios extraños al instituto; tales son los caracteres impresos á este naciente instituto. Señala, pues, los mejores rumbos. Trata de llevar al estudiante al conocimiento de la planta mostrándole la senda de la investigación, poniéndole al corriente de los problemas y puntos más importantes de la botánica por medio de conferencias que responden al doble objeto de cumplir con los programas y levantar lo más posible el nivel intelectual de los alumnos.

7. No es de nuestra incumbencia el hacer observar las deficiencias de la enseñanza de las ciencias naturales en España, ni las modificaciones que á sus carreras universitarias deben

(I) Véase la pág. 18 de este tomo.

llevarse. Unas y otras han sido ya señaladas por muchos naturalistas españoles, y sería por tanto inútil y pretencioso, en nosotros, el volver sobre extremos bien conocidos y determinados; pero sí creemos un deber el ocuparnos de algunos de éstos y de otros muy relacionados con ellos, en toda aquella parte que pueda referirse á la enseñanza de la botánica en la Escuela de Montes.

Es objeto primordial de ese establecimiento el dar la necesaria para formar ingenieros destinados á aprovechar científicamente los montes públicos. De otro modo: es su misión, en primer lugar, el constituir un cuerpo de funcionarios públicos que, merced á los conocimientos adquiridos, administren racionalmente una parte de la propiedad pública. Es ésta una masa vegetal llamada monte, en cuya definición no hemos de entrar por no ser necesaria para nuestro objeto.

Afirmamos la necesidad del conocimiento de la planta que nos viene dado por la botánica, ciencia la primera entre las auxiliares y sobre la cual se apoya forzosamente la selvicultura, que del estudio de las funciones del vegetal se levanta al de las modificaciones que al crecimiento individual lleva el crecimiento en masa.

De gran importancia son también para el forestal la zoología, geología y meteorología, que nos dan á conocer los seres que en el monte viven ó le atacan, la primera; la descomposición de las rocas que constituyen los suelos, la segunda, y los factores del clima, la tercera.

Esas cuatro ciencias, unas más y otras menos, sirven de base al problema que persigue la selvicultura, es decir, *el cómo*, ó sea el estudio de la producción de lo que más tarde ha de ser objeto de aprovechamiento. Viene después la averiguación del *cuánto*, de que se ocupa la *ordenación*, que detalla la distribución de lo producido en el tiempo y en el espacio. Á esta parte de la ciencia de montes sírvenla de auxiliar las ciencias exactas, que también prestan saber precioso al estudio de los elementos que llevan vida al monte y á la transformación de sus productos, como son, por ejemplo, caminos, sierras, etc.

Sin entrar en más detalles, vemos, á poco que profundicemos en el cuadro de las ciencias auxiliares, que en las natura-

les están los principios generadores de cuanto es misión principalísima del forestal, producción y conservación del monte, y en las exactas la medición de los productos almacenados por las fuerzas naturales y su distribución. Si de esos distintos conocimientos *necesita* el forestal, ¿se equilibrarán en la enseñanza, cuál será la medida de cada uno, á qué alturas tendrán que remontarse, cuáles serán los que deban imprimirle sello educativo? De estas interrogaciones la última nos lleva por camino derecho, é iluminado por la clarísima luz de la verdad, á la contestación debida.

Desarróllase la misión del ingeniero de montes en plena naturaleza, en uno de los aspectos de ésta más grandioso y sublime, en lugares por lo común alejados de las ciudades populosas, en contacto con habitantes de comarcas montuosas y ante la rudeza de toda clase de manifestaciones naturales. Éste es el campo; éste es el teatro de sus operaciones. Toda enseñanza que pierda de vista el principio de que á ella debe unirse la educación del estudiante teniendo cuenta del medio ambiente en que se le va á colocar, dará fatales resultados. Y éstos no podrán imputarse solamente á la escuela especial donde la especialidad se busque: tienen punto de origen más hondo, de mucho antes: proceden principalmente de haber sido desviados los alumnos de la dirección que debía, de antemano, determinar el rumbo apetecido. Jóvenes desprovistos de todo conocimiento de ciencias naturales, no acostumbrados á más estudios que á los matemáticos, que en su parte especulativa se desarrolla exclusivamente en el gabinete, carecerán más tarde, es casi seguro, de verdadero espíritu de observación, característico del naturalista y necesario, tanto como á éste, á todo aquel cuya profesión se basa en la apreciación de hechos naturales.

8. La preparación para el forestal que no dé predominio á las ciencias de la naturaleza, tanto en cuanto instructivas como por educativas, será inconveniente. Por esto creemos que todos los sistemas ensayados hasta aquí en nuestro país han sido deficientes: no siendo esto lo peor, sino que á medida que se han planteado nuevos métodos y programas nuevos, cada vez más se ha persistido en el error á pesar de las claras

y evidentes manifestaciones de la experiencia, que á grandes voces está manifestando lo equivocado de la marcha seguida (1).

Consecuencia del predominio de las ciencias exactas en la preparación es que en todos los programas de las naturales cursadas en nuestra escuela hay una parte considerable que no puede ni debe considerarse como especial, pues no comprende más que generalidades de la ciencia pura que ya deberían ser conocidas por el alumno y que ocupan no poco tiempo del que pudiera dedicarse exclusivamente á la aplicada ó especial. Por esto resulta cercenada la última á costa de la primera, que, según acabamos de indicar, debe formar parte de los programas de ingreso.

9. Si recordamos lo dicho más arriba respecto á la misión del forestal, deduciremos fácilmente que la selvicultura es la piedra angular de cuanto tiene que construir. Y si es su objeto *criar y cultivar el monte*, siempre vendrá como primer conocimiento fundamental el de la planta, de ésta el estudio de su morfología y fisiología externas, y dentro de estas dos partes de la botánica surgirá como principalísimo el último.

Problemas fisiológicos son los que resuelve la selvicultura, y por consiguiente, en la fisiología externa descansan firmemente sus leyes y procedimientos.

Sin olvidar, porque no es posible, el bien basado estudio de toda la botánica general, no debe perderse de vista ni un momento que en las partes citadas está el nervio del saber botánico del ingeniero de montes. No hay que perder de vista, sin embargo, que además de los conocimientos generales necesarios de morfología interna, también constituye especialidad interesantísima dentro de nuestra profesión el estudio micrográfico de las maderas.

Vemos con solo esto cuán vasto es el campo; pero no para ahí cuanto debe ser fin de su conocimiento, que tiene que

(1) Sobre los inconvenientes que la *Escuela general preparatoria de ingenieros y arquitectos* tiene para la Escuela de Montes, puede verse nuestro estudio publicado en la *Revista de Montes*, números 342, 343, 344 y 345, correspondientes al año actual.

ser ampliado con el estudio de las enfermedades de las plantas forestales, tan difíciles en muchos casos de diagnosticar como de curar, y producidas las más terribles por el parasitismo de las plantas criptógamas.

De todos estos estudios botánicos, el de la morfología externa proporciona una gran ventaja al futuro forestal, puesto que las herborizaciones, necesarias para la obtención de diferentes especies que por su clasificación fijan en el entendimiento la organografía vegetal, le acostumbran además á la vida del campo y á la observación al aire libre. Esta recolección, no hay casi para qué decirlo, es convenientísima á todo alumno de botánica; pero aún más lo es al que estudia para ingeniero de montes, pues, preciso es repetirlo hasta la saciedad, cuanto imprima á la enseñanza sello educativo no debe descuidarse ni un momento (1).

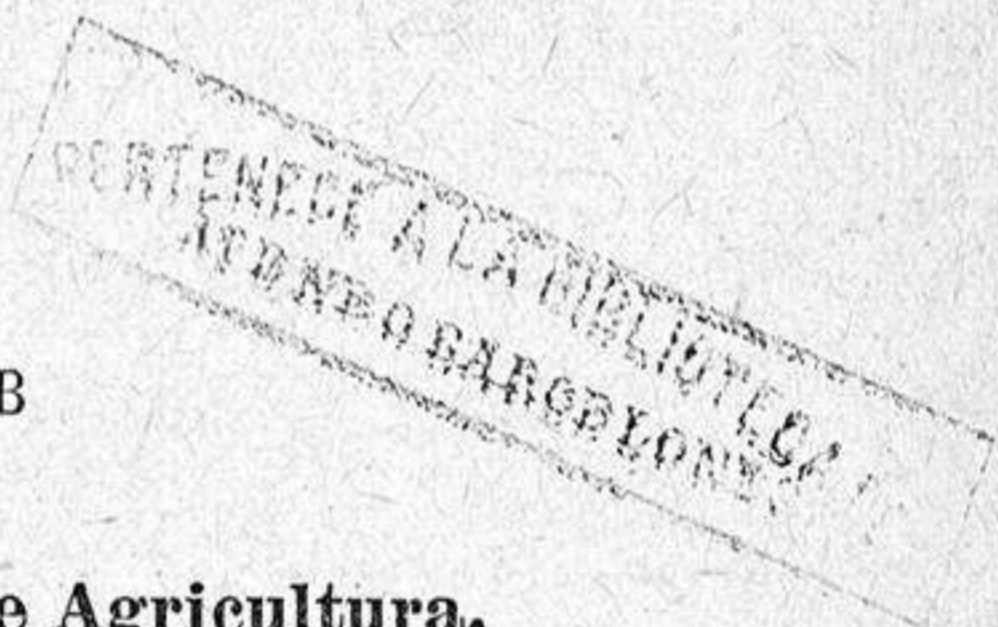
10. Valiosos y en no pequeño número son los elementos materiales acumulados en la Escuela de Montes para el estudio de la botánica, que en él se aprovechan; pero con ser muchos y suficientes, tanto en esa rama de la ciencia natural principalmente, como en las de zoología, geología y mineralogía, no debe ocultarse la conveniencia de complementar colecciones y gabinetes con verdaderos laboratorios que se ocupen de investigaciones aplicadas á la ciencia de montes, tomada en su acepción más lata, donde, tanto los profesores de la Escuela, como los ajenos á ella é ingenieros de los distintos cuerpos y demás personas de ciencia que lo soliciten, investiguen por sí mismos los unos, emprendan este camino los otros, bajo la dirección y consejos de los más expertos, y ayuden *voluntariamente* los alumnos que quieran dedicarse á estos trabajos. Éste debe ser el ideal que como centro de altas investigaciones científicas debemos perseguir. Esos laboratorios podrían llegar á ser un elemento de cultura científica para nuestro atrasado país, y centro donde se estudiaran multitud de pro-

(1) Así se practica de siempre en la Escuela de Montes; pero esto no es suficiente. Las tendencias deben señalarse desde la preparación, y mientras ésta no se modifique en el sentido que viene ha tiempo reclamando la citada Escuela, todo trabajo será deficiente.

blemas, unos generales y otros relacionados con los montes españoles, todavía por conocer.

Ideal es éste que por muchos forestales será calificado de irrealizable; pero no olvidemos que en todas las manifestaciones de la actividad humana siempre se calificaron hoy de utopías las que fueron realidades del mañana, y, pues que así es la marcha del progreso, luchemos sin tregua ni descanso por llevar á la Escuela de Montes todo aquello que, además de darle preponderancia y brillo, pueda contribuir á la gloria y adelantamiento de la patria.

B



La Escuela de Agricultura.

1. Notoriedad de esta Escuela.—2. Escuelas nacionales de agricultura en Francia.—3. Cultivos regionales.—4. Dónde se halla establecida.—5. Ejercicios de ingreso.—6. Enseñanzas en la Escuela, duración y profesorado.—7. Carácter de la enseñanza.—8. Laboratorios y cultivos notables.

1. Era para nosotros visita casi obligada, estando en Montpellier, la de su Escuela de Agricultura que, establecida hace veinte años, ha adquirido gran notoriedad, y cada día sin duda la adquirirá más, gracias á su buena organización, profesorado y elementos con los que se la ha dotado. Estas condiciones han hecho haya llegado en muy poco tiempo á grande altura y que sea ya notable el movimiento bibliográfico agrícola producido por los numerosos estudios hechos en sus laboratorios.

2. Ésta, con las de Gran-Jouan y Grignon, constituyen las tres Escuelas nacionales de Agricultura de Francia. Existe en París además el Instituto Nacional Agronómico.

3. Respondiendo al precepto de que, si bien los principios científicos que sirven de fundamento á la agricultura son los mismos en unas localidades que en otras, varían los cultivos con las condiciones del suelo, y no son por lo tanto iguales en bajas que en altas latitudes, en unas ó en otras altitudes, en

estos ó en los otros suelos, nace de estas variables la conveniencia de que las escuelas de agricultura tomen carácter regional y sus estudios se especialicen teniendo en cuenta la región donde se hallen establecidas.

Consecuencia de estos principios es que su enseñanza sea, dada la parte de Francia que ocupa Montpellier y los cultivos de su región, la de la viticultura, enología, sericicultura, cultivo del olivo y fabricación del aceite.

4. Esta Escuela, pagada por el Estado, ocupa una propiedad común perteneciente al departamento del Herault y á la ciudad de Montpellier, á los cuales satisface aquél un alquiler por períodos de veinte años. Se encuentra á corta distancia de la citada población.

5. El ingreso, mediante concurso, consta de dos clases de ejercicios, unos escritos y otros orales.

Los primeros versan sobre las materias siguientes:

- 1.º Un ejercicio gramatical.
- 2.º La solución de un problema de aritmética ó álgebra y otro de geometría.
- 3.º Un ejercicio de física y química, y
- 4.º Ídem íd. de historia natural.

Los orales, que son públicos, comprenden:

- 1.º Aritmética, álgebra y geometría.
 - 2.º Física y química, y
 - 3.º Historia natural y geografía.
6. La enseñanza, ya dentro de la Escuela, está distribuída en las siguientes asignaturas: zoología, botánica, mineralogía y geología agrícolas, física y meteorología, química general y agrícola, agricultura, horticultura, viticultura, selvicultura, ingeniería rural, zootecnia, *tecnología*, economía, legislación y contabilidad rurales, higiene y ejercicios militares. Su estudio se hace en cinco semestres.

Dará idea de parte de la organización de clases y prácticas el consignar que el personal científico lo componen trece profesores, dos profesores de conferencias y nueve ayudantes preparadores.

7. Á las clases orales se unen numerosos trabajos prácticos en los laboratorios correspondientes, resultando un estu-

dio teórico práctico, en el que predominan las manipulaciones y que da grandes resultados. No hay que decir lo acertado de esta manera de llevar la enseñanza de jóvenes que después se han de dedicar á la enseñanza y á la administración de propiedades agrícolas, pues ésta es la misión de la Escuela de Agricultura que nos ocupa.

8. Vimos, el día que la visitamos, casi todos sus gabinetes y laboratorios. Merecen particular mención la estación sericícola y los campos de cultivos, en primer lugar el de ampelídeas.

Mucho sentimos no poder entrar en más detalles de esta Escuela, tan notable como digna de imitación; pero no siendo su estudio objeto de nuestra comisión, é irse haciendo ya largo y pesado este trabajo, nos vemos obligados, bien á pesar nuestro, á no ocuparnos de sus enseñanzas, colecciones, laboratorios y cultivos.

IV

LA COMBE DE PEGUERE

1. Caracteres de la *combe*.—2. Importancia de Cauterets y situación del pico y *combe* de Peguere.—3. Relaciones de la *combe* con el torrente.—4. Diferencias.—5. Daños.—6. Origen del remedio.—7. Comisión informadora. El cuerpo forestal francés es el encargado de estos trabajos.—8. Su objeto.—9. *Ecrêtement*.—10. Orden de las construcciones.—11. Fábrica adoptada.—12. Precauciones en la construcción de los cimientos.—13. Coronamiento de los muros.—14. Su forma.—15. Causas de la lentitud de los trabajos.—16. Precauciones.—17. Encespedamiento.—18. Caminos ordinarios y de hierro.—19. Precaución que se adopta en los sitios donde se arranca el césped.—20. Albergues.—21. Obreros y presupuesto.

1. Llaman los franceses *combe* (1) á una gran cortadura que puede presentarse en la base ó en el flanco de la ladera de

(1) Dejamos en francés esta palabra porque, si bien su traducción literal es *comba*, no sabemos si las quebradas de nuestras montañas que puedan tener los mismos caracteres reciben ese nombre ú otro, si es que se las conoce con alguno.

una montaña, y cuya cortadura se halla surcada por multitud de pequeños barrancos.

Los caracteres y daños producidos por esta especialísima forma de torrente son muy variables; pero en esencia, los procedimientos para ser extinguido son los mismos, puede decirse, empleados en aquél.

La importancia de la que es objeto de nuestro estudio es consecuencia, por una parte, de sus pendientes y altura y, por otra, de las localidades amenazadas.

2. Domina á Cauterets, pueblo de los Altos Pirineos franceses, situado á 930 metros de altitud, muy conocido por sus establecimientos balnearios, el pico de Peguere, que se levanta hasta 2.187 metros sobre el nivel del mar.

3. Algunos de esos balnearios separados, pero á corta distancia, de la población, se hallan debajo de la *combe* de una de las laderas de la montaña que termina en el pico citado. Esta *combe* presenta en la parte inferior un verdadero cono de deyección, de piedras de todos tamaños, de gran pendiente, que apoya su vértice en la base de una escarpadura poco menos que vertical, á la cual va á parar una garganta, representante aquí del canal de desagüe, que por su parte superior concluye en la verdadera *combe* equivalente á la cuenca de recepción de los torrentes.

4. Vemos que sin gran dificultad pueden encontrarse todas las partes características de esas últimas corrientes de agua; pero á pesar de esto, hay diferencias grandes entre los torrentes y la *combe* que nos ocupa, pues sobre ser las pendientes de ésta mucho mayores y no haber divagación, sus daños no son causados por lo que en los torrentes se llama *lava*, sino que son producidos exclusivamente por las piedras.

5. Hemos dicho ya que las pendientes son grandísimas; si á esto unimos que el abuso del pastoreo ha dejado al descubierto, en la parte superior, la resquebrajada roca granítica y que entre sus grietas y hendiduras pasa el agua, se hiela en invierno y acelera la marcha del primer paso de la descomposición (1), tendremos presentados los factores que determinan

(1) Como ejemplo del desarrollo de esas resquebrajaduras de las rocas

la formación del cono de deyección constituido por enormes piedras que, procedentes de la desagregación de la roca superior, ruedan por el que hemos llamado canal de desagüe, se asoman á la escarpa, y cayendo de grande altura, chocando aquí y allí, saltando de una á otra parte y resbalando de un lado á otro, acaban por desagregarse en multitud de pedazos que vienen á constituir más tarde el depósito de materiales pétreos. Esa caída de piedras, esa formación del cono de que acabamos de hablar, no fué tenida en cuenta mientras no amenazó establecimientos de importancia; pero este día llegó cuando, suprimida en gran cantidad la capa vegetal protectora, fueron arrastradas las arenas que llenaban las resquebrajaduras de las rocas dislocadas. Comenzó entonces la caída de grandes moles de piedra que chocaron con los muros y tejados de los balnearios, riqueza casi única de Caunterets y de suma importancia, por la bondad de sus aguas para la curación de no pocas dolencias de las que con más frecuencia aquejan á la humanidad contemporánea.

6. En el mes de mayo de 1884, á consecuencia del derrumbamiento de una gran masa de piedras que alcanzó al establecimiento de la Raillere y á algunas casas de campo, se fijó la atención en el peligro, que se aproximaba, de ver destruídos algunos de los principales establecimientos de Caunterets (1).

7. Nombrada, primero, una comisión de ingenieros de caminos y de forestales que nada resolvió, y encomendada, más tarde, á los últimos la misión de poner remedio á una situación que tanta importancia tenía para aquella localidad, comenzaron los trabajos. Se ha obtenido con éstos el más completo éxito, y aun no estando terminados, permiten asegurar se

graníticas que se observan en la *combe* de Peguere, diremos existió una enorme piedra de cuarenta y siete metros cúbicos, que presentaba una hendidura de veinte á treinta centímetros de anchura, la cual aumentó, en un período de tres á cuatro años, hasta llegar á setenta centímetros.

(1) El Estado se encargó de la ejecución de los trabajos mediante la cesión gratuita, hecha por el valle de *Saint Sabin*, de trescientas hectáreas, propiedad comunal, de la *combe* de Peguere, donde está situada la parte que amenaza los establecimientos.

ha dado resolución al problema planteado: proporcionar estabilidad á la *combe* de Peguere.

Expuestos los antecedentes necesarios, vamos á detallar cómo se están ejecutando estas obras. Y antes de comenzar debemos decir que cuanto sigue está basado en datos tomados por nosotros en Cauterets, pero que las obras no pudimos examinarlas de cerca por no habernos sido posible llegar al sitio donde están localizadas, durante ninguno de los cuatro últimos días de agosto de 1890 que permanecemos en dicha localidad, últimos también de los treinta que pasamos en Francia cumpliendo nuestra comisión. Las continuas lluvias, nieblas y algún día nieve, unidas á la forzosa ausencia del inspector de Montes, Mr. Dellon, que galantemente quería servirnos de guía y mentor de los trabajos por él dirigidos con el acierto y buen éxito reconocidos por todos, hicieron que contempláramos muchas veces, desde su pie y con ansia de escalarlo, el pico de Peguere, sin que, por dichas causas, nos fuera dado realizar nuestros deseos. Creemos, sin embargo, que las noticias apuntadas á continuación servirán para dar idea completa del aspecto natural de la *combe* de Peguere y de cuanto en ella se está ejecutando.

8. Si se ha fijado la atención en lo que llevamos dicho, se verá que el objeto de estos trabajos es: primero, evitar la caída natural de grandes piedras, hoy en equilibrio inestable, ó que á él puedan llegar con facilidad, y segundo, impedir que continúen las causas que han llevado al actual estado la *combe* de Peguere, volviéndola, en lo posible, la cubierta herbácea protectora que impedía la rápida desagregación de las rocas.

9. Á la primera necesidad se ha acudido por medio de la construcción de muros de contención, situados en sitios determinados de antemano, previo un reconocimiento que tiene por objeto examinar la estabilidad de las rocas. Verificado éste, se derriban todas aquéllas ya removidas por los agentes naturales, y de tal manera situadas que, ofreciendo peligro, han de caer, naturalmente, más tarde ó más temprano. El acto de derribar las cimas y crestas de las cumbres y de aquella parte de las laderas que amenazan ruina lo llaman los forestales franceses *écrêtement*, asemejándolo al de la parte superior de un muro.

10. Objeto de detenido estudio fué el decidir si el comienzo de los trabajos había de ser por la parte inferior ó por la superior. Quedó decidido que las obras marchasen de arriba abajo, ó sea que los muros proyectados á mayor altitud se construyeran los primeros.

Para esto se ha tenido en cuenta que los daños importantes se presentan en la parte más elevada, por ser donde obran con más energía los agentes exteriores. Esa marcha impide el trabajo de esos agentes, el que, caso de verificarse, queda contenido ó retardado, merced á las obras hechas por el hombre. La construcción avanza por zonas en el sentido indicado y en cada una de ellas de abajo arriba.

11. La fábrica adoptada ha sido la mampostería en seco, pues el mortero hubiera resultado muy caro y no permitido el paso del agua. Ésta hubiera sido perjudicial para la construcción y aumentado los daños que precisamente se tratan de evitar.

12. Cuando se abren los cimientos para los muros, y con objeto de no dejar ni por un momento vacías las zanjas, que pudieran, por cualquier incidente imprevisto, producir mayores perturbaciones al terreno que se pretende contener, se rellenan inmediatamente con la mampostería que debe constituir las, llevándose esta precaución hasta el extremo de que zanja abierta debe quedar con el cimiento concluído en el mismo día.

14. El coronamiento de cada muro, muchos son curvos, se ejecuta como si fuera un arco, y cada piedra, por tanto, una dovela, por cuyo procedimiento se da gran resistencia á toda la construcción. Ésta se comienza por los extremos, consecuencia de lo acabado de decir, y va avanzando hacia el centro, donde se junta el coronamiento y cierra por una piedra que hace el papel de clave.

14. La forma general de cada muro ó grupo de muros se adapta á la del sitio de la *combe*, donde se trabaja, por lo que casi todos resultan curvos, unas veces paralelos y otras tomando la forma de los peldaños de una escalera de caracol.

15. Á la lentitud que á estos trabajos imprime el que una gran parte del año no son posibles por las nieves y lo largo

de la temporada invernal, se unen lo inaccesible del terreno y las grandes precauciones que hay que tomar para no causar daños á los transeuntes, por los caminos donde van á parar las grandes piedras que tienen que ser derribadas. Esta operación (*écrêtement*) se hace desde mayo á fines de junio, queda en esta fecha interrumpida, se vuelve á comenzar el 15 de septiembre y se continúa hasta mediados de noviembre, que suelen caer las nieves que ya no desaparecen hasta la primavera siguiente.

16. En los caminos situados en la parte inferior del cono de deyección se colocan vigilantes á uno y otro extremo de la parte amenazada por los derribos superiores, para impedir la circulación con arreglo á los avisos que les son transmitidos telefónicamente desde lo alto de la montaña. Esta interrupción del camino varía de tres á seis horas diarias.

Á la vez que se contienen los posibles derrumbamientos de la roca dislocada, por medio de los muros, y se hacen caer los que amenazan, se encespeda toda la montaña, de cuya combinación de trabajos ha de resultar la estabilidad de la misma.

17. El encespedamiento se ejecuta por todas partes, de alto á bajo y marchando de un lado á otro de la *combe*, es decir, por fajas horizontales poco más ó menos.

El césped es transportado de otra localidad próxima, en forma de grandes *placas* de unos quince centímetros de grueso, término medio, teniendo en cuenta, como condición primera, que cuanto mayor sea el espesor de la cantidad de tierra que se transporta con el césped, mayores probabilidades hay de obtener buen éxito, por ser menores ó nulos los daños que se causan en las raíces. La mayor parte de las plantas que constituyen estos céspedes son gramíneas, acompañadas también de *rhododendros*, gayubas y sauces.

Citadas *placas* se colocan en el suelo que se trata de encespedar, unas á continuación de las otras, se golpean con mazo de madera para darles alguna adherencia al suelo y se impide su resbalamiento en los sitios de gran pendiente, por medio de estaquillas de madera clavadas delante.

Hasta ahora se limitan los forestales franceses al encespedamiento, pues mientras éste no se halle asegurado, pudiera

comprometer el apetecido resultado de los trabajos la ejecución de siembras ó plantaciones.

18. Los estudios preliminares de reconocimiento, las construcciones y el encespedamiento hicieron necesario un camino ordinario, primero, y más tarde otro de hierro, sistema Decauville. Aquél fué estudiado y comenzado el año 1884-85; se le dió una longitud de cuatro kilómetros, por dos de ancho, y se prolongó después, en el año 1889-90, hasta 6.000 metros. La pendiente media es de 14 por 100.

El segundo, empleado tanto para el transporte de los materiales pétreos como para el césped, ha dado grandes resultados, y no es de las cosas que, según se nos dijo en Cauterets, menos han admirado y admiran á los visitantes de estos trabajos, el ver este ferrocarril suspendido sobre el abismo. En el tiempo que lleva funcionando no ha ocurrido desgracia alguna en su manejo, á pesar de su situación especial. Merece también consignarse que está situado á una altitud superior á 2.000 metros.

La piedra empleada en la construcción de los muros, que se extrae del barranco *de la glacier*, es transportada al pie de obra por un ferrocarril Decauville, según ya hemos dicho, con ancho de vía de 50 centímetros. Además han sido aumentados los transportes por medio de trineos.

19. En la localidad donde se ejecuta el arranque del césped, que no sufre daño en esta operación, se toma, sin embargo, la precaución de no sacarlo de una gran superficie continua, sino, y por el contrario, discontinua, con objeto de producir todo el menor perjuicio posible á la montaña á que da protección.

20. Como los trabajadores no descienden de las obras más que los domingos, por pasar todos los días de trabajo en el pico de Peguere, fué preciso hacer barracas que les sirvieran de albergue. Están construídas á 1.608 metros de altitud y se han hecho de fábrica de mampostería en seco. Á la misma altitud hay alojamiento para el personal de la administración de montes.

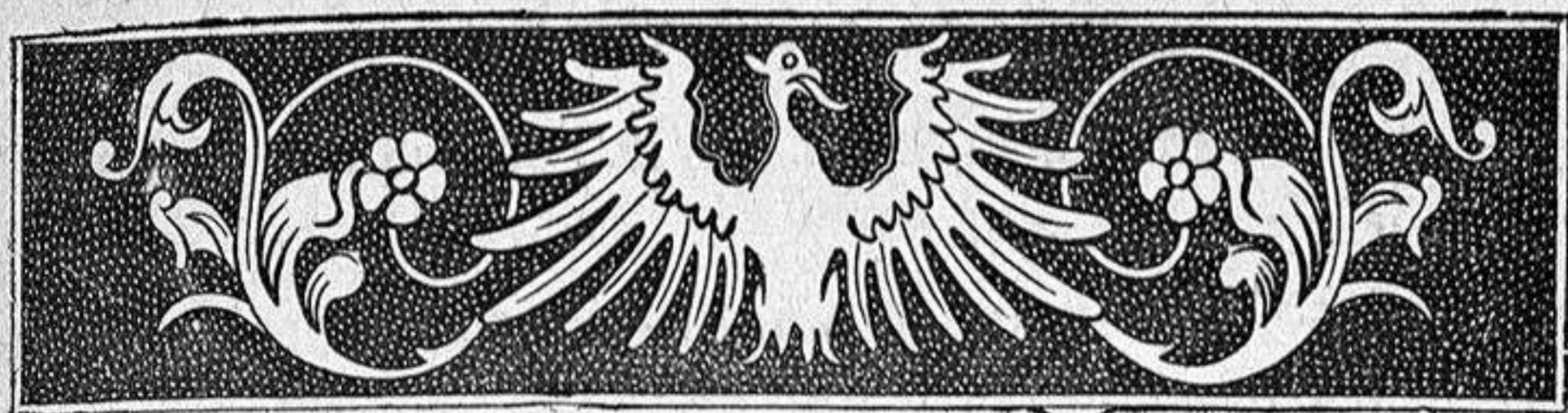
21. Los obreros ocupados en estos trabajos varían de 50 á 70, y el presupuesto anual es de unos 25.000 francos para toda clase de obras.

Réstanos sólo, para concluir, decir que hasta ahora, y ya se ha consolidado, próximamente, la mitad del terreno que debe sujetarse por medio de estos trabajos, va dando los mejores resultados la combinación de las obras de construcción con el encespedamiento, siendo de suponer se lleve á feliz término la original operación de dar estabilidad á una cúspide de montaña que amenaza ruina.

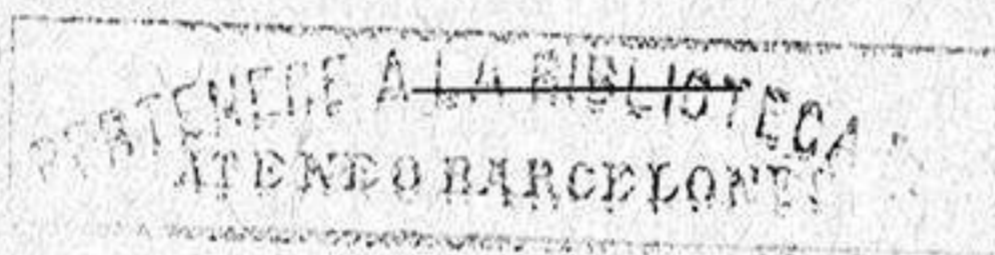
Cumplido el deber de dar cuenta de nuestra visita á Francia, también lo es para nosotros gratísimo el consignar aquí que el administrador de Montes, Mr. Joubaire, contribuyó, de manera que siempre agradeceremos, á facilitar nuestra misión, así como los forestales Mrs. Fabre, Pecheral, Sardi, Bacciochi y Dellon, á todos los cuales enviamos cariñoso recuerdo en prueba de afecto y agradecimiento.

JOSÉ SECALL.





UNA VISITA Á GIBRALTAR



CONCLUSIÓN (I)

Y ya que me había propuesto visitar iglesias, no quise dejar de entrar en la católica, que tenía enfrente, para apreciar así mejor la impresión que me causaba aquella diferencia de cultos.

En el momento de penetrar yo en la iglesia, un sacerdote vestido de blanquísimas telas se hallaba celebrando la misa en el altar mayor, en el cual se veía la imagen de la Madre de Dios, bajo cuya advocación estaría consagrada aquélla; y una muchedumbre de fieles (entre los que se hallaban varios soldados del ejército inglés) se extendía á lo largo de la nave central, arrodillados con el mayor recogimiento, leyendo unos en gruesos libros, y atenta otros la mirada en el sacerdote, que con entonación vigorosa cantaba los sagrados oficios. Infinidad de velas ardían en el altar mayor, difundiendo su polvo de oro en las majestuosas naves, y en las paredes de los lados veíanse multitud de altares consagrados á diferentes santos de los que la Iglesia venera, algunos con

(1) Véase la pág. 5 de este tomo.

distintas ofrendas, muestra de la reconocida piedad de los fieles.

Confieso que nunca se han despertado en mí tanto los sentimientos religiosos, que nunca me sentí tan ferviente católico como en aquellos instantes en que, después de recorrer los varios templos y admirar los diferentes cultos bajo los que el hombre tributa adoración al Dios del Universo, me sentía bajo aquella protectora religión en que mi cariñosa madre me había criado, que evocaba los recuerdos más gratos de mi vida, las prácticas de mi juventud, cuando aún no perdida la inocencia ni lacerada el alma con el cáncer de la duda, asistía yo lleno de fe en el corazón á la celebración de todas aquellas ceremonias sagradas, que inundaban de consoladora alegría mi espíritu: sentimiento nobilísimo que venía á ser para mí en aquellos instantes supremos la personificación de todo mi ser, y que despertaba en mí, por el contraste, cuanto tiene en sí de individual el hombre, la educación, el carácter, la nacionalidad, los afectos y todo lo que significa para el alma los más respetables y caros intereses.

Dió el sacerdote la bendición al pueblo, y contento ya con aquella santificación de mi persona, volví á salir á la calle para continuar mi rápido examen de las obras y costumbres de la ciudad á que yo me permito llamar hispano-inglesa.

Dispuesto ante todo á visitar las curiosas excavaciones que sobre el cerro tienen practicadas los soldados británicos, propuse á mi *cicerone*, como más conveniente, el que subiéramos en un coche que nos condujese á la entrada de la enorme cueva; pero éste, que, según llevo dicho, era judío, se negó resueltamente á ello, fundado en que aquel día no podía montar en vehículo alguno, ni siquiera tomar la propina que le alargaba, pues esto sería profanar el sábado, y no quería quebrantar, en modo alguno, los preceptos de su ley; con lo cual me despedí de aquel íntegro descendiente de Moisés (no sin advertirle que en la fonda encontraría el premio de sus

servicios), admirando, al par, la escrupulosidad con que los hebreos practican sus observancias religiosas, bien diferentes en esto de lo que solemos hacer los cristianos.

IV

LA MONTAÑA

Es lo más curioso que existe en Gibraltar.

Para visitarla es necesario proveerse en el Consulado de España de una tarjeta ó pasaporte, que después cambia por otra el que pudiéramos llamar comandante militar de la plaza, y precisa abstenerse muy seriamente de tomar durante la visita género alguno de apuntes, pues la indiscreción suele pagarse con tres años de castillo. Llenadas por mi parte las precisas formalidades, comencé la ascensión á la abrupta peña, no tardando en llegar á la línea que cierra el paso del público, y en la cual se encuentra un destacamento constante de tropas, encargado de vigilar aquélla. En un pabellón que hay á la izquierda, donde está el cuerpo de guardia, entregué mi pasaporte, y cuando creí que habían terminado los formulismos y las precauciones, me hicieron escribir mi propio nombre y apellidos y la expresión del día, mes y año en que iba á verificar la visita, en un libro que me presentaron al efecto, y en el que se lleva con rigurosa exactitud la lista de los visitantes á la gigante fortaleza. Un soldado apareció después con un grueso manojo de llaves en la mano, y abriendo con una de aquéllas la puerta de entrada, penetramos en el interior de la imponente mazmorra.

Es imposible describir la impresión que causa en el ánimo la vista de aquellos inmensos túneles, que á veces se cortan y parten en todas direcciones, bifurcándose repetidamente, á trechos iluminados, á veces envueltos en las oscuridades profundas de los calabozos, formando una red incomprensible de galerías y comunica-

ciones, dédalo confuso en el que indudablemente no sabría hallar la salida ninguno que no poseyese el hilo de Ariadna del secreto, que constituye, de modo preciso, uno de los elementos estratégicos de aquella posición formidable. Las rampas por que ascendíamos eran suaves y espaciosas, mucho mejor que algunas carreteras por las que cruzan todos los días viajeros, y por las cuales se podría fácilmente subir á caballo, á no impedirlo la altura de sus techos; y con frecuencia topábamos en ellas con enormes pilas de balas que la previsión de los ingleses tiene allí almacenadas, ó hallábamos una tronera abierta sobre la roca viva, en la cual se encontraba apostado un cañón, como si tratara de entrar inmediatamente en funciones, rodeado de todos los pertrechos necesarios para tan ingrata y estrepitosa tarea. Algunas veces la oscuridad era tan densa que no movía sin miedo los pies, temiendo caer sobre alguno de aquellos monstruos de hierro, y en más de una ocasión tuve que apelar á los fósforos, como medio de proporcionarme luz en aquellos tenebrosos antros, en los que casi siempre me veía alejado del guía, que, más experto y más ágil de piernas, se adelantaba grandes distancias hasta llegar á otra ventana por donde viésemos claridad, y en cuyo lugar volviéramos á reunirnos.

Durante el largo trayecto salíamos del seno de la montaña y caminábamos sobre ella, llevando por techo el azulado firmamento, descubriendo desde aquella inmensa altura un vasto y magnífico horizonte, en el que veíamos á nuestros pies la ciudad, los microscópicos vapores que daban movimiento al puerto, y la multitud de poblaciones españolas que se divisan en derredor, hasta que de nuevo penetrábamos en las inmensas fauces del coloso, perdiéndonos en los misterios de su intrincado organismo, para reaparecer á larga distancia, guiados por la luz de alguna claraboya que nos atrajese arrebatándonos á aquel mar de sombras.

Por fin llegamos á un lugar cerrado por gruesos maderos que interceptaban la subida, y en el cual me dijo

el guía que no podíamos seguir por ser aquélla la parte reservada de la fortaleza, en la que seguían practicándose excavaciones para continuar la enorme trinchera: lugar, añadió, reservado á toda mirada profana, y el que, aparte de los operarios empleados en los trabajos, apenas si logran ver los mismos oficiales del ejército inglés que no tienen en aquel sitio el centro de sus servicios.

Tuve, pues, que conformarme á no ver el mayor secreto de aquella misteriosa gruta, y me aproximé á la tronera más inmediata, que al par era la más alta de cuantas habíamos atravesado, para admirar aquel panorama delicioso y respirar el aire puro y oxigenado que allí se disfrutaba.

Aquella abertura, que vista desde abajo parece un hueco insignificante, es en realidad tan espaciosa que cabe por ella perfectamente un hombre; y hubo de espantarme la considerable altura á que nos encontrábamos sobre aquella roca hendida en forma de precipicio, y desde la que fácilmente se puede caer, víctima de un desvanecimiento ó de un vértigo momentáneo, para estrellarse sobre la piedra viva que forma el lecho de aquel pozo sombrío.

Del somero examen que pude hacer de la fortaleza inmensa (dada la circunspección con que era preciso permanecer allí), deduje que ésta es una posición inexpugnable, que por hallarse erizada de cañones, con misteriosos secretos en su seno, y estar cuajada de troneras que la defiendan en todas direcciones, cualquiera que sea la parte de donde pueda venir la agresión, hacen imposible el que ningún ejército enemigo se apodere violentamente de ella, á menos que vuelen primero aquella poderosa máquina militar, cuyas entrañas pueden ser todas de fuego, y que en los momentos de peligro vomitaría, á manera de un inmenso volcán, un diluvio de rugiente y destructora lava que en breves instantes sembrara la desolación y la muerte en las filas de los adversarios.

Con tan temible defensa no cabe duda que para apo-

derarse de Gibraltar sería preciso primero aniquilarla. Apartéme de aquel lugar, y como mi objeto estaba ya terminado en la sombría cueva, comenzamos á descender, internándonos de nuevo en el corazón de la montaña, en la que, y por ser tan violento el declive, bajaba yo algo más deprisa de lo conveniente, pasando por transiciones bruscas de la clara luz del día á las espesas tinieblas de la más profunda oscuridad, y dejando atrás confusa red de vías en que la tétrica claridad que las alumbraba, y el frío y húmedo aire que se sentía en ellas, daban á aquella mansión el aspecto de un castillo encantado de los que en la Edad Media describían sus poetas, ó uno de aquellos lugares mitológicos que la fantasía de los antiguos poblaba de peligros imaginarios.

Al fin llegamos al término de aquel laberinto, en cuyo seno habíamos permanecido más de dos horas, y respirando con la satisfacción del hombre que se encuentra en terreno seguro, aspiré de nuevo el tibio y purísimo aire de Andalucía.

V

LAS DIVERSIONES

Ignoro si Gibraltar tiene algún teatro de invierno, pero la circunstancia de hallarnos en el mes de Octubre, época aún calurosa en estas regiones meridionales, era causa de que no hubiera á la sazón más edificio de esta clase abierto al público que el llamado de *Benatar*, teatro de verano, y que se halla situado en el paseo de la Alameda.

El teatro es la más favorita de mis diversiones; y como la compañía, por añadidura, era española, no vacilé para resolverme, esperando á la vez observar hasta qué punto nuestro idioma y nuestras costumbres se iban infiltrando en el idioma y en las costumbres de nuestros huéspedes.

Al penetrar en la sala, mi primer movimiento fué de

sorpresa, porque ciertamente no esperaba encontrar en un teatro de los de esta clase, que sólo se construyen para poco tiempo, y en especiales condiciones, tanto gusto, y aun si se quiere, tanto lujo como la esplendidez de su dueño ha sabido reunir en aquel precioso centro de recreo, llevando por todos conceptos notable ventaja al Teatro Felipe y otros de índole semejante que se conocen en la capital de España, y pareciéndome por su belleza y dimensiones digno de una ciudad de más importancia y más habitantes que Gibraltar. Sin embargo, mis cálculos no eran exactos. No bien había comenzado la representación, cuando los asientos estaban casi todos ocupados, y el público, á excepción de unos cuantos palcos, invadía todas las localidades. El programa, que también estaba impreso en español y se repartía á todo el mundo, se componía aquella noche de varias piezas en un acto de esas que constituyen el alimento diario de los teatros de segundo orden de Madrid, y el público reía á satisfacción los chistes de la obra, aplaudiendo con gusto unas veces, guardando una prudente reserva otras, y demostrando en toda la representación el dominio de esta clase de espectáculos. La rapidez con que se generalizaban estas manifestaciones del público me hizo creer que todos los que estábamos allí congregados éramos hijos de esta hidalga tierra de España; hermanos que íbamos á celebrar las galanuras y el ingenio de la ardiente imaginación de nuestros poetas y de nuestros artistas; acaso patriotas fervientes que acudían á protestar en aquella forma elocuente y muda de la exótica y odiosa implantación de la raza británica en el territorio y en el seno mismo de nuestra raza. Las voces de aprobación de los espectadores, al par que las exclamaciones de júbilo con que eran acogidas las gracias de los artistas, unido á los miles de conversaciones que en nuestra hermosa lengua y durante los entreactos sorprendí, de paso, en todas las partes del teatro, acabaron de convencerme de que todos, ó al menos la mayoría de los allí reunidos éramos españoles,

y me produjo no poco entusiasmo el ver que tan nutrida y excelente representación tenía la sociedad de nuestros compatriotas en la plaza inglesa, porque este elemento de nuestra raza mantiene allí una corriente perpetua de españolismo que impide que el despojo moral se consolide, y que la ciudad prisionera se identifique por completo con sus antipáticos dominadores.

A mi salida del teatro observé que de otro edificio de enfrente salía considerable número de personas, en su mayor parte militares. Pregunté al amigo que me acompañaba, y éste me dijo que aquél era otro teatro al que sólo asistían los ingleses, porque allí se daban las representaciones en su lengua; cosa que no dejó de llamarme la atención, y que me causó involuntario regocijo, viendo que ingleses y españoles sostienen en sus relaciones estas corrientes de alejamiento.

ESTENECÉ A LA BIBLIOTECA
MUSEO BARCELONÉS

VI

EL EJÉRCITO

Durante mi estancia en Gibraltar, una de las cosas que atrajeron más mi atención fueron las tropas.

Los muchos soldados que veía por las calles, la importancia que bajo el punto de vista militar tiene aquella plaza, y los muchos cuarteles que encierra, me hicieron sospechar, con fundamento, que el ejército sería uno de los elementos más importantes de la ciudad. Así es, en efecto, y por lo mismo no quiero dejar de consignar aquí algunos de los datos y de las impresiones que sobre este particular hube de recoger.

La guarnición de Gibraltar se compone ordinariamente de unos seis mil hombres, de la que es jefe superior el Gobernador general de la plaza. Compuesta de soldados de todas las armas, forman un núcleo importante de la misma los artilleros, encargados de las numerosas baterías de las fortalezas, y los ingenieros, destinados á proseguir sus interminables obras de defensa. Esta fuer-

za, como todo el ejército inglés, se compone en tiempo de paz de soldados voluntarios (á la manera de nuestra benemérita Guardia civil), por consiguiente, muy bien retribuídos, y en su mayor parte casados; así que sus cuarteles parecen poblaciones enteras donde se albergan innumerables familias, con todos los enseres domésticos necesarios que la comodidad proverbial de los ingleses hace adquirir en gran escala.

Dejo á un lado el exponer las ventajas y los inconvenientes que los ejércitos de esta clase tienen para las naciones, porque esta tarea es propia de los economistas y de los hombres de Estado; pero sí diré que á mi entender estos ejércitos son sumamente gravosos para el Erario público, que necesita ofrecer el aliciente de una fuerte recompensa al que voluntariamente ha de someterse al rudo ejercicio de la milicia; y no creo, por otra parte, que el hombre casado sea el tipo del soldado sufrido y valiente, porque en primer lugar el matrimonio, enervando sus fuerzas, le hace menos vigoroso, y luego, las consideraciones de familia, ahogan en gran manera la decisión y el arrojo que es preciso tener en las batallas.

Los soldados ingleses lucen un uniforme elegante, pero un tanto amanerado, porque casi todos ellos usan de cuartel unas gorras hendidas de delante á atrás con unas pequeñas cintas que cuelgan sobre la espalda (parecido á lo que nosotros llamamos vulgarmente *coñas*), y otros llevan unos pequeños gorros que apenas les cubren una parte de la cabeza, por lo que se ven precisados á sujetarse la prenda con una correa por debajo de la barba; rareza que me pareció una de tantas excentricidades de los ingleses y que no veo tenga nada de militar, pero en cambio tiene mucho de ridículo. La infantería usa chaqueta encarnada y pantalón azul; los artilleros llevan de este color todo el traje, como en la mayor parte de los ejércitos europeos, y los cuerpos de caballería usan un traje algún tanto verdoso; y existen unos regimientos de escoceses, que usan (los soldados, mas no los oficiales) unas enaguillas cortas y plegadas, que no

sé lo que tengan de guerrero, y con las cuales van enseñando hasta una respetable altura las piernas, que llevan desnudas; deshonestidad que, unida á otros detalles que no cito, constituyen un traje en alto grado indecente, impropio de la culta y civilizada Inglaterra. El traje de campaña lo completa un monumental casco de fieltro blanco, que les cubre hasta los ojos, y que á mí me pareció sumamente pesado é incómodo: y en la plaza muchos llevan un pequeño bastón delgado y que no llega al suelo, (parecido á los que usan los sietemesinos de todos los países), y cuyo embeleco más bien les quita que no les presta ninguna marcialidad. Para los que estamos acostumbrados á la apostura y gallardía de los soldados españoles (dicho sea sin pasión), no deja de sorprender la vista de los soldados ingleses, llevando sobre el hombro izquierdo el arma y verificando con esta mano, en el manejo de aquélla, gran número de movimientos; detalle que fija la atención de los extraños, y que me produjo risa recordando aquellos soldados del Uruguay, que siempre han hecho mis delicias en la zarzuela *Los sobrinos del Capitán Grant*.

Por su aspecto, los soldados ingleses no revelan ser los ambiciosos dominadores de medio mundo; y si bien sus ejércitos tienen fama de sufridos y valientes, como lo son en efecto, su ventaja principal consiste en sus expertos y renombrados marinos, y en la universal instrucción y pericia que adquieren todos, desde los oficiales hasta el último soldado.

El gran número de tropas que ocupan á Gibraltar y las inmensas y costosas obras que en ella tienen practicadas hace creer que los ingleses aman verdaderamente á esta plaza.

Conocedores de la importancia comercial y estratégica de la misma, sus actuales dueños no la abandonarían en ningún caso, y si llegase el momento de tener que defenderla de alguna agresión enemiga, preferirían morir sepultados bajo sus escombros á perder este preciado tesoro, que nada lo supliría, en una retirada funesta

que significaría para ellos la derrota más vergonzosa.

Es preciso convencerse. En el estado en que se encuentran hoy las cosas, y dada la marcha de los acontecimientos, es de necesidad el que desechemos los deseos platónicos, que tanto tiempo hemos acariciado, de hacer nuestra á Gibraltar por la reconquista. Lograríamos más bien (y esto se entiende no siéndonos adversa la fortuna) apoderarnos de un montón de ruinas. Y aunque esto sería preferible á la vergüenza de tener esa señal de ignominia en el rostro, precisa que en nuestros tiempos, tan alejados de aquellos en que se tenía por dios de los destinos á la guerra, busquemos los medios de adquirir esa codiciada joya sin destruirla, y sin lanzar á mansalva sobre el peligro millares de hombres que nada lograrían más que servir de pasto á la voracidad de los cañones enemigos. Las potencias de Europa sancionaron en el tratado de Utrech este inicuo despojo. ¿Por qué las potencias de Europa no dirigen colectiva y resueltamente su acción á borrar este deshonroso latrocinio, que es hoy, como será siempre, una amenaza constante contra la paz de las naeiones y un obstáculo eterno á la cordialidad de relaciones de España con la Gran Bretaña, por lo mismo que constituye un atentado permanente al derecho internacional? Los medios diplomáticos de que pueden disponer los Gobiernos; las compensaciones de territorios que pudieran éstos negociar, renunciando España á algunas de sus posesiones que ningunas ventajas le traen, mientras le proporcionan muchos sacrificios de hombres y de dinero, (que todo podríamos sacrificarlo con tal de quitarnos de nuestro propio suelo esa vergüenza); el acierto para sacar provecho con nuestra neutralidad ó nuestro apoyo en las disensiones de las grandes potencias europeas; todo esto podría ser utilizado par un Gobierno patriótico y de levantadas miras, en una transacción honrosa que dejase satisfecha por igual la vanidad y los intereses de la susceptible nación inglesa y la ardiente y levantada aspiración de los españoles.

Y mientras este anhelado momento llega, nuestros gobernantes podrían preparar como más fácil la transacción, y aun prever las dificultades que pudiera entrañar el porvenir, destruyendo por medios indirectos esa importancia tan decantada de la ciudad inglesa, que en gran parte la debe á nuestra incuria, fortificando en mayor escala á Tarifa, verdadera llave del Estrecho, y la que, una vez puesta en condiciones, en unión de la importantísima plaza de Ceuta, que se halla en el opuesto lado, y que también nos pertenece, vendría á darnos el completo dominio de aquel envidiado paso, reivindicando con esto España un derecho que la naturaleza le ha otorgado para sí propia.

VII

CONCLUSIÓN

Satisfecho mi deseo de visitar á Gibraltar, y concluído mi amigo los asuntos que le habían llevado á la plaza inglesa, dispusimos el regreso á nuestro punto de partida, repleta de ideas la mente, y algo más aliviada de peso la bolsa. Salimos de la ciudad, de la que me despedí con tristeza, y durante el viaje fuí reflexionando en que los días de mi estancia en Gibraltar habían sido para mí de emoción profunda. Habíame visto al fin en aquella querida ciudad cuya suerte había sido una de las mayores preocupaciones de mi vida, y entrísteciame el ver por todas partes el sello de su esclavitud, apenas tolerado por la huella de la nativa patria, y los poderosos brazos de hierro que á manera de apretado anillo la ceñían, sujetándola al yugo de sus señores.

Salí, pues, de allí profundamente abatido, porque llevaba una impresión desconsoladora: la de que Gibraltar tardará aún muchos años en volver al seno de la madre patria, de la que violentamente, y para vergüenza nuestra, fué en mal hora desprendida.

ELISEO GUARDIOLA VALERO.



LOS DERIVADOS DEL PETRÓLEO

CONFERENCIAS EXPLICADAS EN EL ATENEO DE MADRID

PRIMERA CONFERENCIA

12 DE FEBRERO DE 1891.

Presenta la Naturaleza, en la nunca interrumpida labor de sus energías, materiales que pudiéramos llamar producto de evoluciones incompletas, ó llevadas á cabo sin aquellos desenvolvimientos suficientes, que luego se traducen en el marcado carácter de individualidad que gozan los seres formados. Es como si aquellas sus prepotentes fuerzas se viesan obligadas á rápido trabajo y dejaran su obra sin acabar: entonces en ella se esbozan los lineamentos de cuerpos muy afines, unidos, al igual de eslabones de cadena, unos á otros, que tienen algo de común, sin grandes determinaciones individuales, mas prontos á separarse, escindiéndose de la masa general y apareciendo ya formados y aptos para transformarse en nuevas sustancias. Si partiendo de aquella forma primordial y sencillísima, considerada primer punto singular de la evolución de la energía, vamos limitando ésta con el pensamiento, á través de las eda-

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEO BARCELONA

des geológicas, pudiéramos señalar la sucesiva aparición de los elementos químicos, casi en el orden de las llamadas familias naturales, unos bien definidos, que corresponden, á semejanza del carbono y el hidrógeno, á formaciones lentas, llevadas á cabo en largos períodos de tiempo, otros, y es buen ejemplo el grupo en que se colocan el cromo, el manganeso, el hierro, el cobalto y el níquel, que responden á trabajos menos completos, y algunos, al igual de los metales de las tierras apellidadas raras, cuya indeterminación es tanta que bien pueden calificarse de verdadera mina de cuerpos simples, no del todo formados aún, que de tal suerte se confunden sus propiedades y son poco precisos sus caracteres determinantes.

De esta misma suerte podemos considerar la hulla y el petróleo, sólo que en el presente caso las dos substancias, mezcla de casi todos los compuestos del carbono, caótica agrupación de los más variados productos, que al pronto sólo parecen tener de común el carbón que todos dejan como residuo, si son de una parte término de acciones proseguidas durante largo tiempo, á partir de elementos conocidos, de otra es preciso considerarlas punto de partida de larga serie de metamorfosis en las cuales prodúcense los cuerpos de más heterogénea apariencia, cada vez más ricos en carbono, hasta el punto de contenerlo en la proporción de noventa y ocho por ciento los últimos hidrocarburos derivados del petróleo. El trabajo de la energía parece almacenarse en los cuerpos de que hablo, y luego se despliega en las destilaciones, produciendo admirable serie de hidrocarburos, gaseosos como el acetileno, líquidos como la benzina y sólidos como aquellos que en el petroceno se contienen.

Experimentos bien sencillos consienten asistir y reproducir las metamorfosis de los primeros materiales de la hulla, llegando á su síntesis y reacciones nada complicadas permiten conjeturar el mecanismo y las reacciones que originaron el petróleo ó aceite de piedras. Sábese cómo el vapor de agua, á temperatura y presión elevadas, actúa sobre los residuos vegetales y de qué suerte, merced á tal agente, la turba puede cambiarse en lignito y éste en hulla, transformación que empleó Fremy en su laboratorio, trabajando con plantas hulleras á las

cuales hizo experimentar la fermentación úlmica, demostrando así de qué suerte los materiales orgánicos pueden ganar en carbono hasta convertirse íntegramente en aquella substancia, base y origen de multitud de cuerpos coloridos de los más variados tonos. Y es hecho bien conocido el de producirse, á lo menos un hidrocarburo, en cualquiera de estos dos casos: descomposición del vapor de agua por un carburo metálico y obtención del hidrógeno atacando por un ácido diluído los carburos de hierro. Estudiando un poco despacio ambas reacciones, hemos de deducir consecuencias importantes que expliquen la formación del petróleo en la Naturaleza.

Antes debo detenerme un punto á considerar las condiciones generales de la producción de los hidrógenos carbonados, ya que trátase al cabo de una mezcla de estos cuerpos. Dos agentes de metamorfosis intervienen en la constitución de tales substancias, y son precisamente los mismos que se emplean en la síntesis de la hulla: la presión y el calor. Todos vosotros conocéis el carbono y el hidrógeno: sólido el primero, gaseoso el segundo, ambos combustibles, dotados de individualidad propia, susceptibles cada uno de dos combinaciones con el oxígeno. Estos dos cuerpos pueden unirse directamente, mediante cierta energía, apreciada en unidades de calor, y forman el acetileno. Desde luego puedo asegurar que obtenido este cuerpo, como obtenido otro hidrocarburo cualquiera, se tiene toda una serie de compuestos de la propia índole. Á su vez el acetileno puede, bajo la acción del calor, combinarse con un volumen de hidrógeno igual al suyo: ya tenemos dos hidrocarburos, estudiemos sus derivados de la misma especie. El acetileno, calentado en un tubo hasta la temperatura del rojo, se condensa en un líquido, que es la benzina, hidrocarburo superior. El mismo acetileno, calentado solo, ó el etileno y la benzina, forman otro carburo líquido: el estiroleno, más rico en carbono que los anteriores. El nuevo cuerpo y la benzina calentados al rojo producen un nuevo carburo más carbonado: el antraceno; es decir que, á partir del más sencillo de los compuestos de carbono é hidrógeno, podemos, siguiendo la serie de sus condensaciones, llegar á términos muy superiores, en los cuales la relación de los elementos constitutivos

permanece la misma: es éste un caso particular de la isomería.

Berthelot, que estudió de manera completa las acciones del calor sobre los compuestos de carbono é hidrógeno, introdujo una doctrina en la Química que permite darse cuenta de las transformaciones ha un momento indicadas, en cuya virtud es posible la síntesis de muchos hidrocarburos condensando otros sencillos, de los cuales son verdaderos polímeros. En sentir del ilustre maestro, que ha practicado multitud de experimentos, acaso los más delicados y concluyentes de su gran trabajo de Síntesis Química, prodúcense ciertas reacciones simultáneas, semejantes al cambio del acetileno en naftalina é hidrógeno, y combinaciones recíprocas de los carburos formados, tal como el caso de la formación del estirolo uniendo la benzina y el acetileno. Tratándose de un carburo de hidrógeno que se somete á la acción del calor, acontece de ordinario desdoblarse en otros más elementales y al propio tiempo condensarse formando compuestos más ricos en carbono.

Principio tan sencillo, á cada punto confirmado en los experimentos de laboratorio, puede extenderse á la Naturaleza entera, explicándose así cómo, mediante verdaderos procedimientos y mecanismos de síntesis, se forman, en el seno de la tierra, aquellas materias hidrocarbonadas que se separan en la destilación seca de la hulla. Confirma tal doctrina el hecho de que el acetileno—primer carburo obtenido por síntesis directa—puede combinarse con los metales y producir acetiluros, cuyos cuerpos, tratados á grandes presiones por vapor de agua, originan los más variados materiales hidrocarbonados: las naftas, los betunes y el petróleo, cuyos derivados explícanse así mediante reacciones químicas nada complejas. Y en realidad no es menester la presencia de un hidrocarburo ya formado: en circunstancias especiales el ácido carbónico, actuando sobre los metales alcalinos potasio y sodio libres y también sobre los carbonatos terrosos, á presiones grandes, forma acetiluros, los cuales, mediante la presión y el vapor de agua calentado, pueden originar series completas de compuestos de carbono é hidrógeno, en virtud de aquellas reacciones establecidas por Berthelot como origen de los carburos pirogena-

dos. De ellas se deduce sin esfuerzo la posibilidad de obtener, tratando los materiales de que hablé al principio, muchos compuestos que pueden no existir como tales y ya constituídos, sino formarse en el acto de la destilación fraccionada, y así pueden explicarse los variados cuerpos obtenidos según la temperatura y los curiosos y notabilísimos desdoblamientos del petroceno, y también la diversidad de procederles cuando quieren obtenerse unos ú otros derivados: la vaselina y la parafina, procedentes del petróleo, son de ello excelentes ejemplos.

Demostrado de qué suerte el calor, actuando sobre uno de los más elementales hidrocarburos, puede originar la serie de otros ya complicados, volvamos á las dos reacciones en las cuales es posible formar el primordial compuesto de carbono é hidrógeno sin apelar á la llamada materia orgánica. Trátase al cabo de producir hidrógeno y, naciente, ponerlo en contacto de carbono muy dividido, á fin de que, desarrollándose calor, se origine, por una verdadera síntesis, á partir de los elementos del cuerpo, un hidrocarburo. Se requieren, pues, hidrógeno, ya proceda del vapor de agua, descompuesto á elevada temperatura, ó de la misma agua, descompuesta por un metal apto para ello en presencia de un ácido y una combinación metálica en que entre carbono. Reuniéndose ambas condiciones es frecuente ver un hidrocarburo líquido que á veces recuerda en su aspecto al petróleo, ó á lo menos alguno de sus aceites procedentes de los productos llamados del medio. Basta, según acabo de decir, que haya un hidrocarburo formado, el más elemental, para ver surgir, gracias á la presión y al calor, series enteras de productos pirogenados. Ahora bien: se comprende al punto la transcendencia de semejante linaje de reacciones. Es posible, en la sucesión de las metamorfosis químicas de tan singulares cuerpos, ir eliminando poco á poco el hidrógeno y engendrar así áquello hidrógenos carbonados superiores que del petroceno derivan y de los residuos de anteriores destilaciones, y llegar al carbono, al elemento por excelencia, reducido así á la categoría de mero límite de todas las series de sus compuestos binarios.

¿Y es posible, se dirá ahora, que en la Naturaleza se ofrez-

can y presenten aquellas circunstancias que en el laboratorio guían á la síntesis del petróleo, como llevaron hasta alcanzar la síntesis de la hulla? Si logro esclarecer el problema con la pregunta formulada, estableciendo, apoyándome en hechos ciertos, la doctrina del origen del petróleo, podré darme cuenta de cómo sus derivados se forman y cuáles serán éstos, según los agentes á que la primera materia se somete. Ocuparéme sólo en los hidrocarbonados, y especialmente en aquellos que en el petroceno tienen su origen. Mas antes, y por vía de cuestión previa, habéis de permitir que me ocupe en el del petróleo, fundándome siempre en el conjunto de reacciones químicas que, á guisa de preliminar y necesario antecedente, dejo establecidas.

Llámase nafta un líquido de aspecto semejante al alcohol, dotado de ligero tinte amarillo, oliente como los betunes fósiles, que no deja residuo al destilarlo, insoluble en el agua y muy inflamable. Este cuerpo disuelve el asfalto, y obscureciéndose primero, pierde luego su fluidez, forma cuerpos viscosos y hasta materias sólidas: tales son los petróleos naturales, cuyo color, desde el amarillo verdoso, puede pasar al negro.

En general, y siguiendo en esto la monografía de Stanislas Meunier, puede decirse que la nafta y el petróleo son dos variedades de betún líquido ó aceite mineral. Menos denso que el agua, muy inflamable, volátil y bien oliente cuando está puro, ofrece el petróleo caracteres dignos de estudio: combustible su vapor, ardiendo el mismo con llama azulada y dando mucho humo, tiene muy diverso aspecto, no sólo en cuanto al color, sino también á la consistencia, que el calor hace más fluída. Difiere de la nafta en que deja como residuo al destilarlo una substancia bituminosa y volátil semejante al asfalto, y de ahí pensar que lo constituye una verdadera disolución de este cuerpo en el aceite mineral incoloro. Es, pues, el petróleo combustible intermediario entre los betunes y la nafta, conforme se demuestra estudiando los caracteres de ambos cuerpos y los productos encontrados en el análisis inmediato del petróleo, y son: nafta clara muy ligera, nafta amarilla más pesada, piasfalto y carbón, tratándose de un petróleo del Canadá. Esta especie de separación, en que no intervienen de

manera decidida las grandes energías químicas, ni los potentes agentes de metamorfosis, demuestra aquella primera conjetura, plenamente comprobada al averiguar la composición química de la substancia en que me ocupó: en ella no ha descubierto el análisis sino estos dos cuerpos: carbono é hidrógeno, siendo la proporción del primero, en los petróleos de los Estados Unidos, de 86,4 á 88,9 por 100, y la del segundo de 12,7 á 11,09; lo cual significa, en último término, que es el petróleo sencilla mezcla de varios hidrocarburos, casi todos isómeros y muy allegados al fundamental y más sencillo de los conocidos.

Conviene fijarse un punto en los datos que suministra el estudio de la composición inmediata del petróleo. Al presentarse en la Naturaleza un cuerpo cualquiera, lo que primero preocupa es reconocerlo, sobre todo si su aspecto acusa cierta heterogeneidad de composición; entonces, conforme en un mineral se separa la ganga, ó en una roca se disgregan sus diferentes partes constitutivas, llegando á aislar, de cada uno de aquellos materiales, substancias que tienen individualidad propia y llamamos especies químicas, empléanse medios adecuados que se fundan en las propiedades de los mismos componentes y se utilizan en separarlos, y aislados pueden ya estudiarse en el sentido de averiguar sus primordiales elementos: tal es, reducido á sus esenciales términos, el objeto del análisis inmediato. Tratándose del petróleo, los métodos generales de la Química demuestran que allí sólo hay dos cuerpos simples, el carbono y el hidrógeno, y la manera de unirse y los varios compuestos que en aquel negro y espeso líquido forman; esto es lo que revela el análisis inmediato, que no aísla cuerpos simples, sino especies químicas, reducidas, en el caso presente, á combinaciones binarias. Y es de tal importancia semejante trabajo que ha de llevarnos, como de la mano, á indicar no sólo el origen del petróleo en la Naturaleza, sino los mecanismos en cuya virtud se forman sus derivados, desde los que primero se obtienen á bajas temperaturas hasta los últimos, procedentes de los desdoblamientos del petroceno. Se quiere, pues, en último término, sin llegar en el camino de la destrucción hasta el límite de los primordiales elementos, aislar y separar los

cuerpos y las especies químicas que en el petróleo hay formadas, y esto averiguado, como no se ignora la acción del calor sobre cada una de ellas, se tiene guía seguro para determinar sus derivados en los casos particulares que puedan ocurrir, y más todavía, partiendo de tan valioso dato, hasta cabe conjeturar no sólo los cuerpos que han de constituirse en virtud de las reacciones pirogenadas de aquel conjunto de hidrocarburos, sino el mecanismo y las metamorfosis á que su formación es debida. Hasta tanto alcanzan ahora las previsiones de las leyes experimentales de la Química.

Pelouze y Cahours, que se ocuparon mucho en el petróleo desde el punto de vista del análisis especialmente, jamás pudieron aislar de los numerosos ejemplares ensayados ni benzina ni sus hidrocarburos homólogos, á la continua presentes cuando se destila la hulla. Y aquí viene ya la primera y muy racional conjetura de los citados sabios: el petróleo no puede proceder en manera alguna de hidrógenos carbonados desprendidos ó derivados del carbón de piedra, ó si procede, es menester que hayan ocurrido profundas transformaciones intermediarias, una suerte de destilación que modifícase aquellos productos, convirtiéndolos en otros, semejantes á los que dan los ácidos grasos y sus alcoholes, sometidos á temperaturas elevadas, con los cuales tienen estrecho parentesco las especies que el análisis inmediato aísla del petróleo, y que no corresponden, en verdad, á la serie aromática, circunstancia que las diferencia esencialmente de los derivados de la hulla, sino parecen mejor isómeros del carburo de la serie grasa llamado etileno ó gas oleificante, el compuesto que se obtiene combinando, á volúmenes iguales, acetileno é hidrógeno. Tenemos, pues, un dato, y de importancia no escasa, suministrado por el análisis inmediato del petróleo, en cuya virtud se puede afirmar que los hidrocarburos que lo forman son de los nombrados forménicos y no pertenecen á la serie aromática, que en la benzina comienza y es el fundamento de todos los productos de la hulla extraídos.

Abundantemente repartido en el globo, yacen los más importantes criaderos de petróleo en América y en el Cáucaso. Se encuentra asimismo orillas del mar Caspio, en Java, en

Persia, en China y algo en Italia y en Francia, habiéndose reconocido también en España, aunque en cantidad mínima, en algunos esquistos de la provincia de Soria. Los petróleos del Cáucaso, cuya explotación es antiquísima, dan de 3 á 4.000 litros al día, y los de América, que es el principal origen de todo el que en la actualidad se consume, producen 20 millones de libras y 200.000 de parafina y asfalto. Enunciando tales datos, se comprende enseguida el enorme trabajo empleado en la formación sintética de los hidrocarburos que del petróleo se obtienen:

Debo tratar ahora, antes de entrar en el pormenor de la destilación fraccionada del petróleo, el problema de su origen, asistiendo, por decirlo así, á su misma formación, que explican las reacciones generales de los hidrocarburos de la serie grasa. No intento establecer una hipótesis nueva, ni conciliar tendencias opuestas, y sólo pretendo aclarar, presentándolas con todas sus consecuencias, las metamorfosis de los acetiluros alcalinos, la acción del hidrógeno sobre el acetileno, y la que sobre aquel ligerísimo gas, en estado naciente, tienen los carburos metálicos, que en estas tres primordiales transformaciones se fundan las más serias y científicas doctrinas establecidas acerca del origen del petróleo en la Naturaleza.

Á fin de presentar el asunto con los esclarecimientos debidos, voy á fijarme en algunas cualidades esenciales de los hidrocarburos, considerados en su conjunto. Muchos de ellos, que forman series homólogas, perfectamente establecidas y con relaciones fijas entre sus términos, que se acusan y manifiestan en las que guardan sus propiedades físicas y sus caracteres químicos, tienen la misma composición centesimal y cualidades muy diversas; tales son, por no citar sino series elementales, de una parte, aquella á que el etileno sirve de fundamento y en la que se comprenden el propileno, el butileno y el amileno, como primeros términos, y de otra, la del acetileno, en la que se cuentan el diacetileno, la benzina, el estiroleno y muchos otros hidrógenos carbonados. Llámanse, en general, polímeros los cuerpos de tal cualidad dotados, y la deben, conforme lo ha demostrado de manera concluyente Berthelot, en su gran estudio acerca de la isomería, á condensaciones su-

cesivas de un hidrocarburo fundamental, y basta recordar, para ejemplo, la síntesis del acetileno partiendo de sus elementos, la del diacetileno y la de la benzina condensando aquel carburo gaseoso. Esto explica dos cosas: la diferencia de calor que corresponde á la formación de cada hidrocarburo, y que no sea preciso que se constituyan separadamente, sino partiendo del fundamental, que puede coexistir con muchos ó todos sus polímeros, al modo que en la disociación por el calor coexisten los elementos del cuerpo con la porción de éste no descompuesta todavía. Así, pues, la diferencia de propiedades corresponde á condensaciones variables, progresivas, según cierta ley, en las series homólogas, y ellas explican las diversas cantidades de calor que á la formación de cada hidrocarburo corresponden, explicándose así, en cierto respecto, el número indefinido de cuerpos que pueden formar tan sólo dos elementos químicos.

Todavía pueden ser más estrechos los lazos que unen cuerpos de las más distintas apariencias y propiedades. Se trata de aquellos, nombrados metámeros, que tienen la misma composición centesimal é igual fórmula, en cuyo caso, que es, entre otros muchos, el del alcohol ordinario y el éter metílico, no se puede invocar en modo alguno el fenómeno de la condensación. Quizá, de cuantas transformaciones estudia la Química, es ésta de la metamería la más importante, y aquella á la cual, por la multitud de sus variedades y las múltiples circunstancias en que acaece, presentando á la continua especialísimos y muy diversos fenómenos, se deben más compuestos. En mi sentir, sea cualquiera la especie de esta metamorfosis que se considere, débese la metamería, en definitiva, á la diferencia de la cantidad de calor invertida en formar cada uno de los cuerpos de la misma fórmula y composición centesimal, dotados de propiedades distintas, y á la manera de distribuirse tal cantidad, aun suponiendo que fuese la misma, en las transformaciones intermediarias, ó sea en los diversos estados, desde el inicial al final, correspondientes al cabo á fases sucesivas de la evolución de los elementos químicos que reaccionan. Y no se comprende de otra manera. Véase si no el mecanismo de la síntesis química de los dos cuerpos ci-

tados y de qué manera aparece el alcohol, originado mediante sencilla oxidación de un hidrocarburo, mientras que se constituye el éter metílico, su metámero, á partir del alcohol metílico, substituyendo por un equivalente del mismo los elementos del agua que el primer equivalente contiene. Además, la diferente cantidad de energía, medida en unidades térmicas, invertida en cada reacción, explica, de manera cumplida, la diversidad de propiedades.

Aparte de las reacciones entre cuerpos isómeros, que pueden dar series completas de productos, dotados ó no de tan singulares cualidades, viniendo así á engendrar, siempre en el seno de uno de estos cuerpos semejantes á la hulla y al petróleo, que son verdaderos depósitos de las sustancias al parecer más heterogéneas y sin relación alguna de origen y propiedades, mediante la acción del calor las más de las veces, materiales que no se acaban, ni están definitivamente hechos, al igual de la vaselina, conócense otras formas de la isomería, no menos notables é importantes. Son las principales aquella que Berthelot llama kenomería y la que reconoce por causa la diversa posición de los elementos de los cuerpos, de la cual son buen ejemplo los ácidos cyánico y cyanúrico, el cyanato amónico y la urea, el sulfocyanato amónico y la sulfourea, demostrándose, con este último ejemplo, cómo los dos cuerpos anteriores, isómeros entre sí, engendran á su vez isómeros, que en este caso especial derivan uno de otro por la sola acción del calor. En cuanto á la kenomería, que para nada tiene en cuenta el origen de los cuerpos, ni su manera de engendrarse, diré que es una forma de isomería por eliminación, y su principal carácter consiste en lo siguiente: dos cuerpos cualesquiera, en virtud de metamorfosis del mismo ó distinto carácter, pueden perder grupos diferentes de elementos y los residuos resultar isómeros. El aldehido, que resulta del alcohol, eliminándose dos equivalentes de hidrógeno, y el éter glicólico obtenido del glicol, haciéndole perder dos equivalentes de agua, son cuerpos pertenecientes á esta clase de isomería, en la cual pueden ocurrir dos casos, según los cuerpos punto de partida sean de diferente composición y se eliminen elementos distintos, ó sean isómeros y se eliminen grupos idénticos.

Debo aún fijarme en transformaciones químicas de otro orden, que explican, no sólo la diversidad indefinida de las sustancias formadas sólo de carbono é hidrógeno, sino que al propio tiempo pueden dar cuenta de cómo en la Naturaleza se constituyen, en una masa homogénea, semejante al petróleo, cuerpos de muy diferentes propiedades y cuya composición, tratándose de algunos, al igual de la ya citada vaselina, no está bien definida ni es constante.

En una de sus más brillantes é ingeniosas conjeturas científicas, ocúpase el sabio inglés William Crookes en la génesis de los elementos químicos. Partiendo de las relaciones de los volúmenes atómicos y de los pesos atómicos, que indican á su vez relaciones de origen y parentesco, no sólo de los elementos entre sí, sino también de sus combinaciones de idéntico género, base de la famosa hipótesis de Chancourtois y de la ley periódica de Mendeleeff, no sólo establece que, procediendo los cuerpos simples de una masa originariamente única, son á modo de puntos singulares de su evolución, que aparecen á modo de estados de equilibrio, más ó menos perfectos y definidos, sino que, á su vez, aquéllos, dotados de menos individualidad, se agrupan juntos y muy inmediatos, ya en familias naturales, ya tan próximos que casi unos con otros se confunden, débense á evoluciones parciales no realizadas en el tiempo suficiente: son equilibrios intermediarios que representan posiciones tan próximas como se quiera, y que acaso sean débiles uniones, entre mezcla y combinación, al cabo pruebas evidentes del incesante trabajo de la energía que siempre y sin cesar produce y transforma. Esta conjetura apóyanla, de manera decidida, los ya largos é interesantísimos estudios de las tierras raras, y en especial de la ytria, preferente asunto de las investigaciones de Crookes.

Tratándose de los compuestos de carbono, que al fin y al cabo, conforme espero demostrar al término del presente estudio, son mero producto de evoluciones llevadas á cabo mediante energías térmicas, las reacciones intermedias tienen una importancia de primer orden y explican, en el caso concreto del petróleo, al que mi trabajo se refiere, no ya la existencia de muchos hidrocarburos, formados en el seno de la nafta

natural, sino que, en su destilación fraccionada, de la temperatura procedan los diversos petrocenos que de una masa única se escinden á temperaturas variables, cada vez más ricos en carbono, hasta aproximarse mucho á este elemento, verdadero límite superior de los carburos pirogenados.

Caracterízase el fenómeno químico, dentro de su continuidad, por aquello mismo que observamos en el fenómeno mecánico del movimiento, á saber: estado inicial de equilibrio, posiciones intermediarias que determinan los puntos de la trayectoria del móvil y corresponden á estados de energía, á variantes de las relaciones entre masa y velocidad y estado final, determinado por otra distinta relación que indica gasto ó aumento de energía. Conforme á esto, se comprende bien cómo, partiendo del carbono y del hidrógeno, pueden ocurrir transformaciones sin cuento, es verdad; pero reducidas, en último término, á condensar hidrocarburos, á reducirlos enriqueciéndolos de carbono, cual acaece en los pirogenados, y á oxidarlos, y se comprende asimismo que los nuevos cuerpos se transformen de nuevo y se unan á otros y se produzcan de tal suerte, á la vez, muchos estados de equilibrio, y en una de estas masas, que pudiéramos comparar á las minas de los minerales, coexistan, merced á presiones distintas y á continuas absorciones y desprendimientos de calor, estados intermediarios y definitivos, materiales hechos y otros en vías de formación, nutriéndose éstos de los residuos de aquéllos, bien como en el mundo solar de los restos de unos astros se forman y alimentan otros.

No hace falta que los elementos carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno se unan en las proporciones adecuadas y precisas para formar individualmente cada cuerpo, dotado de sus peculiares caracteres. La síntesis química demuestra cómo es suficiente que se forme un solo hidrocarburo, para que aparezca ó pueda producirse una serie indefinida de términos homólogos: la presión y el calor serán, á la continua, los principales agentes de la metamorfosis, y á ellos se deberá la formación de los isómeros. En su manera de actuar, en los cambios de intensidad y en las reacciones secundarias y simultáneas, producidas entre los cuerpos ya constituídos y los que están en vías de formarse, se originaran nuevas sustancias, y

en un punto de la evolución complicada de aquella masa es como aparecen esas mezclas de cuerpos ya formados y de elementos para constituir otros, resolviéndose todos, al cabo, en ácido carbónico, agua y amoníaco, precisamente las combinaciones binarias que el análisis determina en las sustancias orgánicas y que la síntesis emplea para formarlas. En definitiva pienso que debe admitirse que las combinaciones del carbono y el hidrógeno, en tal ó cual estado de condensación, son, por decirlo así, el núcleo y fundamento de estos cuerpos llamados orgánicos, ya que, en resumen, la síntesis se consigue partiendo de los hidrógenos carbonados, de cuyos compuestos el más sencillo y elemental resulta de unirse al carbono y al hidrógeno un gasto de cierta cantidad de energía, que, en calorías, mide la intensidad de la metamorfosis.

Las consideraciones elementales que acaban de exponerse, y que son susceptibles de extensos desarrollos, paréceme demostrar de qué manera se concibe la formación y el número infinito de los compuestos de carbono, á partir del más sencillo, constituido mediante síntesis y luego reaccionando sobre sí mismo bajo la acción del calor y de la presión. Antes de indicar, de manera precisa, las metamorfosis del más sencillo de los hidrocarburos, que sirven de punto de partida á las doctrinas admitidas respecto del origen del petróleo, se hace preciso decir algunas palabras, que serán meras indicaciones encaminadas á recordar la teoría de la síntesis de los carburos pirogenados, asunto ahora dilucidado, gracias á los largos y magníficos trabajos del ilustre Berthelot.

Va dicho repetidas veces, en esta conferencia, cómo el calor puede hacer que se condensen dos ó tres volúmenes de acetileno, produciéndose el diacetileno y la benzina sucesivamente, y luego el estiroleno, siendo ciertas las descomposiciones inversas. Otras veces, y sirve de ejemplo á maravilla la síntesis del etileno, uniendo el acetileno y el hidrógeno, el carburo, se combina con el hidrógeno, y en la reacción inversa aparecen muchos cuerpos, según acontece al desdoblarse el etileno en acetileno é hidrógeno. Y en ocasiones dos hidrógenos carbonados se unen, formando otro nuevo: la síntesis del estiroleno por la benzina y el acetileno y la descomposición inversa

entran en esta categoría. Además del trabajo químico, debido al calor, he de recordar lo que al comienzo decía respecto de las reacciones secundarias y simultáneas de los cambios entre los cuerpos ya formados y los que se están formando, porque sólo así es fácil comprender y darse cuenta de la continuidad del fenómeno químico y de que en el petróleo y la hulla se encierran y contengan tantas substancias, y que de aquél, por ejemplo, el calor separe verdaderas agrupaciones de hidrocarburos, como la parafina, la vaselina y el petroceno, cuyos cuerpos, á su vez destilados, dan nuevos hidrocarburos, á cada punto más pobres de hidrógeno y ricos de carbono, últimos términos de la acción del calor sobre los compuestos de hidrógeno y carbono, ya cercanos de este cuerpo, límite de tal género de metamorfosis.

Los diversos géneros de isomería y las acciones del calor sobre los hidrocarburos explican, en mi sentir, el origen de los derivados del petróleo, y al propio tiempo van á servirnos para entender cómo éste se ha formado en los senos de la tierra. Se ha indicado antes de qué suerte, no presentándose entre los derivados del petróleo ninguno que pueda colocarse entre los cuerpos pertenecientes á la serie aromática que la benzina encabeza, y siendo, por el contrario, substancias derivadas de compuestos etilénicos, en manera alguna podrá atribuirse á la materia en que me ocupo, no sólo procedencia de la hulla, ni aun procedencia de materiales orgánicos, ni menos de cuerpos organizados. Á fin de esclarecer bien el punto, y antes de examinar en concreto las doctrinas establecidas acerca del origen del petróleo, he de fijarme en ciertas reacciones sintéticas, en las cuales prodúcense, á la continua, acetileno, etileno y otros carburos fundamentales, de los que son verdaderos polímeros muchos de los derivados del petróleo.

Realízase la síntesis del acetileno, partiendo de sus elementos carbono é hidrógeno, por medio de la chispa eléctrica. Este hidrocarburo, gaseoso, mal oliente y poco soluble en el agua, tiene la propiedad de combinarse con los metales, y unido á ellos forma los *acetiluros*, cuerpos sólidos bien definidos, entre los cuales son notables los alcalinos y el acetiluro cuproso, formado siempre que el gas acetileno actúa sobre una

disolución de cualquiera sal de cobre amoniacal. Los acetiluros todos, y en especial los alcalinos y terrosos, tratados por el agua y aún mejor por el vapor de agua, regeneran el acetileno. He de advertir que este hidrocarburo, cuando se obtiene por síntesis, se suele recoger en una disolución cúprica amoniacal, ó sea al estado de acetiluro cuproso, que, descompuesto luego por el agua, produce el acetileno naciente. Á la temperatura ordinaria el acetiluro cuproso tratado con zinc, que actuando sobre el amoniaco produce hidrógeno, desprende etileno y es un medio de síntesis de este hidrocarburo que Berthelot ha empleado. Se comprende también que un acetiluro alcalino descompuesto por el agua produzca etileno, porque el metal puesto en libertad la descompone y da hidrógeno capaz de unirse al acetileno.

En realidad, los acetiluros alcalinos se forman, según ha demostrado el esclarecido autor de la *Mecánica Química*, siempre que, en determinadas circunstancias de presión y temperatura, actúa el ácido carbónico sobre los metales alcalinos. Constituídos aquellos cuerpos, el agua puede descomponerlos, y el acetileno y sus polímeros producirse, á veces en reacciones sintéticas con el hidrógeno naciente, el etileno y sus derivados, semejantes á los que en el petróleo encontramos por destilación fraccionada. En definitiva, la presión y el calor son los agentes determinantes de tales síntesis, que entran en la categoría de las reacciones pirogenadas en el sentido que dejo establecido. De esta suerte, aplicando los principios generales y las leyes establecidas á propósito de la constitución de los hidrocarburos fundamentales, vese pronto cómo el más sencillo, el acetileno, por ser incompleto de manera doble, es capaz de engendrar, mediante dos reacciones sucesivas, todos los cuerpos que contengan cuatro equivalentes de carbono, y de ahí que, en mi sentir, y como antes decía, debe verse en cada compuesto carbonado un hidrocarburo fundamental, ó mejor el acetileno, único obtenido hasta ahora por síntesis partiendo de sus elementos.

Las transformaciones apuntadas son el fundamento de la teoría de Berthelot referente al origen del petróleo en la Naturaleza.

Examinando ahora, desde un punto de vista todavía más general, la formación de los hidrocarburos y las circunstancias que la acompañan, he de recordar reacciones químicas bien elementales y sencillas. Sábese de qué modo los cuerpos, al estado que se denomina naciente, es decir, en el momento de producirse y aislarse, hállanse dotados de un como exceso de actividad, y son capaces de contraer determinadas y estables alianzas, sobre todo en el caso de las combinaciones binarias. Tal regla explica la unión del hidrógeno con el carbono, muy dividido en la síntesis del acetileno, tantas veces nombrada. Y he de recordar, con igual propósito, los clásicos experimentos de Cloëz, hechos con ocasión de la obtención del hidrógeno, empleando un ácido diluído y hierro que contenga cierta cantidad de carbono. Siempre que se quema el hidrógeno, desprendido al disolverse un carburo de hierro en un ácido diluído, se observa, al mismo tiempo que el agua se forma, que se produce ácido carbónico, producto de la descomposición de hidrocarburos. De otra parte, el mismo hidrógeno procedente del vapor de agua, cuyo oxígeno absorbe el hierro puesto al rojo, si este metal contiene carbono y aquél gas se recoge y conserva algún tiempo en una campana, deposita en las paredes de ésta gotitas oleaginosas de cuerpos combustibles, que al arder dan agua y ácido carbónico, al igual de los hidrógenos carbonados. En general, siempre que en las reacciones empleadas para obtener hidrógeno se emplea un metal que pueda contener carbón, combinado ó mezclado, prodúcese hidrocarburos gaseosos y líquidos de la serie del etileno, cuya presencia se demuestra en el ácido carbónico recogido en los productos de la combustión del propio hidrógeno.

Hechos tan sencillos y á toda hora fáciles de comprobar, son el fundamento de los experimentos de Cloëz, los cuales, por lo menos, según luego pienso demostrar, explican acaso el origen del ácido carbónico en las regiones ó capas infragránitas de la tierra. Redúcese el trabajo del sabio químico á tratar la fundición blanca, conteniendo manganeso, por ácido clorhídrico diluído y examinar luego los productos gaseosos que al hidrógeno desprendido acompañan: para ello observó

que la llama de aquel gas era luminosa, al igual de la obtenida cuando se le hace atravesar por un líquido hidrocarbonado volátil, que el volumen del gas encerrado en una campana disminuía al tratarlo por el bromo, á consecuencia de una absorción, y que quemado el hidrógeno en un volumen determinado de oxígeno produce, además de agua, cierta cantidad de ácido carbónico. Aun sin emplear ácido alguno, con sólo tratar la fundición manganífera con agua hirviendo, se producen gases hidrocarbonados, cuya presencia demuestran los procedimientos ordinarios; además, en el agua que acompaña á los óxidos formados quedan hidrocarburos líquidos, separables con el alcohol, en cuyo vehículo se disuelven, y es de notar que tales compuestos son análogos á los aislados del petróleo y otros productos naturales. Divídense en dos especies: unos, gaseosos y líquidos, son los que acompañan al hidrógeno gaseoso, homólogos del etileno, los absorbe el bromo y tienen la facultad de unirse al ácido clorhídrico; otros, pertenecientes al grupo de los hidrocarburos forménicos, son inalterables por el ácido sulfúrico; y no vale decir que se producen en corta cantidad, porque, no ya en los frascos lavadores, donde se condensa la mayor proporción de los líquidos, sino en las mismas probetas en que los gases se recogen, aparecen gotitas amarillentas, capaces de disolverse en alcohol, que son hidrocarburos de la serie del etileno. Resultan así probados estos hechos. Siempre que se obtiene hidrógeno, descomponiendo el agua, en presencia de un ácido, por cualquiera de los metales que gozan tal propiedad, si éste contiene carbón, prodúcense al mismo tiempo carburos líquidos y gaseosos, forménicos y etilénicos. Basta tratar la fundición blanca manganífera por agua caliente, durante algún tiempo, para ver formarse, al mismo tiempo que los óxidos, hidrocarburos diversos, cuya mezcla se parece mucho al petróleo, por donde se comprende que acaso sea un medio de sintetizar tan complicada substancia, partiendo de los mismos elementos carbono é hidrógeno, á cuya condensación se debe en definitiva la variedad indefinida de sus interesantes derivados.

Los sencillos experimentos relatados, de los cuales hizo

Cloëz estudio completísimo, son base y fundamento de otra teoría acerca del origen del petróleo.

Se acaba de ver cómo son posibles ciertas reacciones químicas que, si no realizan por entero, á lo menos preparan la síntesis de este cuerpo, según el conocimiento de la fermentación nombrada úlmica fué necesario preliminar de la síntesis de los carbones fósiles, en especial de la hulla. Y ahora ocurre preguntar: ¿acaso se presentan en la Naturaleza aquellas condiciones que se dan en los laboratorios al actuar el ácido carbónico sobre los metales alcalinos y formar acetiluros, que el agua descompone dejando libre el acetileno, capaz de condensarse en muchos polímeros y de unirse al hidrógeno, formando el etileno, carburo fundamental de la mayoría de los cuerpos del petróleo derivados? ¿Ó por ventura existen en los senos de la tierra masas enormes de carburos metálicos, que el agua, á presión y temperatura suficientes puede descomponer, á la manera que acontece en los experimentos de Cloëz, originando en una sola reacción distintos hidrocarburos capaces de combinaciones entre sí y con el oxígeno? En tales preguntas se contienen, realmente, las dos más acreditadas teorías respecto de la cuestión que en el momento trata, teorías que no son antitéticas, y que un espíritu ecléctico pudiera, sin mucho trabajo, coordinar, diciendo que se completan.

Luego que Berthelot hubo estudiado, de tan brillante manera que nunca se elogiará bastante, la acción del calor sobre los hidrocarburos, estableciendo las reacciones pirogenadas, verdadera causa de muchos isómeros, que guían á gran número de síntesis y hacen ver, sin ilusorias hipótesis, las relaciones químicas verdaderas de los términos de las series homólogas, ocurrióle pensar, desechada, en vista de los hechos, la idea del origen orgánico del petróleo, si éste pudiera haberse constituido merced á la descomposición de los acetiluros alcalinos. Dos cosas se requerían para ello en las capas terrestres inferiores: la primera, el ácido carbónico, es materia abundante que en todas partes de la masa de la tierra se encuentra, y la presencia de la segunda, que son los metales alcalinos libres, se comprende aceptando la famosa hipótesis de Daubrée, en

cuyos pormenores no debo entrar aquí, según la cual aquellos cuerpos, acaso producto de anteriores disociaciones, llevadas á efecto á elevadísimas temperaturas, existirían debajo de la corteza terrestre tan libres y puros como Davy los obtuvo en la electrolisis de sus óxidos. Y aunque la conjetura del ilustre mineralogista no resultase cierta, bastaría la acción propotente del calor central para formar de los carbonatos terrosos los acetiluros correspondientes, y á su vez éstos, bajo la influencia del agua en vapor, darían el acetileno, que sometido á gran calor y enorme presión se condensaría, produciendo toda la serie de sus polímeros y derivados pirogenados que, al destilar el petróleo, se separan, diferenciándose en buen número de casos, por el punto de ebullición, que es una de las características esenciales de cuantos en estado líquido conocemos.

Reducida á sus esenciales términos, tal es la doctrina de Berthelot respecto de los orígenes del petróleo, considerado, al cabo, mero límite ó punto singular de multitud de reacciones pirogenadas, en las que ni seres organizados ni restos de organismos intervienen ni son necesarios, por donde es bien adecuado el nombre de *aceite de piedras* que la voz petróleo significa. La isomería de los hidrocarburos de una parte, consintiendo reproducir en el laboratorio, mediante condensaciones del más sencillo y fundamental, otros términos superiores de las series homólogas, y las reacciones pirogenadas, vienen en apoyo de la doctrina apuntada, eminentemente química, y si reparos pudieran hacérsele en cuanto hasta el presente no se haya extraído de la tierra ningún metal alcalino libre, he de recordar la escasa profundidad á que se ha llegado respecto del espesor de la corteza terrestre, y cómo el petróleo tiene sus yacimientos en regiones bastante inferiores, pero en las cuales aparecen, á la continua, carbonatos terrosos. De todas suertes, sí se concibe—y las previsiones de la ciencia apoyan la conjetura—que en el Sol nuestros cuerpos simples, á causa de la temperatura, no puedan existir en el estado que los conocemos, sino disociados en otros, más próximos todavía de los verdaderos elementos químicos, y si, con el famoso Raoul Pictet, pensamos en que tal disociación podría llevarse á cabo, á lo menos respecto de muchos de ellos, sin llegar á lí-

mites de temperatura tan extremos, paréceme razonable suponer que habiendo podido existir, y diré más, siendo indispensable y necesario que exista el carbono gaseoso, y los experimentos de Berthelot lo demuestran cumplidamente, cuando no se había establecido el equilibrio terrestre y las acciones de los cuerpos se manifestaban libres, se comprende un estado térmico capaz de disociar y mantener disociados en sus elementos, al menos en parte, los cuerpos más resistentes. Sólo he de recordar en apoyo de semejante hipótesis, de una parte el principio del trabajo máximo, en cuya virtud se explica que la cal, por ejemplo, descomponga el carbonato potásico, y de otra, cómo la presencia de ciertos cuerpos, cuyo estado necesita determinada cantidad de calor para sostenerse, impide la unión de otros, y añadiendo que en la mayoría de los casos las combinaciones sólo se realizan mediante fuerzas de desprendimiento, se concibe la existencia de metales alcalinos libres en la masa de la tierra, como producto de disociación y reducciones, esto es, de metamorfosis químicas debidas al calor.

La otra doctrina, en manera alguna incompatible con la que acabo de indicar, según luego demostraré, apóyase decididamente en los experimentos de Cloëz: el ingenioso y sabio químico ruso Mendeleeff es su mantenedor, y los hechos en que se apoya son descubrimientos realizados por el famoso Nordenskiöld principalmente, en la atrevida expedición del *Vega* hasta dar con el paso del Nordeste. Si á cierta profundidad de la corteza terrestre, donde es abundante el agua á elevada temperatura, existieron en gran cantidad carburos metálicos, sobre todo de hierro y manganeso, se comprende el origen del petróleo, porque se darían las mismas condiciones en que se realiza la producción de hidrocarburos en los experimentos que llevo citados. Este asunto, ahora puesto en claro, gracias al hallazgo, en Groelandia, no sólo de hierro nativo, sino de carburos de hierro, requiere examen un poco atento, siquiera por ser la doctrina más seguida y la que puede aducir, en favor suyo, hechos mejor conocidos, aunque no tan por entero dentro del dominio de las reacciones químicas como aquellos en que la hipótesis de Berthelot se apoya. La densi-

dad de la tierra es el primer fundamento, teórico por decirlo así, de la hipótesis en que ahora me ocupo.

Con efecto, las precisas determinaciones de Cavendish le asignan el número cinco y medio, 5,5, para el peso específico: las combinaciones de los elementos que forman las sustancias orgánicas y aquellos compuestos que forman los metales alcalinos y terrosos nunca tienen peso específico superior á 4, y además se encuentran cerca de la superficie de la corteza terrestre, y de aquí admitir que su interior hállese formado de materiales más duros. De otra parte, si la Tierra proviene del Sol, como parece probable, los elementos de su masa deben hallarse en la atmósfera de aquel astro, y de ellos el hierro se determina de los estados gaseoso y líquido, y de ahí deducir que, como en las capas más superficiales, debe encontrarse el hierro en las más profundas, ya que su peso específico tanto se aproxima al peso específico de la Tierra, de tal suerte que, pudiera concebirse en ella un horizonte metálico, conjetura que tiene en su apoyo el hecho de haberse encontrado hierro nativo en ciertas rocas eruptivas, procedentes de lugares muy profundos. Se puede citar además otro hecho, consignado en el notabilísimo trabajo de Mendeleeff, referente al yacimiento de los petróleos: terrenos terciarios y más antiguos en Europa, devonianos y silurianos, sin apenas residuos orgánicos, en el Canadá y en los Estados Unidos de América; y es de notar cómo los grandes depósitos de petróleo hállese vecinos de grandes cadenas de montañas y paralelos á las grandes alturas; en Rusia á lo largo de Cáucaso, en Pensilvania siguiendo los Apalaches. «Estas crestas, dice el sabio químico, formadas primitivamente de capas horizontales que la presión interna levantó, se hendieron y dislocaron, formando fisuras que se alargaron de abajo hacia arriba. Hendiduras semejantes, sólo que alargadas en sentido contrario, debieron producirse al pie de las cadenas, y ellas forman las cavidades y los canales por donde el petróleo se eleva de las profundidades del suelo.» Viniendo de muy profundo y habiéndose allí formado, claro está que ha soportado presiones muy variables: en virtud de la tensión de los vapores ó arrastrado por el agua, fuése elevando cargado de gases y de los carburos

más volátiles, que la destilación fraccionada separa á bajas temperaturas.

No entra en la índole de mi trabajo analizar la hipótesis de Mendeleeff ni entrar en el examen de sus pormenores: baste decir que apoyando el ilustre químico su ingeniosa conjetura en la teoría de Laplace, estudia de manera admirable la evolución de los gases en el interior de la masa terrestre, á diferentes y muy variadas presiones, hasta que el agua en vapor y el ácido carbónico llegan á las grandes masas metálicas y allí engendran el primero de los hidrocarburos. Su doctrina reduce-se á admitir la existencia de substancias reblandecidas ó líquidas en el interior de la corteza terrestre, y entre ellas carburos de hierro y de otros metales, y añade: «Cuando por consecuencia de enfriamiento ú otras causas se produce una fisura á través de la cual surge una cadena de montañas, la corteza terrestre se encorva y nuevas fisuras fórmanse al pie de las protuberancias. De una ú otra manera, hay solución de continuidad en las capas de las rocas y vuélvense más ó menos porosas, de suerte que las capas de la superficie encuentran el camino de las entrañas de la tierra y llegan á veces á los depósitos de carburos metálicos incandescentes, que pueden existir aislados ó asociados á otras materias. Es fácil ver lo que debe acontecer en tales condiciones. El hierro ú otro metal que en presencia del agua se encuentre forma un óxido con su oxígeno; el hidrógeno, puesto en libertad, combínase en parte con el carbono de los carburos metálicos incandescentes, formando hidrocarburos volátiles, es decir, petróleo. En contacto de la masa incandescente, el agua se transforma en vapor, y una porción de él sube á través de las capas porosas y de las fisuras, llevando vapores de los hidrocarburos formados. La masa de vapores se condensa en todo ó en parte al atravesar las capas más frías de la tierra. Depende la composición química de los hidrocarburos de la presión y temperatura á que se formaron, y es evidente que estas condiciones pueden variar entre límites muy separados, y en ello se ve la razón de que los aceites y breas minerales, la ozokerita y productos análogos difieran tanto en las proporciones relativas de carbono é hidrógeno que contienen.»

Es la teoría de Mendeleeff esencialmente dinámica, y no sólo se apoya en las doctrinas más positivas y probables acerca de la constitución del planeta y en las acciones mecánicas y químicas del calor interno, que sostiene y continúa, sin interrumpirse un punto, los fenómenos geológicos, sino también en otros órdenes de hechos no menos interesantes. Debo observar respecto de ello, y en primer término, cómo la síntesis del petróleo se realiza haciendo reaccionar el agua á elevada temperatura y presión conveniente, sobre un carburo de hierro que contenga manganeso, y este dato hace ver de qué suerte á las reacciones del laboratorio se asimilan las que, en gran escala y entre masas enormes, ocurren en la masa de la tierra. De otra parte, estudiando las condiciones especiales en que el carbono y el hierro se combinan, al punto se reconoce que iguales circunstancias pudieron darse en la Naturaleza. Los minerales de hierro, que se benefician en los altos hornos, son óxidos ó carbonatos, á la continua acompañados de sílice, cal y alúmina: mézclanse con carbón, y cuando la temperatura es más elevada, los elementos hierro y carbón se unen, originanse los carburos de hierro, y en las escorias, siempre más ligeras, encuéntrase los materiales de la ganga. Si tal aconteció al constituirse el planeta, nada tiene de extraño que al enfriarse el carburo de hierro quedara en las capas más inferiores, formando como un anillo metálico que lo envuelve. Sólo una prueba faltaba: encontrar un carburo de hierro nativo, cuyo origen fuese terrestre y no meteórico, y esta prueba, que es el mejor fundamento de la teoría de Mendeleeff, se encargó de suministrarla el famoso químico sueco Nordenskiöld, á quien la ciencia debe tantos descubrimientos respecto del hierro nativo. En las rocas basálticas de la isla de Disko, costa occidental de la Groelandia, en la casi inabordable playa de Ovyfak encontró, en 1870, enorme trozo de hierro metálico, cuyo peso no baja de 20.000 kilogramos; raro y singular era su yacimiento entre basaltos, y acaso á esta circunstancia se debe su completo y minucioso estudio. Se comenzó analizando tales hierros, demostrándose que contenían níquel y cobalto; al pronto se creyó que pudieran ser de origen meteórico, mas el aspecto de las rocas, muy semejante á otras bien conocidas, la manera de presentarse el

hierro en glóbulos y granos implantados en una masa litoidea de color verde obscuro, su total diferencia de los tipos de meteoritos conocidos, de los cuales distínguese, sobre todo, el hierro hallado en la isla de Disko, por contener mucho carbono combinado y su parecido con las grandes masas de óxido de hierro, son razones bastantes para admitir su origen terrestre. Así, pues, en la corteza del planeta y en capas muy profundas, acompañando á los basaltos, existe fundición ó carburo de hierro nativo, ya que tal composición se asigna á las masas metálicas de Ovyfak. Cuando la misma Naturaleza ofrece de manera tan evidente las pruebas de una teoría, parece que ésta ha de elevarse en seguida á la categoría de verdad científica, y en el caso presente creyérase del todo esclarecido y resuelto el problema del origen del petróleo. Sin embargo, ocurrenme algunas observaciones, no desprovistas de fundamento.

Asegura Mendeleeff, y así parece probable, que el carburo de hierro de las capas profundas debe estar incandescente y por lo tanto, á temperatura superior á la de los altos hornos; suponiendo que no se disocie en sus elementos y que el agua llegue allí sin descomponerse y se formen los hidrocarburos, ¿no podrán, acaso, éstos resolverse en ácido carbónico y agua, sabiendo que el primero es cuerpo muy fijo y estable? En tal caso, la acción del agua sobre los carburos metálicos vendría á ser origen de ácido carbónico, que arrastrado á las capas superiores de la corteza terrestre y encontrando allí metales alcalinos ó sus carbonatos, originaría acetiluros y se realizarían con ellos las reacciones que Berthelot ha estudiado; porque ni la profundidad de los pozos de petróleo, ni otras razones demuestran que se haya formado en capas tan inferiores. Además, la acción del calor central, continuada y constante sobre los hidrocarburos, llegaría á empobrecerlos tanto de hidrógeno, que estarían muy próximos del límite carbono, si no lo alcanzaban. Admitiendo la idea que aquí apunto, pueden hacerse compatibles las dos tendencias y completar con una teoría las definiciones y puntos oscuros de la otra, y de todas suertes se demuestra, no sólo que los fenómenos naturales son análogos á las metamorfosis y cambios que en los laboratorios á

cada punto se realizan, sino, al propio tiempo, que las reacciones sintéticas, en las cuales se forma la mayoría de los cuerpos que la Química estudia, son exactamente los propios mecanismos que sin cesar emplea la Naturaleza en esta su no interrumpida labor, que, con la misma é invariable cantidad de energía, produce, en serie infinita, la inmensa variedad de seres que de manera continua y perenne se cambian y modifican, sin que ninguno perezca ni se aniquile.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO.

(Se continuará.)





ANTIGÜEDAD

É IMPORTANCIA DEL PERIODISMO ESPAÑOL

CONCLUSIÓN (I)

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEO BARCELONÉS

No fueron, no, la *Gaceta de Madrid* y el *Diario de Avisos* los únicos periódicos que hubo en España desde el 25 de Abril de 1815 hasta el 1.º de Enero de 1820, no obstante el deseo y mandato categórico del Rey. Sin ir más lejos, la misma *Gaceta* continuó anunciando, con toda regularidad, la aparición de *El Mercurio de España*, que hasta entrado el año 22 hubo de salir mensualmente. Pero tampoco fué sólo éste: el 1.º de Abril de 1817, D. José Joaquín de Mora daba el primer número de la *Crónica Científica y Literaria*, siguiéndole á no tardar la continuación de *La Minerva* (Julio de 1817); al año siguiente reapareció el *Almacén de Frutos Literarios*, y en 1819 la *Miscelánea de Comercio, Artes y Literatura*, que dirigiera D. Javier de Burgos, el conocido autor de los *Anales del reinado de Doña Isabel II*. También en Barcelona hubo algunos periódicos, pues no ya siguieron repartiéndose *El Diario*, la *Gaceta* y la *Estafeta Diaria de Barcelona*, sino que se fundó en 1816 el *Periódico Político, Mercantil de Barcelona*; y

(1) Véase la pág. 74 de este tomo.

en Cádiz distribuía bisemanalmente el *Diario Marítimo de la Vigía*, con otros varios que aún podríamos citar.

¿Qué resta, pues, de la ignara afirmación con tanta ligereza lanzada por Hatin? De la rápida y desabrida enumeración que, sin detenernos en prolijas minuciosidades, acabamos de hacer, resulta con claridad de luz meridiana que desde mediados del siglo XVIII hasta la revolución que secundaron López Baño y Quiroga, Arco Argüero y O'Dali, algo más que una mendaz *Gaceta*, é insignificantes hojas de anuncios, tuvimos en España. Si de la historia periodística de las otras naciones se hallara tan enterado como de la nuestra, ¡buena estaría la introducción que á su obra pone el engreído especialista!

León Vallée, en su *Bibliographie des bibliographies* (1), y el doctor A. de Dureau en la bibliografía de revistas de medicina que en 1882 publicó en París, incurrieron en imperdonables omisiones al tratar de España; sin embargo, como el autor de la *Histoire du journal en France*, no sólo olvida, sino que se atreve á sentar afirmaciones inadmisibles, bueno es demostrarle que no tienen fundamento ninguno; por más que ya nada nos extrañe en los escritores traspirenaicos, desde que un pensador de las condiciones y respetabilidad de Mr. Thiers no tuvo reparo en estampar en el libro XXIX de su *Historia del Consulado y del Imperio* aquellas incalificables palabras, que tampoco queremos traducir: «L'Espagne..... cette contrée aride et brûlante, qui, au physique comme au moral, est le commencement de l'Afrique» (2).

(1) París, Imp. Kröner frères, 1883.—Un tomo en 4.º

(2) Página 429 del tomo VIII.—París, Paulin, libraire-editeur, 1849. Verdad que en la misma obra (tomo XII, París, 1855) habla de la acostumbrada jactancia de los españoles (pág. 429) y desahoga su antipatía á los rondeños, llamándoles montañeses ferocísimos (*montagnards très-féroces*, pág. 544), cuyas poblaciones son medio salvajes (*moitié sauvages*, pág. 276). No descendemos nunca á ese terreno diciendo que las confundió con alguna de Francia. Estas sinrazones ó salidas de tono no tienen nunca disculpa.

ADICIÓN BIBLIOGRÁFICA

Según parece, el eruditísimo Sr. D. Juan Pérez de Guzmán tiene escrita, aunque inédita por desgracia, una «Historia del periodismo español.» Lo que aún está por escribir es la bibliografía, para la cual, sin embargo, se han allegado en buen número, de algún tiempo á esta parte, excelentes materiales, que facilitarán la realización de una obra tan patriótica, pero cada día más difícil, por su desmesurada extensión. Sin otras pretensiones que la de auxiliar en lo posible á quien se proponga acometer tamaña empresa, damos en seguida un breve catálogo de los principales artículos y monografías que conocemos relativos á tan importante asunto.

La Prensa, por D. Jaime Balmes.—Magnífico artículo acerca de la influencia del periodismo, publicado en *La Sociedad*, de Madrid, año 1867.

El periódico, por D. José de Castro y Serrano.—Artículo publicado en «Los lunes de *El Imparcial*,» correspondiente al 27 de Abril de 1874.

Los periódicos, por D. Narciso Campillo.—Inserto en el tomo I del *Florilegio Español*, págs. 37 y siguientes. Puede leerse en la pág. 318 del tomo II de *La Ilustración Española y Americana*, correspondiente al año 1884, y ha sido reproducido además en el *Diario de Cádiz* del 27 de Julio de 1890. En Mayo de 1890, el mismo señor pronunció una conferencia en el Ateneo de esta corte acerca de la «Historia del periódico» (1).

(1) En el volumen V de las «Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas» (Madrid, tip. Gutenberg, 1884) se halla en la pág. 296 un curioso informe del Marqués de la Vega de Armijo sobre la «Prensa periódica en los Estados Unidos.» En él se dice que el primer diario se publicó en 1615 y fué el *Die Frankfurter Oberpostans Zeitung*, que aún vive, y que el catálogo del Museo Británico señala un número de una hoja impresa en Nuremberg con el título de *New-Zeitung aus Hispanien und Italien* (Febrero de 1534), que trae la noticia de la conquista del Perú, siendo el primer periódico que da cuenta de un hecho exterior. Según Varigny, no existe de este an-

Periodismo (Literatura).—En la *Enciclopedia Moderna*, de D. Francisco de P. Mellado, tomo XXX (Madrid 1854), páginas 9 á 33.

El periodismo en España.—Conferencia dada en «El Fomento de las Artes,» de San Sebastián, por D. Pedro Mesa de León, en Junio de 1890.

De la libertad de imprenta y de su legislación en España, por D. Juan Pérez de Guzmán.—Notabilísimo y erudito estudio que se publicó en la *Revista de España*, de Madrid, Diciembre de 1873 y Enero del 74, tomos XXXIV, XXXV y XXXVI.

Catálogo de ilustres periodistas españoles desde el siglo XVIII, por D. Juan Pérez de Guzmán. Publicado en la pág. 56 del «Almanaque de *La Ilustración Española y Americana* para el año de 1876.»

Doscientos cincuenta y cinco años de periodismo y el cuarto centenario de la primera Ilustración de Europa.—Artículo de D. J. María Serrate (1) inserto en el núm. 53 de la revista semanal *La Ilustración*, de Barcelona, correspondiente al 6 de Noviembre de 1881.

Orígenes, historia y caracteres de la prensa española.—Mejía, Fíguro, Sartorius, Lorenzana, Carlos Rubio.—Conferencia dada en el Ateneo de Madrid por D. Francisco Silvela, Madrid, 1887.

Periódicos del siglo XVIII.—V. el «Ensayo de una biblioteca de los mejores escritores del reinado de Carlos III,» por D. Juan Sampere y Guarinos, Madrid, 1785-86; 5 tomos.

Periódicos del siglo XIX.—V. «Estadística de la prensa,» publicada en las *Gacetas de Madrid* del 16, 17, 18 y 19 de

tiguo papel más ejemplar que el que se custodia en Londres. Hay que hacer á Eugenio Hatín la justicia de que estos datos los consigna ya con otros muchos en su libro, estudiando el grado de certeza que hay en ellos. El primer diario que merece tal nombre por haberse publicado *todos los días* fué el *Daily Courant*, de Londres, que apareció el 11 de Marzo de 1702.

(1) Este señor cita, entre los periódicos que en 1841 se publicaban en Madrid, al titulado *Gobierno representativo del bello sexo*, que Hatín menciona también como de la misma fecha; pero ni Hartzénbusch lo incluye en su lista, ni nosotros hemos logrado ver ningún número.

Octubre de 1879, págs. 154, 166, 178 y 188; la «Estadística de la prensa,» publicada en 1888 por la Dirección general de Seguridad; el «Catálogo-tarifa» de Lapeyre, Madrid, 1882; el «Catálogo de todos los periódicos y revistas que se publican en Madrid y Barcelona.....,» por Fuentes y Capdeville, Madrid, 1887, y los Anuarios de las 400.000 señas: todos estos trabajos defectuosísimos. Además se pueden consultar con algún fruto los números de *La Librería*, de Madrid, Mayo del 82 á Diciembre del 83; varios boletines de bibliografía que sería prolijo enumerar; el «Diccionario general de bibliografía española» (siglo XIX), por D. Dionisio Hidalgo, Madrid, 1864-81, y la colección de la *Gaceta de Madrid*, que guarda en sus páginas los títulos de infinidad de periódicos de esta corte y de provincias en las listas de recaudación por los derechos del timbre. Tomándolo de *La Iberia*, publicó también la *Gaceta*, el viernes 24 de Octubre de 1856, un catálogo de los periódicos de Portugal.—El Conde Paul Vasili (Mr. Foucault de Mondión) en su libro *La Société de Madrid* (edition augmenté de lettres inédites, 2.^a edition, Paris, tip. de G. Chamerot, 1886), dedica un artículo á la prensa española.

Monografía de la prensa periodística de España, por D. José María del Campo.—Empezó á publicarse en *Los Sucesos*, de Madrid, el año 1868, interrumpiéndose al llegar á los periódicos cuyo título comienzan con C.

Papeles viejos é investigaciones literarias, por D. Manuel Ossorio y Bernard, Madrid, 1890.—Contiene, entre otros curiosos artículos, los titulados «Periodismo madrileño,» «Un periódico franco-español,» «Diario oficial de avisos de Madrid,» «La Gaceta prohibida,» etc.

Historia de la Gaceta de Madrid, por nuestro respetable amigo el Ilmo. Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe. Se publicó en dicho periódico.

Periódicos de Madrid.—V. el libro de D. Eugenio Hartzenbusch, Madrid, 1876. ¡Quiera Dios que pronto publique la obra *in extenso*, con las adiciones numerosas que tiene preparadas!

Periódicos de Asturias.—V. las «Noticias históricas sobre

la prensa periódica de Asturias,» por D. Maximino Fuentes Acevedo, nuestro malogrado amigo, Oviedo, 1868, y las «Memorias asturianas,» por D. Protasio G. Solís.

Periódicos de Sevilla.—V. «El periodismo en Sevilla,» por D. Manuel Aznar y Gómez, Sevilla, 1889; la «Tipografía hispalense,» por D. Francisco Escudero, y varias «Guías», como la de D. Victoriano Morillas y Alonso, 1860.

Con galantería suma, el Sr. Aznar nos ha favorecido con un ejemplar de su interesante libro, monografía apreciableísima, cuyo mérito no amenguan en manera alguna las deficiencias que en ella se notan, pues hay que tener en cuenta que el autor realizó su trabajo en el brevísimo espacio de tiempo de catorce días. Demás de esto, varias equivocaciones son evidentemente yerros de imprenta: pena cruel que nos infligen, sin compasión, los cajistas á cuantos para el público escribimos. Como la obra del Sr. Aznar es de las llamadas á no tardar mucho en agotarse, esperamos que en la nueva edición nos ofrezca el catálogo, completo hasta el día, de los periódicos sevillanos, y el de las relaciones que en la bella ciudad andaluza se estamparon desde que allí se estableció la imprenta, y que son como los gérmenes, como las manifestaciones primeras de los actuales periódicos, cuyo árbol genealógico, digámoslo así, se completa de ese modo.

Periódicos de Valladolid.—V. el folleto de D. Gregorio Martínez Gómez.

Periódicos de Cataluña.—V. los cuatro eruditísimos artículos sobre el «Periodisme: Estudis historichs de Catalunya,» por D. José Pella y Forgas, publicados en los números 1, 2, 3 y 4 de *La Renaixensa*, de Barcelona, correspondientes al 31 de Marzo, 15 y 30 de Abril y 15 de Mayo de 1879. Además el «Diccionario,» de Torres Amat, con el suplemento de Corminas, el de Elías de Molins, el «Anuari bibliografich catalá,» de Massó y Torrens, Barcelona, 1889, y las colecciones de *L'Avens*, la *Revista Literaria*, *Il·lustració Catalana* y otras.

Periódicos de las Baleares.—V. el «Diccionario bibliográfico de las publicaciones periódicas de Baleares,» por D. Joaquín María Bover. Palma, 1862.

Periódicos de Valencia.—V. los completísimos artículos que con este mismo epígrafe publicó D. Luis Tramoyeres Blasco en la *Revista de Valencia*, 1880-1881 (1). Con ocasión del centenario reciente del primer diario valentino se pensó en dar á luz por separado el catálogo del Sr. Tramoyeres, con adiciones hasta el día; pero las circunstancias sanitarias por que la ciudad del Turia atravesaba en aquellos momentos fueron causa de que se suspendieran los festejos preparados con dicho motivo; sin embargo, la obra del ilustrado bibliógrafo no debiera hacerse aguardar mucho.

Periódicos de Santander.—V. el artículo «La prensa montañesa,» por D. Eduardo Pedraja y Fernández, en la hermosa obra *De Cantabria*, Santander, imprenta de *El Atlántico*, 1890.

Periódicos de Granada.—V. los «Apuntes sobre el periodismo en Granada,» por el Sr. Pelayo, publicados en el *Boletín del Centro Artístico* de aquella capital, y la «Bibliografía granadina,» por D. Bonifacio María Riaño.

Periódicos de Zaragoza.—V. «La Imprenta en Zaragoza,» por D. Jerónimo Borao, Zaragoza, 1860. En el Centro Mercantil, Industrial y Agrícola de dicha capital, los Sres. D. Luis Montrestruc y D. Lorenzo Pradas dieron conferencias acerca del periodismo en general y el aragonés en particular, habiendo adicionado á Borao, en eruditos artículos, el ilustrado Sr. Peyro. El catedrático D. Cosme Blasco y Blas es autor de una *Historia de la imprenta en Aragón*, que no conocemos, pero en la que es probable se ocupe de periódicos.

Periódicos de Cuenca.—V. el cap. VII de «La Imprenta en Cuenca,» por D. Fermín Gaballero (sic), Guenga, (sic), 1869.

Periódicos de Toledo y su provincia.—V. «La Imprenta en Toledo,» por D. Cristóbal Pérez Pastor, Madrid, 1887, uno de los más concienzudos trabajos que conocemos en este linaje de estudios. Lo adiciona el ilustrado médico toledano Sr. Moraleda, competente á la par en la ciencia de Hipócrates y en las investigaciones bibliográficas.

(1) Se reunieron en un folleto aparte, del que no se tiraron más que veinticinco ejemplares.

Periódicos de Alcalá de Henares.—En el «Ensayo de una tipografía complutense,» por D. Juan Catalina García, tan erudito bibliógrafo como notable escritor, Madrid, Tello, 1889, 1 vol. de XII-673 págs. en 4.º mayor á 2 columnas.

Periódicos de Extremadura.—V. el «Índice de la Biblioteca extremeña, de D. Vicente Barrantes,» Madrid, 1881; el «Catálogo razonado y crítico de los libros, memorias y papeles, impresos y manuscritos que tratan de las provincias de Extremadura,» por D. Vicente Barrantes, Madrid, 1865; el tomo II de las «Narraciones extremeñas,» por el mismo, Madrid, 1873, que contiene «La Imprenta en Extremadura» y «Asociación de Cáceres,» periódico manuscrito, y el «Catálogo de los periódicos que se han publicado en Extremadura,» y que inserta el Sr. D. Nicolás Díaz y Pérez, en la pág. 246 de su «Historia de Talavera la Real.» Madrid, 1879.

Periódicos de Galicia.—V. «La Imprenta en Galicia,» ensayo bibliográfico por D. M. S. y F. (1), individuo de la Sociedad Económica de Amigos del País, de Santiago.—Et prius est patriæ facta referre labor. Ovidio. 1868: un tomo ms. de 668 páginas en 4.º, que se conserva en la Biblioteca Nacional, y los catálogos de la librería de Eugenio Carré Aldao, de la Coruña.

Periódicos de Ciudad Real.—V. los «Apuntes para las biografías de hijos ilustres de la provincia de Ciudad Real...,» por D. Antonio Blázquez y Aguilera Delgado, Ávila, 1888.

Periódicos de Estepa.—V. el folleto *Estepa*, por D. Antonio Aguilar y Cano, cap. IX, pág. 40, Estepa, 1891.

Periódicos de Vich.—V. el «Bosquejo biográfico de don Joaquín Salarich», por D. José Serra y Campdelacreu, en el que se encuentran algunos datos, y la lista que en su primer número (Mayo de 1877) dió á luz el *Diario de Vich*.

Periódicos de Gerona.—V. las «Memorias literarias de Gerona», por D. Enrique Claudio Girbal, y los «Escritores gerundenses», por el mismo.

Periódicos de Manresa.—V. la pág. 235 de la «Guía de

(1) D. Manuel Soto y Freire.

Manresa y Cardona,» por D. Cayetano Cornet y Mas, Barcelona, 1860.—Á la lista que allí aparece hay que agregar los *Ecos del Bruch*; *El Eco del Cardoner*, semanal; *Revista Catalana*, literaria mensual; *La Primavera*, quincenal ilustrado (se imprimía en Barcelona); *El Obrero Católico*, semanal; *El Semanario de Manresa*, político-religioso; *La Gaceti-lla Manresana*, semanal (suplemento á *El Obrero*); *Lo Pla de Bagés*, mensual, de agricultura; *El Agricultor Manresano*, mensual; *La Prensa*, político, semanal; el *Diario de Manresa* (1885); *Lo Torronyau*, satírico, semanal; *La Verdad*, bisemanal y semanal; *La Montaña*, semanal (dos tamaños) y diario; *El Eco Posibilista*, semanal; *El Comercial é Industrial Manresano*; *El Puente de Alcolea*, semanal (dos épocas); *Boletín de Anuncios de la Litografía de Roca*, mensual; *El Globo* (periódico estampado en velógrafo por varios niños); *El Criterio Manresano*, semanal; *La Tribuna*, semanal y mensual; *El Renacimiento*, literario semanal; *La Voz Manresana*, semanal; *El Cazador*, mensual; *El Batallador Legitimista*, bisemanal; *La Fraternidad*, *El Cardoner*, *Setmanari Catalá*, etc., y las *Avenidas del Cardoner*, de Sampedor, y algunos de Sallent, impresos en Manresa. El ilustrado archivero de esta ciudad, nuestro querido compañero y amigo D. Leoncio Soler y March, posee curiosísimos y numerosos datos sobre la imprenta y el periodismo de Manresa, que cuanto antes debiera dar á la estampa (1).

Periódicos de Filipinas.—V. la pág. 413, correspondiente al número 164 de *La Controversia*, de 19 de Julio de 1891.

Periódicos de Málaga.—Para los modernos pueden consultarse las varias «Guías» publicadas, principalmente las de Muñoz Cerissola.

Periódicos de Teruel.—Creemos probable que dé una lista de ellos el ilustrado D. Domingo Gascón, entusiasta como pocos de las glórias de su patria, y que, con desprendimien-

(1) En el interesante *Setmanari Catalá*, de Manresa (3 de Setiembre de 1890), uno de los más ilustrados representantes del renacimiento literario de aquella industriosa región, inserta nuestro bondadoso amigo el reputado historiógrafo y médico D. Olegario Miró y Borrás un lindo artículo en el que añade varios datos á los reunidos por nosotros.

to y celo sin igual, publica en esta corte una interesante revista intitulada *Miscelánea Tyrolense* (1).

Periódicos de Cuba.—V. la pág. 140 del volumen II de la obra intitulada «Apuntes para la historia de las letras y de la instrucción pública en la isla de Cuba,» por D. Antonio Bachiller y Morales (2).

Periodismo católico en España.—V. el artículo que publicamos en el tomo VIII de *La Lectura Católica*, pág. 697. En 1881 escribimos una copiosa «Guía periodística universal,» cuyos primeros pliegos imprimiéronse en Tortosa; pero por razones que no es del caso referir, no acabó de ver la luz, y cuando recuperamos las cuartillas, ya se habían extraviado la mayor parte.

Periódicos católicos en 1891.—V. la pág. 84 de *La Controversia* de este año, número del 19 de Febrero, y las noticias que en casi todos ellos insertamos.

Periódicos prohibidos.—V. el «Índice de libros prohibidos por el Santo Oficio de la Inquisición española desde su primer decreto hasta el último, que expidió en 29 de Mayo de 1819, y por los Rdos. Obispos españoles, desde esta fecha hasta fin de Diciembre de 1872.» Obra utilísima de

(1) Existe también una bibliografía de *Periódicos de Soria*, que no conocemos, pero que nos tiene ofrecida el sabio agustiniano Rdo. P. Fray Conrado Muiños Sáenz, que con su amistad excelente nos honra.

(2) De periódicos hispano-americanos se han publicado también algunos brevísimos catálogos en España. Puede verse la lista que con el título «La prensa ibero-americana» se halla en el boletín de la Sociedad del mismo nombre (pág. 3 del núm. 57, que corresponde al 1.º de Abril de 1890), y las noticias que da en todos sus números la indicada revista; y nuestro artículo «La Prensa católica en la América española» (pág. 396 de *La Controversia*, número 164, del 19 de Julio de 1891). En el mismo número dimos una lista completa de los periódicos del Ecuador y de Panamá, una estadística de los de México, y en los restantes muchas otras noticias. En la preciosa revista *Colombia Ilustrada*, de Santa Fe de Bogotá, hemos leído (pág. 348, número del 7 de Agosto de 1891) un curioso trabajo suscrito por D. J. A. L. y con el epígrafe «Movimiento periodístico de Bogotá, capital de la república de Colombia, en 1891.» Numerosos datos y antecedentes se encuentran en los Anuarios bibliográficos de la República Argentina, por D. Arturo Navarro Viola, y en los boletines de bibliografía de Lima, Curaçao, etc.

nuestro respetable y cariñoso amigo Dr. D. León Carbonero y Sol, Conde de Sol. Madrid, 1873.

Periódicos de bibliografía.—Nuestro amigo excelente y dialectísimo el Bibliotecario Mayor de S. M., D. Manuel R. Zarco del Valle, bibliógrafo que goza merecidamente de universal envidiable renombre, se ocupará de ellos en una obra premiada, que cuando se publique ha de llamar extraordinariamente la atención, por la exactitud, abundancia y aun novedad de los datos que contiene.

Periódicos de Derecho.—V. «Bibliografía española contemporánea del Derecho y de la administración, 1800-1880,» por D. Manuel Torres Campos, Madrid, 1883.

Periódicos científicos.—V. los «Apuntes bibliográficos-forestales,» por D. José Jordana y Morera, Madrid, 1875; los «Apuntes para una biblioteca de libros, folletos y artículos, impresos y manuscritos, relativa al conocimiento y explotación de las riquezas minerales y á las ciencias auxiliares,» por don Eduardo Maffei y D. Ramón Rúa Figueroa, Madrid, 1872-73.

Periódicos de medicina y farmacia.—V. los «Breves apuntes para la historia del periodismo médico y farmacéutico,» por D. Francisco Méndez Álvaro, que empezó á publicarse en *El Siglo Médico*, de Madrid el 16 de Julio de 1882, y del que después se hizo una tirada aparte. Madrid, 1883.

Periódicos de agricultura y ciencias auxiliares.—V. el «Diccionario de bibliografía agronómica,» por D. Braulio Antón Ramírez, Madrid, 1865.

Periódicos de geografía.—En la pág. 3.^a de su cubierta, la *Revista de Geografía Comercial*, de Madrid, correspondiente al 15 de Febrero de 1886, empezó á insertar una lista de las publicaciones geográficas que salían por aquel entonces en todo el mundo civilizado.

Periódicos militares.—V. «La literatura militar española,» por el capitán D. Francisco Barado, Barcelona, 1889, obra adornada con facsímiles de diarios é ilustraciones profesionales.

Periódicos cervantistas.—V. el «Catálogo de la biblioteca cervantina,» de D. José María Asensio, Valencia, 1883, y la «Nota de algunos libros, artículos y folletos sobre la vida

y las obras de Miguel de Cervantes Saavedra,» Sevilla, 1885. Del primero, agotado ya, prepara su entusiástico colector una edición nueva, considerablemente aumentada.

Periódicos ilustrados.—V. el curioso artículo que en *La Ilustración Española y Americana* publicó el Excmo. señor D. Pedro de Madrazo. Sobre periódicos de bellas artes tiene reunidas noticias exactísimas, y en número no escaso, el ya citado D. Manuel Remón Zarco del Valle.

Periódicos españoles en el extranjero y extranjeros en España.—En uno de los próximos números de *La Controversia* publicaremos, Dios mediante, una lista bastante completa.

Periódicos de modas.—V. «Literatas españolas del siglo XIX,» por D. Juan P. Criado y Domínguez, Madrid, 1889, que habremos de adicionar con los muchos datos adquiridos posteriormente.

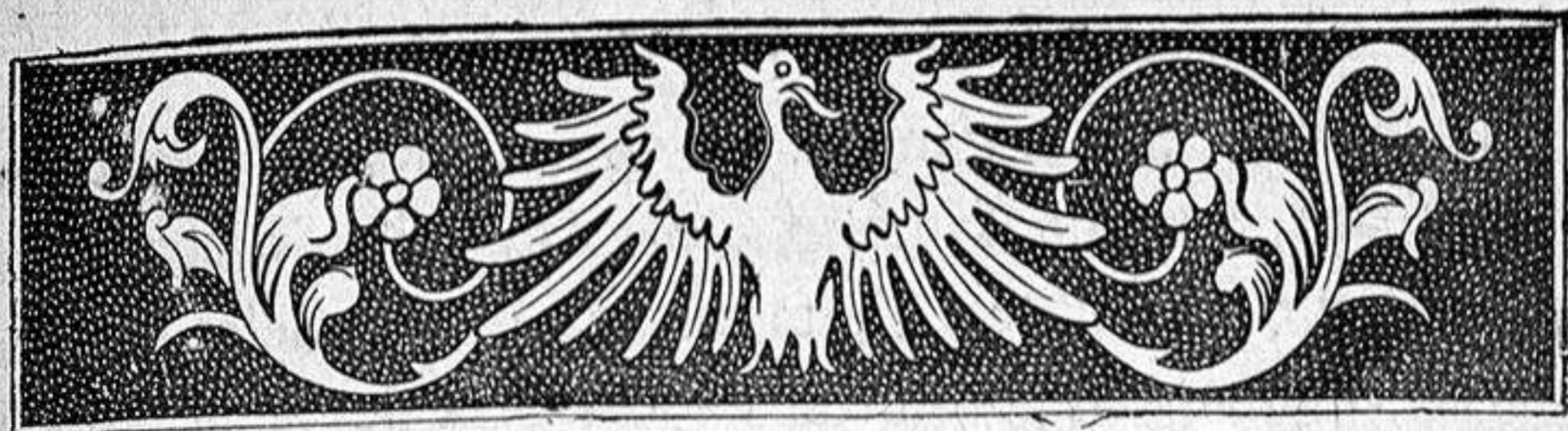
Periódicos venatorios.—V. la «Bibliografía venatoria española,» por D. José Gutiérrez de la Vega, sin lugar ni año, (Madrid, Tello, 1877), 95 págs. en 4.º Aparece más completa en las listas que van al frente de cada uno de los cuatro tomos de la «Biblioteca venatoria,» que debemos á la exquisita galantería de su entendido y generoso editor.

Periódicos de tauromaquia.—V. la «Bibliografía de la tauromaquia,» por D. Luis Carmena y Millán, Madrid, 1883, y el suplemento «La tauromaquia,» por el mismo, Madrid, 1888. Libros ambos sumamente curiosos, en los que su ilustrado autor demuestra lo mucho que como bibliógrafo vale.

Entre los premios ofrecidos por el Liceo Brigantino, de la Coruña, en su certamen de 7 de Septiembre de 1890, figuraba un objeto de arte, regalo del Excmo. Sr. D. Eugenio Montero Ríos, para el autor de las mejores y más copiosas «Notas para la historia de la imprenta y del periodismo en Galicia.» No sabemos si se adjudicaría.

JUAN P. CRIADO Y DOMÍNGUEZ.





AQUI Y ALLÁ

(BOCETOS SOCIALES)

Continuación (1).

Pudo, en efecto, seguirlo desde la plataforma del coche tranvía del Norte; y al llegar á la Puerta del Sol, le fué también fácil tomar una berlina y señalárselo á su cochero en el instante en que el otro doblaba la esquina de la calle del Arenal. Estaba decidido D. León á gastar sus últimas pesetas con tal de volver á alcanzar á Irene, de quien cada vez más sospechaba.

El coche en el cual suponía él que iba la joven continuó hácia la plazuela de Isabel II, y tomó la calle de la Biblioteca, como en dirección al Senado. Iba corriendo; pero el de D. León seguía perfectamente la pista, pues su cochero tenía la promesa de una propina y nada importaba á éste el penoso trabajo del escuálido jamelgo, que no era suyo.

Desde la plaza del Senado cruzó el coche perseguido las manzanas que le distanciaban de la calle de Leganitos, donde al fin se paró, precisamente en la esquina de la calle de la Flor. Pudo ver entonces D. León á Irene dirigirse tranquila y á pie hacia la calle de Isabel la Católica.

(1) Véase la pág. 84 de este tomo.

La partida estaba ganada. El excapitán despidió su propio coche, y siguió también á pie tras ella, buscando la sombra y quedándose á cierta distancia para mejor sorprenderla. Irene acabó por entrar en una casa de buen aspecto de la misma calle de la Flor, y el excapitan, que á larga distancia iba, se precipitó hacia aquel portal.

—¿Adónde va usted?—le preguntó refunfuñando una vieja y mal carada portera.

—Al cuarto donde vive la joven que acaba de entrar hace un minuto. ¿No es aquí?

—Sí, es.

—¿Dónde vive?

—En el principal.

D. León subió en dos brincos la escalera y tiró con fuerza del timbre.

Una criada se asomó al ventanillo y preguntó:

—¿Qué quiere usted?

—Hablar con la señora.

—¿Con quién?

—Con la dueña ó inquilina del cuarto.

—Pase usted.

Y el visitante fué introducido en la sala, escasamente alumbrada por un quinqué de luz amortiguada con una gran pantalla verde.

Aquella sala, aunque con profusos adornos, no tenía ningún atractivo y revelaba mal gusto. Había allí algo del carácter de prendería ó almacén de muebles, algunos por otra parte lujosos. Los cuadros eran en su mayor parte cromos ó fotografías, algunos representando asuntos algo libres, y contribuían á primera vista á dar mala idea de los inquilinos de la casa.

—No hay duda—repitió D. León para sí,—la que me ha dado tan solemne timo es una mujer de vida airada, pero le prometo que no tendrá que ir á Roma por la penitencia, si de mí depende.

Á espaldas del visitante se abrió una puerta, y apareció en ella, chocarreramente vestida, una mujer de unos cuarenta años con quien de antiguo hemos hecho conocimiento, la

mismísima D.^a Eulalia, la viuda verde casada en segundas nupcias con D. Diego de Medina.

—¿Qué se le ofrece á usted, caballero?—preguntó ella, sin conocer de pronto al que allí esperaba.—No es hora de despacho. Cerramos á las.....

—¡Doña Eulalia!—exclamó D. León, sorprendido de encontrar allí á su antigua conocida.

—¡Usted! ¡D. León del Arroyo!

—El mismo.

—Yo le hacía á usted en Filipinas.

—Pues ya ve usted que estoy en Madrid, como usted, á quien yo hubiera creído en Medina.

—Las cosas del mundo cambian mucho.

—Ya lo veo. ¿Es usted ama de esta casa?

—Sí, señor. ¿Qué le extraña á usted?

—Ha prosperado usted—dijo D. León sonriendo un sí es no es desdeñosamente.—Ese lujo..... Ya veo que ha prosperado usted.

—Trabajo, hago algunos negocios, y tengo lo necesario para ir viviendo. El préstamo, á que me dedico, deja alguna cosilla..... y vamos tirando.

—¿Es usted prestamista?

—Sí, señor, y trataré á usted con mucha consideración, si me necesita.

—Gracias.

—Pero usted no me necesitará. Habrá usted vuelto millonario de Filipinas

—No. El oficio de soldado tiene muchas más quiebras que el de usted.

—¿Siempre tan calavera?

—Sí, D.^a Eulalia, incorregible. Ahora mismo acabo de ser explotado miserablemente por una señorita que al parecer vive en compañía de usted.

—¿Explotado?.... ¿Por una señorita de mi casa?....

—Sí, robado; y he subido y me tiene usted aquí en busca de la coqueta timadora.

—Estará usted equivocado, D. León.

—No me he equivocado. Aquí acaba de entrar la que sos-

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELONÉS

pecho que esta misma noche, hace un momento, me ha robado una buena sortija que tengo en mucho.

—Esto no puede ser, paisano. No están aquí más que dos muchachas muy honradas, mi hija y una amiga suya, y de éstas yo respondo.

—¿Como de usted?

—Como de mí.

—Entonces, no hay mucho que fiar.....

—¡Don León!

—Me acordaba ahora de lo que pasó en el pintoresco cortijo de Aspromonte.....

—¡Ingrato! ¿Ha venido usted á echarme en cara mis antiguas ternuras?

—No; no presumía encontrar á usted, Eulalia, y á lo que vengo es en busca de esa muchacha, que supongo se ha burlado de mí de una manera admirable.

—¿Cómo se llama?

—Irene.

—Pues no tenga usted duda; usted se engaña, D. León. Aquí nadie se llama Irene.

—No extrañaré que aquí se llame de otra manera.

—¡Usted está loco!

—La misma portera de esta casa me ha dicho que acaba de entrar la que busco.

—¿La que le ha robado á usted?

—La misma; la que yo llamo Irene.

—Pero, por Dios, D. León, le aseguro á usted que aquí no vive más que mi hija, y en este momento hay una amiga suya que no ha mucho ha entrado en casa, es verdad, pero que es incapaz de ser la que usted dice. Ahora mismo va usted á verla.

Las protestas de D.^a Eulalia parecían sinceras, pero no convencían al excapitán. Impacientada entonces ella, tiró del cordón de una campanilla, y la aturdida criada de antes se presentó.

—Díle á Juanita, que desde hace poco está en casa, que me haga el favor de venir un momento.

Oyóse el roce de un vestido de percal planchado, y entró

en la sala una humilde y aturdida muchacha que ningún parecido tenía con Irene.

—¿Es ésta la que usted busca?

—No—dijo secamente don León.

—Ya lo ve usted.

La joven se retiró confusa y muy encarnada.

—Sea lo que quiera—repuso el exmilitar,—voy á dar cuenta del hecho á la policía. No me gusta hacer el primo, y veremos si parece ó no la astuta timadora.

—Haga usted lo que usted quiera. Ya ve usted que aquí no está la joven á quien he debido el gusto de tener á usted en mi casa, aunque siento la equivocación.

—Lo que me parece es que aquí se esconde.

—Pero, D. León, sea usted sensato y razonable. ¿Dónde quiere usted que se esconda su dichosa Irene?

—¡Dichosa! Ya lo veremos.

—Voy á darle á usted un consejo, amigo mío. Sea usted más reflexivo; tenga usted alguna conformidad, tome usted las cosas con más calma y prudencia, y calcule usted que en la corte no suelen ser las mujeres bonitas tan desinteresadas como yo fuí con usted, para recibir luego por único premio el insulto y el desprecio..... Aquí las buenas mozas suelen burlarse de los galanes y á los golosos se les quema el hociquito. Lo peor de todo es que después no sepan ellos quién se lo ha quemado.

—Ni aquí ni en parte alguna necesito consejos—dijo don León, tomando con ira la dirección del pasillo, abriendo la puerta de la escalera y saliendo con un fuerte portazo.

Pero la famosa D.^a Eulalia, la mujer de Diego Medina, cada vez más rechoncha y satisfecha con su nuevo y productivo oficio de dueña de una casa de préstamos y otros excesos, soltó una carcajada al ver que D. León había desaparecido, huyendo de la casa.

—No sabe el pobrete—dijo—que hay en Madrid varias clases de industriales y muchas maneras de ganarse la vida..... Habrá dado con alguna ladina, y adiós anillo..... Pero estoy segura que nada tiene que ver con ello mi hija,

que de nada necesita y de quien satisfago siempre hasta los menores caprichos.

Dejó luego D. Eulalia la sala, y se dirigió á un pequeño gabinete donde estaba un hombre sentado y haciendo varias apuntaciones en un libro de caja.

Aquel hombre, quizás lo sospechen ya los lectores, era nada menos que un flamante diputado rural y se llamaba D. Gaspar Marchamero. Escándalos son éstos que ni pueden llamar la atención por su novedad, ni por desgracia tampoco los inventamos.

—¡El negocio marcha!—exclamó frotándose las manos el usurero aspirante á millonario.—Hoy ha sido buen día.

—¿Qué hay?—preguntó ella.—¿Te ha traído algo bueno tu gancho, mi buen marido Diego? Así no le faltarán cuartos para su vida de perdido.

—Diego es de algun tiempo á esta parte el agente más activo que puede darse, y no tiene el mozo más defecto que ser un derrochador sin conciencia..... Como lo gana, lo gasta. Así vive él como un príncipe. Es lástima, exmamaíta, que no viva usted todavía matrimonialmente con él, dejando á otras buenas mozas el cuidado de desplumarlo.

—¿Tanto gana con su oficio de agente de préstamos?

—El cinco ó el diez por ciento, según los casos..... ¡Ahí es nada! Figúrese usted que hoy ha celebrado unos cuarenta juicios verbales en dos juzgados municipales, donde estas cosas suelen ahora hacerse, en un periquete, hasta firmando en blanco, si hay prisa, y con más limpieza que en parte alguna..... ¿Qué le parece á usted?

—Buen negocio suponen los cuarenta juicios.

—¡Vaya! He tenido hoy el desembolso de treinta y tantos mil reales. No es una friolera, es verdad; pero los deudores tendrán que aprontarme, en pagos mensuales, muy cerca de sesenta mil..... Esto se llama duplicar de un golpe los capitales; porque las pagas de ciertos funcionarios, eso sí, son muy seguras.....

—¡Sin contar con que los réditos que mensualmente se cobran—añadió riendo D.^a Eulalia—sirven para otros préstamos luego!.....

—Es claro. Y los nuevos réditos son cada mes y cada día más dinero para otros préstamos que dan á su vez nuevos réditos...., etc., etc. Es la bola de nieve....; es una cadena interminable y sorprendente por medio de la cual se envuelve al que cae en el garlito, y los capitales llegan á obtener un interés fabuloso y en pocos años pueden llegar de esta manera á centuplicarse.

—¡Es el negocio de las negocios, querido Gaspar, éste en que te has metido! ¡Benditas sean las leyes que lo protegen! ¡No me extrañará que en pocos años reunas un verdadero fortunón!

—Á eso vamos, exmadrecita, y por eso no hay más remedio que hincar el hombro y no descuidar ninguno de los ramos de nuestra industria..... ¿Ha hecho usted también algun negocio que valga la pena en el departamento que tiene usted á su cargo?

—¡Miseria! ¿Qué quieres tú que haga yo con mis préstamos sobre alhajas y papeletas del Monte? Sólo por valor de unos cincuenta duros habré prestado hoy..... ¡Una miseria!

—Poco es, pero tiene usted buen ojo, mamaita, y es seguro que la mitad de los objetos más vendibles quedarán en el fondo por no poder desempeñarlos sus dueños.....

—Eso sí. Ya conozco yo, Gaspar, á los cesantes desahuciados, á los perdidos sin la esperanza de un céntimo y á las familias que en un apuro ó desgracia echan mano de todo lo que les queda.

—Es usted una asociada inteligente y no hay que quejarse, señora mía. Algunos durejos irá usted poniendo de lado..... Creo que por satisfecha puede usted darse de haber seguido mis consejos.

—No estoy del todo descontenta...., aunque debes comprender que te he servido muy bien de pantalla...., sin sacar más ventajas hasta ahora que una comisión.....

—No pequeña por cierto.

—Pero que pagan los que aquí vienen en busca de tu dinero, Gaspar.

—Es natural que así sea, mujer. ¿No es dinero corriente el que le dan á usted?

—¡Ya lo creo! Pero..... dejémonos de cuentas. Ya habrá tiempo para ajustárnoslas..... ¿Sabes á qué he venido? Pues ha sido á decirte que acabo de tener una visita de un antiguo amigo tuyo.

—¿Una visita? ¿De quién?

—De León.

—¿De qué León?

—¡De tu amigo, hombre! El militar..... el del Arroyo.

—¡Ah! ¿Buscaba dinero?

—No. Venía casualmente detrás de una muchacha que le había engatusado y que él creía metida en esta casa, pues se ha escabullido al parecer por estos alrededores. Linda y lista de veras debe ser la timadora—observó D.^a Eulalia,— porque él no es lerdo.

—¿Tiene usted celos de la Fulana, exmadrecita?

—¡Celos! Ni me acordaba ya del tal León, y por cierto que me extraña que esté en Madrid.

—Á mí no, porque sé que le han dado la licencia absoluta en Filipinas..... Ya no es militar.

—¿Qué dices?

—Lo que usted oye.

—Tal vez haya yo hecho mal en no enterarle de nuestra agencia secreta.....

—¿Por qué?

—Porque si ha traído algún dinerillo de Ultramar, y pudiera convenirle un destino de los que se agencian.....

—Diga usted que agencio.

—Que agencias, bueno; lo mismo da.

—¡Qué bobada! Le han encausado por deudas á la caja del regimiento, y le conozco; estoy seguro que no habrá traído lo necesario para comprar una mala cruz...., ni siquiera un mal estanco. Por otra parte, nuestra casa, es decir, la casa de usted, pues ya sabemos que no vivo aquí y sólo estoy al frente de ella tras cortina, está ya muy acreditada, tiene parroquianos de alta posición, hace grandes negocios y no puede dar oídos á necios mequetrefes y pelagatos casi sin blanca.

—Es claro.

—Hemos llegado al caso de no poder dedicarnos más que á negocios de verdadera importancia, á negocios en grande escala. Los ricos, los influyentes, los poderosos son los que han de caer en nuestras redes; y caerán ¡jira de Dios! porque cuento ya con dinero bastante para no temer á nadie.... Quiero ser banquero..... y quizás se me ocurra tener magníficos ganchos y caballos blancos, una gran casa de juego que cuente por auxiliares con hembras soberbias y muy listas que no se prodiguen más que en lances seguros..... Ya calcularemos y hablaremos más tarde. Y ya sabe usted mi máxima, madrecita: son lícitos todos los medios que conduzcan á la riqueza, porque la riqueza todo lo puede.

—Es una gran teoría la tuya.

—No le va á usted muy mal con ella, ni á mí tampoco. ¡Adelante, pues, con sigilo y maña! Hay algunos tontos que se dedican en países lejanos á explotar á los miserables negros, y yo creo que es un negocio mucho más seguro, más lucrativo y más cómodo explotar á los blancos, ricos y pobres, comprándolos ó vendiéndolos según convenga.

Entretanto que esta conversación pasaba, D. León del Arroyo había interrogado nuevamente á la portera acerca de los inquilinos é inquilinas de aquella habitación en que vivía D.^a Eulalia, y nada pudo sacar en limpio, sino que toda la casa era muy tranquila y todos los inquilinos eran gente muy de bien y muy honrada..... Poco convencido, se dirigió luego á la alcaldía del barrio, y allí le dijeron que no era hora de despacho y que, siendo además el robo de que se quejaba de mayor cuantía, era necesario que interviniera el juzgado. Preguntó dónde estaba el juzgado, y un ignorante municipal le dió con malos modos las señas del juzgado del distrito. Aquel local estaba naturalmente cerrado y sin juez á aquellas horas de noche, y unos agentes de orden público informaron á nuestro hombre que, tratándose de un delito grave, lo más propio era dar parte al juzgado de guardia.

Acostumbrado el excapitán á los expeditos procedimientos militares, cansado de tanto mareo, de tantas dificultades, de tanto empleado soez, tanta torpeza y tantos tropiezos, se hizo, al fin, la cuenta de que su empeño de pedir justicia

sólo conduciría á hacerle perder la noche, aumentar su mal humor y estropearle sus botas, sacando de tantas idas y venidas lo que el negro del sermón. Se resignó, pues, á ir á descansar, mediante otros cuatro reales, á la posada de Barcelona, donde aún tenía su cama de la otra noche y su desprovista maleta.

Así lo hizo, renegando de su suerte y de lo ejecutorio que es en Madrid, en casos urgentes y graves, eso que los leguleyos dan en llamar administración de justicia.

Tenía hambre; cenó, pagó luego su cuarto y dió la correspondiente propina.

Hizo en seguida recuento de su caudal. Le quedaban de sus cinco duros cinco céntimos cabales, y salió de nuevo hasta la puerta del café inmediato para invertir esos últimos cinco céntimos en la compra de *La Correspondencia de España*, interesante periódico, con cuya lectura tuvo, antes de dormirse, el gusto de enterarse de que no había sido el único forastero timado aquel día en la tranquila y majestuosa capital de la monarquía española.

CAPÍTULO XX

ANTIGUOS PAISANOS

Cuando D. León del Arroyo se despertó eran las diez de la mañana, lo que prueba que, si la miseria y las contrariedades le incomodaban, no eran, sin embargo, bastantes para quitarle el sueño.

Era D. León filósofo á su manera. Como todo jugador, fué siempre desprendido, y poco se hubiera preocupado por su situación desastrosa si hubiese poseído todavía algún pequeño recurso. Pero el mal consistía ahora en que no le quedaba ya un céntimo, ni tampoco, lo que es más grave, la posibilidad de almorzar sin empeñar ó vender el reloj que tenía de su padre.

Estaba aquel día solo en su mal quartucho de la posada, sin más consuelo ni más luz que el rayo de sol que entraba

por la reja de los corredores que daban al patio, á la cocina y á las cuadras.

No teniendo que almorzar, no veía la necesidad de levantarse, y volvió á coger *La Correspondencia*, comprada con sus últimos cinco céntimos y abandonada y tirada la víspera sobre una silla, al lado de la cama.

Empezó, pues, por pasar el tiempo en leer con calma estoica varios sueltos, haciendo á cada uno su correspondiente comentario.

Leía:

«Dícese que está ya ultimado el contrato para la adquisición de máquinas y materiales destinados á.....»

—Algún negocio gordo.

«Esta noche se reúne la Junta consultiva de.....»

—Cuestión de hablar, fumar un cigarro y nada de provecho general.

«Los señores D. N. y D. M. han sido nombrados.....»

—Reparto del presupuesto entre compadres.

«Con motivo del desestero, no habrá oficinas hasta el domingo.....»

—Bien hecho, ya que de todas maneras ha de cobrarse la nómina.

«En la pradera de San Isidro han tenido lugar escandalosos timos. Los timadores, como ya es antigua costumbre, no han sido habidos. Un caballero que se atrevió á estimular á los agentes de policía, entretenidos en hablar con una moza que les servía una copita junto á un despacho de vinos, fué llevado á la prevención por desacato.....»

—Ó somos ó no somos.

«Continúan con actividad los trabajos de la Junta H. El vocal D. Fulano presentará en breve una luminosa Memoria...»

—Juntas y Memorias; léase hombrear y perder el tiempo.

«Se ha inaugurado esta mañana un gran hotel montado á la altura de los mejores que de su clase existen en el extranjero.....»

—Este mal suelto es de un estómago agradecido.

«En honor del doctor Sapiencia, especialista famoso, se ha celebrado una gran velada literaria.....»

—¿Cuánto costará el reclamo?

«El Gobierno, firme en sus grandes y patrióticos propósitos.....»

—Lo de siempre, y del género tonto.

«Ayer llovió en las provincias.....»

—¡Qué lástima que no hayan llovido monedas de cinco duros en mi bolsillo!

«Mañana á las nueve de la noche dará una interesante conferencia el eminente hombre público y gran orador D. A....., en el círculo B....., acerca de las relaciones entre los mitos populares y el sufragio universal. La entrada es libre.»

—Esto es pedir limosna de aplausos é inventar fraguas de populachería.

D. León volvió la hoja y se puso á leer los anuncios.

«Tricogenia ó arte de regenerar el cabello perdido con el aceite de bellotas ventilado y savia de coco ecuatorial.....»

«Grandes locales de industria madrileña en el Campillo de Gilimón.....»

«El célebre Matasanos cura siempre á cuadrumanos. De fijo le encontraréis, botica número seis, si buena bolsa tenéis, y sin apetito os veis.»

«Alta industria.—Se traspasa una taberna y un puesto de fósforos en sitio céntrico.....»

«Filantropía.—Madame La Faim saca las muelas sin daño y de balde.....»

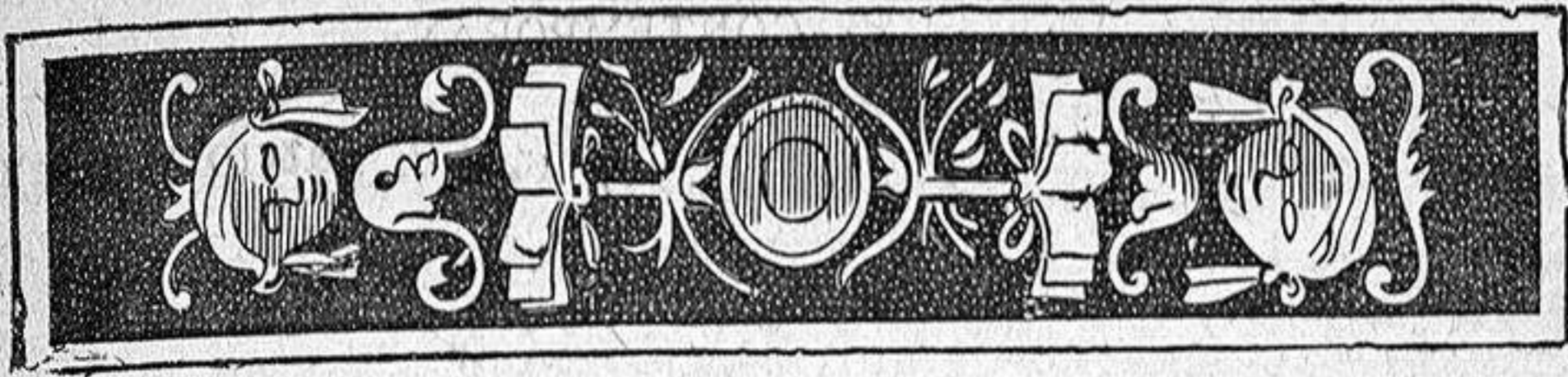
«Una señora joven desea colocarse por comida y ropa limpia.....»

«Garbanzos, turrónes, velas de palacio y demás dulces del país.....»

CARLOS SOLER ARQUÉS.

(Se continuará.)





CRÓNICA POLÍTICA

Guerra económica llaman algunos al movimiento de verdadera hostilidad contra los intereses y el crédito de nuestra nación, que con tenacidad se está manifestando en el Senado francés, en la Bolsa de París y en algunos periódicos extranjeros.

Ante la confusión de argumentos que se aducen, de hipótesis formuladas y de remedios en proyecto, aparece muy en claro que la momentánea depreciación de los fondos españoles «tiene por causa la campaña de la prensa financiera inglesa primero, de la francesa después, y por último de un sindicato alemán, fundado en la que hicieron unos cuantos periódicos españoles al discutirse la ley del Banco. Si la misma prensa de Madrid, rindiendo tributo á la verdad, dijese uno y otro día que aquella ley no ha producido perturbación alguna en la plaza, que los billetes no tienen depreciación, que España es la nación que menos ha abusado del crédito en los últimos años, que paga puntualmente y sin dificultad su deuda, que ha amortizado gran parte de ella en los últimos tiempos, más de la que ha emitido, que los déficits disminuyen de año en año, y que, si el mercado de Francia se cierra para nuestros vinos, otros se abrirán, habría contribuído poderosamente á disipar esa atmósfera que ha sido origen de la baja.»

El carácter viril de la nación nuestra se siente aún in-

fluído por las más delicadas fibras del patriotismo y, sin hacer caso de algunas intempestivas jeremiadas de la prensa, da una mirada en torno de la realidad y repite: «En el período de veinticinco años, la industria minera ha decuplicado sus productos, y la de hierros y aceros ha conseguido colocarse á tan grande altura, que no solamente puede sufrir la competencia dentro de los mercados nacionales, sino que en algunos productos lleva la lucha á pueblos y plazas extranjeros que figuran á la cabeza en las artes tecnológicas. Los valores de la industria vinícola, que en 1860 no pasaban de 286 millones de pesetas, ascienden hoy á 476 millones. La producción de trigo ha pasado, en el mismo período, de 21 millones de hectolitros á 33 millones; la de cebada, de 14 millones á 17, y la de centeno, de 6 á 7 millones. Hasta la producción olivarera, no obstante su decadencia en estos momentos, ha triplicado sus productos.

El consumo de algodón en rama, primera y principal materia de las industrias catalanas de tejidos, se ha triplicado también en el período de treinta años. La red de ferrocarriles, que tenía una longitud de 2.606 kilómetros, mide hoy muy cerca de 10.000. La marina mercante, que representaba un tonelaje de 395.270 unidades, lo representa hoy de 900.874, y, por último, el comercio general de importación y exportación, que fué en 1860 de 645 millones, llegó en 1889 á 1.763 millones. El consumo del carbón mineral, que es el mejor barómetro de la industria, refleja á maravilla todos estos adelantos: en 1860 se consumían aquí unas 308.000 toneladas, y en 1888 se consumieron dos y medio millones de toneladas. Y no es esto solo. Hasta hace cinco ó seis años, toda la *deuda exterior*—cerca de 2.000 millones—era propiedad de extranjeros. España apenas podía con el exterior perpetuo y amortizable. Actualmente, la mayor parte del *exterior* está en España. Con las acciones y obligaciones de los ferrocarriles comienza á ocurrir algo semejante. La red del Norte, la principal de España, se va nacionalizando, y los ferrocarriles de Vizcaya y Cataluña se han construído también con dinero español.»

Se ha dicho que no escasean los que ven en la actitud intransigente del Gobierno francés, claramente manifestada en el asunto de los tratados de comercio, cierta maniobra diplomática para llevar nuestra nación á terreno donde aquél obtenga ventajas, que no son precisamente del orden mercantil. Sobre este punto bien puede afirmarse que «ni este Gobierno, ni otro alguno, comprometerá á España en alianzas internacionales por motivos de esa índole. Cosa tal jamás se ha hecho, y menos por el pueblo español. De suerte que, si hay tal estrategia, resultará completamente inútil.» Y un periódico de oposición política tan marcada como *El Imparcial* ha añadido con perfectísimo acuerdo: «El Ministerio actual ha procedido con prudencia en no violentar los sucesos y en dejar la iniciativa y la responsabilidad de la actitud en esta magna cuestión al Gobierno francés. Por eso nosotros no le hemos dirigido cargo alguno por la parsimonia con que procedía en estos asuntos, ni le hemos espoleado para que reuniese las Cortes, donde habría sido peligrosamente prematuro cualquier debate sobre tan difícil materia.

No es ésta ocasión de meter ruido ni de salir con preocupaciones de escuela, ni mucho menos de explotar antipatrióticamente los sucesos. El mal que se causare no lo pagará este Gobierno ni aquél, sino la nación. Ó Francia se propone causarnos temporalmente una profunda perturbación económica á fin de que, una vez quebrantados por ella, abordemos en condiciones de inferioridad las negociaciones del tratado de comercio, y para abrir nuevamente aquel mercado á nuestros vinos sacrifiquemos otros grandes elementos de nuestra riqueza nacional, ó es su desápodado proteccionismo un sistema planteado francamente y para largo tiempo, y que, por tanto, determinará una clausura definitiva de su mercado. En uno y otro caso, lo que nos importa es una resuelta y vigorosa actitud de defensa. ¿Se cierra el mercado francés á las producciones españolas? Pues cerrado el mercado español á los productos franceses. Ni el librecambista más ortodoxo, con tal de que sea persona racional, puede oponerse á tal resolución. Porque el hombre

más pacífico, más partidario de la concordia con sus semejantes, mejor apóstol de la fraternidad humana, cuando se ve atacado se defiende, y nadie que tenga un adarme de juicio podrá, al verle armado, tildarle de inconsecuencia.»

Hay quien espera que el Gobierno de la nación vecina rectificará su criterio intransigente sobre las relaciones comerciales con España; y aunque no hay grandes motivos para esperarlo, pudiera suceder, bien porque se convenzan de que así conviene mercantil y aun políticamente á Francia, ó bien porque surja allí alguna modificación ministerial que dé al Gobierno más elementos de resistencia y de fuerza. Las últimas noticias acerca de un *modus vivendi* propuesto por los franceses no son, sin embargo, muy propias para alentar esperanzas.

Como los tratados existentes terminan en 1.º de Febrero de 1892, y la reforma arancelaria francesa no estará en condiciones de servir de base á la negociación de los nuevos hasta fin de año, porque, además del tiempo que ha de tardar aún el Senado en discutirla, hay que tener en cuenta la posibilidad de que haya de volver á la Cámara por las modificaciones que puede introducir en ella el otro Cuerpo Colegislador, el Gobierno no tiene tiempo bastante en un mes para abrir y terminar las negociaciones con los diversos países con quienes se propone establecer relaciones comerciales basadas sobre el nuevo régimen. ●

«Podemos anunciar, en previsión de esto — dice *Le Temps*, — que el Gobierno francés va á pedir á las Cámaras la autorización para establecer relaciones de comercio provisionales con los países extranjeros, hasta tanto que pueda convenir las definitivas. El Gobierno pedirá al Parlamento la facultad de conceder provisionalmente hasta fin de 1892 el beneficio de la nueva tarifa mínima á las seis naciones con las que Francia tiene tratados de comercio que terminan en 1.º de Febrero de 1892, y que son: Bélgica, Países Bajos, Suiza, España, Portugal y Suecia y Noruega. La aplicación de esta tarifa no se concederá más que á las potencias que por su parte se comprometan á aplicar á los productos franceses la más reducida que tengan.»

Ninguna nación de las citadas por *Le Temps* resultaría tan perjudicada como España por esta solución provisional que el Gobierno francés quiere dar á la dificultad presente. Si España hubiese modificado ya sus tarifas, y los productos franceses resultaran en ellas gravados como lo están los vinos en las que discute el Senado francés, es decir, en igualdad de circunstancias, acaso no tendríamos dificultad en aceptar este término medio de que habla *Le Temps*; pero pretender que los géneros franceses paguen á su introducción en España los mismos derechos que satisfacían cuando nuestros vinos entraban en territorio francés pagando 2 francos por hectolitro y 15° de alcohol, no obstante la nueva tarifa mínima de 0,75 por hectolitro y 10°,9, es de todo en todo inadmisibile.

Firmemente creemos que la situación difícil que se pretende crear á España, en el terreno económico, puede resolverse de una manera sencillísima: por las energías del patriotismo.

*
* *

Durante la quincena ya trascurrida han sido objeto de grandes comentarios las aproximaciones políticas entre romeristas y conservadores.

El decano de la prensa de Madrid nos ha advertido que para nadie era un enigma que desde larga fecha, desde que los Sres. López Domínguez y Romero Robledo se separaron, los partidos que tenían una organización sólida veían con disgusto que resucitaran los antiguos grupos, en los cuales no fué nunca la disciplina ley estrecha, y fué, sin embargo, la perturbación ley constante. El Sr. Sagasta, cuya autoridad personal no es decisiva en su agrupación, trabajó y logró atraerse al Sr. López Domínguez y sus amigos. Algunos conservadores no perdieron la esperanza de que tornaran al antiguo hogar los que de él se habían separado. Y á la par que veían ingresar en las filas conservadoras á fusionistas y radicales de gran prestigio, no de otro modo que el Sr. Sagasta abría su campo á republicanos y demócratas de abolengo, preparaban hábilmente la

vuelta de los reformistas, ensanchando de esta suerte los moldes de aquella patriótica conjunción política que dió existencia al Gabinete actual.

Varios periódicos han reproducido la reseña de la última entrevista política celebrada por los Sres. Cánovas del Castillo y Romero Robledo, y han puesto en labios del último las siguientes declaraciones, que sólo con las naturales reservas consignamos en esta crónica. Habla el Sr. Romero Robledo:

«Los que hayan creído que en la conferencia se había de hablar de cargos y puestos de mayor ó menor importancia, ni de peticiones de apoyo por parte del Sr. Cánovas, ó de protección por mi parte, se han llevado solemne chasco. Los que pensaron esto no conocen al Sr. Cánovas ni á mí. Hemos hablado de política, pero en un sentido más general y amplio; de programas, y no de puestos; de ideas, pero no de personas, y me ha hecho el honor de darme á conocer los propósitos que tiene para la reapertura de las Cámaras, propósitos que constituirán una campaña especial y casi exclusivamente económica, pues comprende los presupuestos, los tratados de comercio, proyectos para mejorar los ingresos, llegando hasta la reforma de algunos, como el de consumos.

»Me habló con gran detenimiento el Sr. Cánovas especialmente de la cuestión de los tratados, á la cual concede grandísima importancia por lo que tiene de internacional, y tanto ésta como las demás, importantísimas todas, y contra las cuales, por el carácter ajeno á la política y en cierto modo nacional que revisten, no podrán las minorías combatirlas con encarnizamiento, ni yo negarles mi asentimiento y mi apoyo si fuera preciso, por más que, repito, ni el Sr. Cánovas lo ha recabado de mí, ni yo he hecho indicación alguna que pueda parecer oferta, limitándome en la conferencia á demostrar mi asentimiento.

»De crisis no hemos hablado nada absolutamente; cosa que, como dije el otro día, no me extraña, conociendo al Sr. Cánovas, pues éste creería faltar á sus deberes de hombre político si me hubiera hablado á mí de tal asunto

sin haber hablado antes á la Reina y con los Ministros. Solamente, y por incidencia, para afirmar una vez más su ya conocido criterio de no provocar crisis sino cuando un Ministro se empeñe en marcharse, solamente en este sentido me habló de Silvela, tratándole con gran consideración, y partiendo del supuesto de que, en el caso de que quiera salir del Ministerio por razones de índole privada, no constituiría este acto disidencia alguna, pues el Sr. Silvela seguirá, como hasta aquí, al lado del Gobierno.

»No me extrañaría que el Sr. Cánovas quisiera contar conmigo en el momento en que la crisis esté planteada, puesto que conozco su programa parlamentario, que, en realidad, no puedo combatir. ¿Se plantea la crisis y no cuenta conmigo para nada? Tampoco me extrañaría, porque repito que nada me ha ofrecido él, ni yo me he comprometido á nada. Por de pronto, me marchó mañana, y no volveré hasta mediados de Noviembre, y al marcharme voy libre por completo de todo compromiso político.»

Estén ó no interpretadas fielmente las palabras atribuídas al antiguo jefe del reformismo, lo seguro parece que el Sr. Cánovas y el Sr. Romero estuvieron conformes en el criterio que ha de informar las soluciones que se sometan al Parlamento.

A.





REVISTA EXTRANJERA

Importantes datos nos ha suministrado la prensa acerca del Congreso de Erfurt, para juzgar el alcance de las opiniones emitidas y tener idea de lo que es y piensa actualmente el partido socialista de Alemania.

De lo dicho por el comité directivo aparece que se procura principalmente hacer propaganda entre los campesinos, por medio de conferencias, folletos, periódicos y conversaciones particulares. Los resultados de esta campaña no han sido hasta ahora considerables, pues, por lo general, los aldeanos se muestran poco afectos á las teorías socialistas. El señor Auer recomendó á los futuros agentes de propaganda que, dejando á un lado las abstracciones, trataran de impresionar la imaginación de las gentes. «El folleto del Sr. Bebel sobre los sufrimientos del soldado alemán—dijo—conmueve más á los aldeanos que los discursos.» Auer terminó su informe con unas cuantas frases en favor de la conciliación, recomendando á radicales y á moderados que olvidaran sus querellas. Esta exhortación fué acogida con grandes aplausos, pero no produjo resultado alguno.

El periódico del partido, el *Vorwärts*, ha publicado el programa sometido á las deliberaciones de la asamblea, así como las enmiendas y contraproyectos presentados al comité directivo.

Dicho programa se compone de dos partes. En la pri-

mera se resumen las doctrinas clásicas expuestas por los escritores socialistas de los diferentes países. Según Bebel y sus amigos, el único medio de poner término á la lucha de clases, que de día en día se hace [más [violenta, es «trasformar la producción actual en producción social. Para esto, arrancar al particular, para dársela á la sociedad, la propiedad de los instrumentos de trabajo, tales como el suelo, las minas, las máquinas, etc.» Este programa, dicen aquellos, es común á los obreros de todos los países, y los alemanes no hacen otra cosa que adherirse á él. Rechazan toda solidaridad con «el socialismo del Estado, que pone á éste á la cabeza de los productores individuales, y concentra, por decirlo así, en una sola mano el poder de explotar y oprimir á las clases obreras.»

Realmente, no se comprende cómo la sociedad puede llegar á ser propietario de todos los instrumentos de trabajo sin que esto resulte en beneficio del Estado y se produzca la concentración que quieren combatir.

La segunda parte de este documento tiene otro carácter. Es singular que, después de declarar la guerra al socialismo del Estado, Bebel y sus cofrades pidan la concentración de todos los seguros de obreros en manos de los funcionarios del Imperio, en lo cual no hay ciertamente gran lógica. Uno de los artículos del programa que ha producido en Erfurt más vivas discusiones es el relativo á la supresión de todo auxilio á las diversas confesiones religiosas, ó sea la separación de la Iglesia y del Estado, pues el *Vorwärts*, á continuación del proyecto del comité directivo, publica una proposición de los socialistas de Stuttgart pidiendo la supresión de este artículo. Los autores del proyecto han tenido en cuenta, al redactar dicho artículo, sus ideas democráticas más que el interés electoral de su partido.

*
* *

Desde la elección de Singer para el cargo de presidente del Congreso pudo comprenderse que los esfuerzos de la oposición radical, capitaneada por Werner, serían infructuosos. La expulsión del mismo Werner confirmó esta previsión.

El presidente del actual Congreso de Erfürt es uno de los antiguos socialistas que forman parte de ese grupo de que se destacan las figuras de Bebel y Liebknecht.

Es, pues, uno de los adeptos más fervientes de la ortodoxia del partido, y á la vez uno de sus personajes más populares. Esta popularidad se debe á que Singer, que es un rico industrial de Berlín, ha hecho grandes sacrificios pecuniarios en favor de la causa socialista. Dícese que ha consagrado á este fin casi toda su fortuna, evaluada en 6 ó 7 millones, y en cambio las [malas lenguas murmuran que ese filantrópico donador de millones para la propaganda del socialismo es el patrono más duro que puede imaginarse con los obreros que tiene á sus órdenes. Mas, sin embargo, sus correligionarios no se atreven á tomar en consideración estos rumores, ni, si fueran ciertos, se atreverían probablemente á censurarle que sea un déspota en su casa y un apóstol de redención fuera de ella.

Votó el Congreso socialista de Erfürt la expulsión de los Sres. Werner y Wilderberger, á consecuencia de los ataques á la Junta directiva del partido, la cual ha alcanzado un explícito voto de confianza.

El núcleo del partido, los elementos que constituyen la gran masa socialista que obedece las inspiraciones de Bebel y Auer, ha conseguido una vez más imponerse á la extrema izquierda, á la *montaña*, formada por un grupo de los jóvenes, capitaneado por el impresor Werner. Para darse cuenta de estas divisiones intestinas del socialismo alemán, conviene recordar las diferentes tendencias que en él se han señalado, sobre todo desde que terminaron las leyes temporales de excepción.

El grupo de los jóvenes ha dado ya repetidas veces muestras de su intemperancia. En el Congreso de Halle, Werner atacó con violencia á los directores del partido, acusándoles casi de traición. Entonces, como ahora, fué derrotada esa falange radical, corta en número, que principalmente se recluta en Berlín y en los distritos industriales cercanos, y que por su intransigencia y su actitud provocadora es mal mirada hasta por los mismos socialistas.

Aunque con mejores formas y con procedimientos más correctos, también combate al comité directivo del partido la derecha socialista, dirigida por el Sr. Wolmar, y que, especialmente en Baviera, cuenta con numerosos partidarios. Estos socialistas templados quisieran llegar á una avenencia con el Gobierno, abominan del procedimiento revolucionario, y consideran posible que en lo porvenir pudieran lograrse por medio de transacciones las reformas políticas y económicas á que aspiran. Y así como los radicales motejan á Bebel y á sus compañeros de comité por ser demasiado blandos, y por contemporizar demasiado con los poderes públicos, Welmar y la derecha creen que el partido socialista debiera vivir en mejor armonía con el Gobierno, ya que éste ha llevado á cabo algunas reformas en favor de la clase obrera.

Con existir entre los socialistas alemanes estas divisiones, que pudieran determinar una disgregación, no excita, ni con mucho, el actual Congreso de Erfürt la curiosidad que despertaba el de Halle, ni se le ha concedido *à priori* la importancia que á aquél se dió de antemano.

Las circunstancias han variado desde entonces, y han variado precisamente porque en la situación del partido socialista no ha habido los cambios importantes que se esperaban. En aquella ocasión, espirado el período de las leyes especiales dictadas contra el socialismo, salía éste, por así decirlo, de sus catacumbas, iba á luchar á la luz del día, á demostrar si estaban en lo cierto los que pensaron que su emancipación iba á ser su ruina, ó los que temieron que, libre ya de los diques que le puso Bismarck, lo invadiera todo y todo lo arrastrase con gigantesco impulso. De aquí la curiosidad y la expectación que produjo aquella asamblea de Halle, reunida casi á raíz de terminar las leyes promulgadas contra el socialismo.

Nada de notable ocurrió entonces. El *statu quo* ha seguido después sin grandes alteraciones; y aunque en Erfürt va á discutirse el programa socialista, que, si se aprueba, será el cuarto, porque ha habido ya el de Nuremberg (1868), el de Eisenach (1869) y el de Gotha (1875), no parece que las

deliberaciones de esta asamblea hayan de modificar profundamente el carácter del socialismo alemán, pues la situación de los obreros en el Imperio sigue siendo la misma que era al celebrarse el Congreso de Halle.

*
* *

En resumen. Como en Halle, ha sido derrotada la oposición de los jóvenes; mas ahora, expulsados Werner y Wildbeger por un voto del Congreso, han respondido declarando que la oposición berlinesa se separaba del partido socialista.

La disidencia de la derecha del partido, capitaneada por el Sr. Wolmar, no ha producido un rompimiento, antes bien parece haberse calmado, puesto que en la última sesión del Congreso fué retirada, en medio de los aplausos de los asistentes, la proposición de censura contra Wolmar presentada por Certil.

Wolmar, antiguo oficial de las tropas pontificias y miembro de la aristocracia de Baviera, podía ser sospechoso por estos motivos á los socialistas; pero como cuenta con bastantes partidarios, y además, las diferencias que le separan del núcleo del partido son accidentales, los oradores que representan la ortodoxia socialista no le han tratado con la dureza que han empleado con Werner, y él, por su parte, se ha presentado en actitud de discrepante, más que de disidente.

El Sr. Molkenburh dió cuenta de la campaña de los diputados socialistas en el Reichstag, manifestando que no habían propuesto la reducción de la jornada de trabajo á ocho horas porque en las actuales circunstancias no se puede proceder bruscamente, á fin de no comprometer la producción. Tampoco han propuesto la abolición de los ejércitos permanentes ni que se reserve al pueblo el derecho de declarar la guerra y hacer la paz, porque no tenían esperanza alguna de que sus ideas fueran tomadas en consideración; mas, sin embargo, las han defendido al discutir el presupuesto de Guerra.

Bebel expuso la táctica del partido. El fin á que tienden

sus esfuerzos consiste en suprimir la sociedad capitalista, sustituyéndola por la sociedad de los trabajadores. Para lograrlo, el partido socialista debe alcanzar fuerza política que le habilite para llevar á efecto las reformas sociales. Las reuniones públicas, la prensa y los discursos en el Reichstag deben constituir los principales medios de propaganda. Opina Bebel que los anarquistas hacen el juego de los reaccionarios, asustando á las masas y haciéndoles creer que los socialistas son partidarios de la revolución violenta. Como de costumbre, pues esta declaración no es nueva en él, el famoso *leader* socialista deploró la anexión de Alsacia-Lorena, indicando que era necesaria una reconciliación con Francia, y que la situación presente de Europa hacía temer una guerra inminente.

Liebknrecht defendió la política seguida por el comité socialista, diciendo que el Príncipe de Bismarck, á pesar de todo su poder, había sido derrotado por los socialistas, que no contaban más que con medios morales y pacíficos.

Apesar de su evidentísima falta de armonía, el partido socialista no es ciertamente un factor despreciable en el movimiento actual de Alemania. Su comité directivo ha publicado datos serios estadísticos acerca de la situación del partido. Tiene sesenta y nueve periódicos políticos y cincuenta y cinco revistas industriales. De los primeros, veintisiete se publican seis días por semana, veintiséis, tres días por semana, seis son bisemanales y diez semanales.

*
* *

Pasemos á la Gran Bretaña. La sucesión de Parnell se parece por el momento á la de Alejandro. La muerte del *leader* irlandés no ha apaciguado las querellas entre sus partidarios personales y los que se separaron de él cuando el proceso O'Shea dió tan rudo golpe á su popularidad. Antes bien, parece que se han exacerbado esas querellas y que el cisma va á ser más completo. Tal vez cuando pase la impresión primera de dolor que ha causado el fallecimiento de Parnell á sus amigos más fieles cese ese antagonismo, que no tiene razón de ser ahora.

Lo ocurrido demuestra cuán entero está el sentimiento del personalismo aun entre los demócratas que afectan rendir culto á las ideas con independencia de las personas. No hay diferencia de programa entre los irlandeses que quieren hacer de la memoria de Parnell una bandera política y los que siguen las inspiraciones de O'Brien, Mac-Carthy y Dillon. Si aquéllos reprochan á éstos haberse convertido en satélites de un hombre de Estado inglés, de Gladstone, ¿acaso el mismo Parnell no procuró entenderse con el jefe de los liberales británicos, y acaso no fué éste quien rechazó á aquél cuando creyó que la conducta privada del rey sin corona de Irlanda le imposibilitaba para seguir desempeñando su papel?

La pretensión de los parnellistas de identificar la causa de Irlanda con Parnell no tiene fundamento, ni lo tendría aunque el caudillo irlandés viviera. Fué éste acreedor, en verdad, al agradecimiento de sus compatriotas por sus luchas en favor de la autonomía de aquella isla; pero, en política, los hombres deben ser órgano de las ideas y no las ideas instrumento de los hombres, aunque á diario se den numerosos ejemplos que contradicen este principio tan elemental.

El cisma de los irlandeses, si llega á consumarse, sólo puede aprovechar á Inglaterra, que se ha librado de un adversario de consideración con la muerte de Parnell. Hábiale desconceptuado, en verdad, el proceso de adulterio en que se vió mezclado; pero su matrimonio con mistress O'Shea y la acción del tiempo, que borra la indignación y el enojo, iban rehabilitándole. No se acostumbraban fácilmente los campesinos irlandeses á prescindir de su ídolo, y tal vez, en plazo no muy lejano, hubiera vuelto á ser el antiguo *leader*, el adversario formidable de otros días.

Por ahora no se vislumbra quién podrá ser el sucesor de Parnell. Podría exhibir títulos para ocupar este puesto Mac-Carthy, que fué llamado á dirigir el grupo irlandés cuando Parnell, á raíz del proceso O'Shea, quedó inhabilitado para seguir ejerciendo la jefatura. Pero el mismo Mac-Carthy, en una *interview*, ha reconocido que las circunstancias determinarán quién ha de ser el futuro jefe. Así como O'Connell y

Parnell fueron designados, sin una previa elección, por la fuerza misma de los hechos, lo propio ocurrirá ahora, si el grupo de los diputados irlandeses no se convierte definitivamente en una secuela de los gladstonianos.

*
* *

Á los que suponen que todo es moralidad y corrección en los Estados Unidos de América, pueden servirles de contestación los siguientes párrafos de una carta escrita en Filadelfia:

«Los escándalos y robos relativos á la administración pública de esta ciudad, cada día que pasa se complican más y más, á medida que se acerca el plazo de las nuevas elecciones de altos empleados. Ahora resultan complicados en grado superlativo nada menos que el auditor general y el tesorero general del Estado en la capital de Arrisburg.

El Comité de comerciantes patriotas, que á todo trance se ha propuesto, «ayudado de buenos letrados,» desentrañar los asuntos de los Bancos *Keptone* y *Spring Garden*, en los que, en connivencia con dichos altos empleados, se ejecutaban y cubrían todos esos grandes robos, trabaja con ardor, á pesar de los entorpecimientos que encuentra á cada paso. Libros que no se encuentran, otros que han sido robados. Los libros mayores (Ledgers) aparecen con docenas de hojas arrancadas. Á uno le faltan 113 folios. En sus trabajos de investigación tropiezan con infinitas obstrucciones, encaminadas á evitar que se ponga en claro que en estos robos hay altos funcionarios comprometidos.

La gran masa del público, formada por los que no son políticos ni empleados, está acorde en que toda la máquina administrativa, desde el Presidente al último alguacil, debe ser reemplazada, como el único remedio para cortar de raíz tanto fraude, despilfarro y corrupción. De esta opinión, por ser general, participan todas las clases sociales, tanto los republicanos como los demócratas; así es que no será difícil que en las próximas elecciones salga el partido republicano

conservador del poder, para no volver hasta tener otra sangre nueva menos corrompida.

El trabajo es arduo y difícil; tienen mucho dinero sacado al país en cantidad de cientos de millones de duros, y harán «como siempre,» seguros de volver á recuperarlos desde el poder. Pagarán, como cuando las elecciones últimas contra Cleveland, hasta 300 duros por cada voto. Á 300 duros por un voto, ¿qué patriotismo se resiste? Sin embargo, el sentimiento público está muy excitado, y la lucha será reñidísima. Si venciese el dinero, no sería extraño que se desarrollase el espíritu revolucionario, ya bastante infiltrado en las masas huelguistas y socialistas de que las grandes poblaciones están infestadas.»

Tan cierto es que en todas partes cuecen habas.....

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Etude critique des preuves de l'existence de Dieu (*método espiritualista*) y Méthode spinosiste et Méthode hégélienne, por P. A. BERTAULD, profesor honorario del Liceo Condorcet. Segunda edición.—París, Félix Alcan, editor.—Trestomos en 8.º, á 3,50 pesetas.

Hé aquí el objeto que se propone el autor: demostrar, por una parte, que el positivismo no tiene ningún derecho para proscribir, en nombre de la ciencia, la indagación de los orígenes y de las causas primeras, puesto que la ciencia, lejos de ceñirse al simple estudio de los hechos y de sus leyes, tiende constantemente, por el contrario, á remontarse á las causas; por otra parte, establecer que las diversas filosofías dogmáticas han seguido hasta ahora métodos viciosos é impropios para tener la certidumbre que apetecen; por último, exponer el método que debe aplicar resueltamente la metafísica, esto es, el mismo que emplea la ciencia en la constitución de sus teorías.

Indica además el autor cómo el método hipotético, entendido y practicado como la ciencia lo entiende y lo practica, puede permitir al espiritualismo constituir una doctrina que presente carácter científico tan satisfactorio para el enten-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al Director de esta publicación.

dimiento como las teorías que establecen las ciencias naturales.

En dichos volúmenes, á los que han de seguir otros, hallará el lector expuestas y discutidas gran número de cuestiones importantes que no señalamos por la falta de espacio, y como dijeron los críticos que hablaron de la primera edición, son libros de exposición muy agradable y de fácil lectura.

*
* *

Les maladies de l'esprit, por el DR. P. MAX-SIMON. — París, J. B. Baillière et fils, 1892. — En 8.º, 319 páginas: 3,50 pesetas.

Este nuevo volumen de la *Biblioteca científica contemporánea* resume el estado actual de la ciencia tocante á las alteraciones del ser psíquico. Metódicamente concebida la obra, nutrida de datos y de lectura agradable, es útil no tan sólo para los médicos, sino también para las personas ilustradas en general, pues presenta un cuadro fiel de esos desequilibrados con los que á cada momento se topa, seres cercanos á la locura. Basta citar los epígrafes de los capítulos para que se forme idea de la importancia del libro escrito por el sabio Dr. Max-Simon: El sentido, el entendimiento, el sentimiento, el instinto y el acto delirantes.—Causas de la locura: herencia, alcoholismo, enfermedades, causas morales, pasiones, excesos, etc.—Tratamiento de la locura.

No puede ser mayor la oportunidad de este libro, que se publica en una época en que van en constante aumento las enfermedades mentales.

*
* *

Solos de Clarín, por LEOPOLDO ALAS. Con un prólogo de D. José Echegaray. Dibujos de Angel Pons. Fotograbados de Verdoux, Ducortieux y Huillard, de París. Cuarta edición. — Madrid, librería de Fernando Fe, 1891. — En 8.º, 304 páginas: 4 pesetas.

Un libro que en diez años alcanza la cuarta edición, aquí

donde tan poco se lee, bien claramente demuestra que ha conseguido el favor del público. *Clarín* como crítico tiene muchas cosas buenas, y si no se apasionara tanto en las censuras como en los aplausos, disfrutaría de mucha mayor autoridad. Angel Pons, como el mismo autor declara, ha dado nueva vida á las páginas de este libro, con los dibujos de su lápiz habilísimo.

También ha dado á luz Leopoldo Alas el VIII de sus *Folletos literarios*, que intitula *Discurso* y en el cual combate las opiniones de Mr. Frary, quien concede excesiva importancia al *utilitarismo* en la enseñanza. Creemos, como el Sr. Alas, que sería un grave error abandonar el estudio de las lenguas griega y latina. Aunque el tema que desenvuelve es serio, sabe amenizar el discurso con agudas ocurrencias.

*
* *

Le caractère de l'enfant à l'homme, por BERNARD PÉREZ.—*París, Félix Alcan, editor. 1892,—En 4.º, IV-308 páginas: 5 pesetas.*

Como en otra ocasión hemos dicho, Mr. Bernard Pérez es uno de los escritores contemporáneos que con más brillantez cultivan la psicología infantil; sus importantes y numerosas producciones acredítanle de observador profundo y sagaz y de escritor elegante y ameno. Y es tanto más de aplaudir, cuanto que desde hace más de dos años tiene Mr. Pérez quebrantada la salud, y esto no obstante, persiste en sus penosas tareas, que contribuirán á iluminar puntos harto oscuros hoy.

En su último libro, después de indicar brevemente los factores físicos y fisiológicos que deben considerarse en un estudio acerca de la personalidad moral, va señalando sucesivamente las modificaciones que producen en los principales modos emocionales, intelectuales y volitivos de dicha personalidad las seis principales formas de manifestaciones motrices que la expresan, á juicio suyo. Presenta cada tipo de carácter con un estudio y dos retratos, en su más ó menos persistente unidad del niño al hombre. Llamán poderosamente

la atención los análisis y síntesis psicológicos y las indicaciones de síntesis general que expone el autor.

*
* *

Las personas decentes. Novela de costumbres contemporáneas, por ENRIQUE GASPAR. Ilustración de Pedro Eriz.—Barcelona, imprenta de Henrich y Compañía, en comandita, 1891.—En 4.º, 326 páginas: 4 pesetas.

El autor de la comedia de igual título que esta obra desenvuelve su pensamiento en la novela que nos ocupa, novela que ofrece mucho interés, se lee con agrado y tiene todas las buenas condiciones que han dado justa fama á su autor. Los editores, que poseen una de las tipografías más notables de España, presentan el libro con verdadero lujo: hermoso papel satinado, tipos claros, estampación esmerada y preciosas ilustraciones.

Las personas decentes ha de ser novela muy leída.

*
* *

Le crime et la peine, por LUIS PROAL. Obra premiada por la Academia de Ciencias Morales y Políticas.—París, Félix Alcan, editor, 1892.—En 4.º, xv-544 páginas: 10 pesetas.

Dijo de la Memoria que sirve de base á este libro el académico ponente: «Es un trabajo bien ordenado, escrito con claridad que realzan sentimientos elevados..... Convicción moral muy firme, sentido práctico, observación personal que contrasta las teorías; todas estas cualidades evaloran este interesante estudio.»

En la primera parte de su libro trata el autor los asuntos siguientes: El crimen y el atavismo.—El crimen y la herencia.—El crimen y la anomalía moral.—El crimen y la locura.—El crimen y la degeneración.—El crimen y el temperamento, el sexo y la raza.—El crimen, el clima y la alimentación.—El crimen y la ignorancia.—El crimen y la miseria.—El crimen y la imitación.—El crimen en las ciudades y en los campos.—El crimen y las profesiones.—El

crimen y los deberes de la sociedad.—El crimen y las pasiones.—El crimen, la paradoja y la política.—El crimen y el libre albedrío.

En la segunda parte, al examinar el autor las teorías de Littré, H. Spencer, Stuart Mill, Guyau, Fouillée, Lombroso, Garofalo, Tarde, etc., etc., estudia el origen de la justicia penal, las condiciones de las responsabilidades moral y legal, la pasión, la locura, la embriaguez, el sonambulismo, el hipnotismo ante la ley penal, las reformas propuestas por la antropología criminal, las consecuencias del utilitarismo en derecho penal y la teoría de la reparación. Termina con un estudio acerca de los fundamentos de la justicia penal, y concluye con la conciliación de la *Herencia* y la *Libertad*, la *Responsabilidad personal* y la *Solidaridad social*.

*
* *

Education et positivisme, por R. THAMIN.—París, Félix Alcan, editor, 1892.—En 8.º, 200 páginas: 2,50 pesetas.

El autor procura poner de manifiesto los peligros que ofrece la introducción del positivismo en la educación. El señor Thamin, docto profesor de la Universidad de Lyon, examina las obras de Augusto Comte y de sus discípulos, de Herbert Spencer, Alejandro Bain y Stuart Mill relativas á la educación; las discute, pone en guardia al lector contra las verdaderas atractivas que hay en los escritos de aquéllos y llama la atención hacia otras muy importantes que han omitido.

*
* *

La vida cursi, por LUIS TABOADA. Dibujos de Ángel Pons.—Madrid, librería de Fernando Fe, 1891.—En 8.º, 305 páginas: 3,50 pesetas.

Luis Taboada es uno de los escritores satíricos más chispeantes é ingeniosos; leyendo sus artículos, que produce con pasmosa fecundidad, retoza la risa y se alegra el ánimo. Sabe ver el lado ridículo de todas las cosas, y con ponerlo todo *en solfa*, nunca molesta ni acude á recursos de mala

ley. Cuarenta artículos amenísimos y salados, que aparecen reunidos en precioso volumen, forman *La vida cursi*, que tendrá tantos lectores como son los apasionados del autor, innumerables.

Así se explica que el muy entendido Sr. Iravedra nos dijese la otra noche: «¡Cómo se vende esta obra! ¡Parece pan bendito! En pocas horas he despachado algunas docenas de ejemplares.» Esta exclamación del ilustrado librero de la calle del Arenal es el mejor elogio de *La vida cursi*.

*
* *

Noventa y tres. *Novela histórica original, por VÍCTOR HUGO. Traducida por N. Fernández Cuesta. Tercera edición.—Madrid, librería de Fernando Fe, 1891.—En 8.º, tres tomos de 278, 248 y 282 páginas: 9 pesetas.*

Es tan conocida esta obra que sólo nos toca decir que el ilustrado editor Sr. Fe la presenta con mucho esmero, elegantemente impresos los tres volúmenes en papel satinado y con tipos claros. La cubierta, á dos tintas tintas, tiene una alegoría de indudable mérito artístico.

A.

